

Miguel de Asúa.



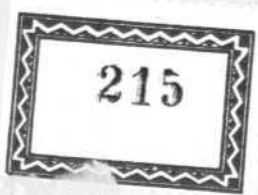
POR CARRETERA

(Apuntes de viaje)


MADRID

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA

1900



215



80

6190



1041061

215

POR CARRETERA

APUNTES DE VIAJE

R. 2927

POR CARRETERA



APUNTES DE VIAJE

DESDE MADRID Á SANTANDER,
cruzando las provincias de Segovia, Avila,
Valladolid y Palencia.

POR

MIGUEL DE ASÚA Y CAMPOS

*Abogado del Ilustre Colegio de Madrid
Licenciado en Ciencias Naturales*



IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DEL DEPÓSITO DE LA GUERRA

1900

~~~~~  
Es propiedad del autor.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.  
~~~~~

Se han tirado de esta obra algunos ejemplares en papel especial y con cubierta de pergamino, para dedicarlos:

- A S. M. el Rey Don Alfonso XIII.
- » S. M. la Reina Doña María Cristina.
- » S. A. la Infanta Doña Isabel.
- Al E. S. Marqués del Solar de Mercadal.
- » E. S. Cap. Gral. D. Arsenio Martínez de Campos.
- » E. S. General D. José de Bascaran.
- » Sr. Coronel de E. M. D. Manuel Benítez.



A S. M. EL REY DON ALFONSO XIII



Señor:

Los beneficios otorgados á mi familia en antiquísimas épocas, por vuestros gloriosos antepasados; los muy recientes recibidos de vuestros augustos padres; el descender de aquella raza de caballeros que contribuyeron á reconquistar de los moros, para vuestros heroicos abuelos, el trono que vais á ocupar, y honrarme formando parte de esta nación, aun vigorosa, que reconoce en V. M. al primer ciudadano y primer caballero español; la costumbre de considerar á V. M. como la esperanza de este país, tan rico en historia inmaculada, como pobre hoy y necesitado de un brazo firme que le lance por la senda gloriosa que caminó siempre; la certeza que tengo de que, cuando—bien pronto por fortuna—pueda V. M. empuñar el hermoso cetro que tanto César ha elevado á las brillantes regiones de la victoria y de la fama, los nobles sentimientos inculcados por vues-

tra virtuosa madre, sentidos desde tan alto, desciendan á traducirse en días de felicidad para vuestro amantísimo pueblo..., me han impelido á dedicar á V. M. estos modestísimos APUNTES DE VIAJE, trozos de Historia y Geografía, que quizás, cuando reclamado por los pueblos acudais alguna vez, como vuestro bravo y generoso padre, de imperecedera memoria, á consolarlos en su desgracia, ó gozar con ellos días de triunfo, sirvan á V. M. de provechosa guta que en escaso tiempo le permita conocer curiosas leyendas, interesantes anécdotas, trozos de Historia injustamente olvidados, gloriosos episodios de vuestros ascendientes, y una descripción — á la ligera — de cuanto notable encierra el territorio que describe.....

No atienda V. M. á su escaso mérito, y reciba con benevolencia este humilde trabajo que le dedica en prenda de agradecimiento y adhesión

Señor:

A L. R. P. DE V. M.

Miguel de Asúa.

Madrid, 1899.



PRÓLOGO



En que se dice la razón
por qué fué emprendido el viaje, y se escriben
estos apuntes.

DESDE que los ferrocarriles se han extendido no sólo por el mundo civilizado, sino por territorios inmensos de países incultos y salvajes; desde que el temor á los peligros que pudieran en ellos correrse ha ido desapareciendo, merced á la costumbre de utilizarlos y á la poca frecuencia con que los accidentes ferroviarios ocurren; desde que nadie emplea otro medio de trasladarse á grandes distancias que el rápido y cómodo que este medio de locomoción le ofrece, la historia práctica de los pueblos, la que se aprende ante sus monumentos y sus ruinas, visitando lugares y escuchando viejas leyendas que la tradición, adulterándolas, conserva; sor-

prendiéndose de las costumbres que, venidas de inmemorables tiempos, sólo han sufrido ligeras variaciones impuestas por la civilización que ha de llegar á todas partes, y que, pintorescas, si los pueblos á que pertenecen se hallan sentados en las suaves laderas de alegres montañas ó en risueños y feracísimos valles, son salvajes y llenas de rudeza, si caracterizan á pueblos enclavados en abruptos terrenos, entre escarpadas rocas, bajo durísimos climas, donde alejados siempre de aquello que afemina, como son las flores, como es el sol y las olientes brisas, conservan la fiereza por los otros perdida; pero todas costumbres típicas, que señalan los lugares con más fijeza, ya que no con tanta exactitud como las meridianas líneas. Costumbres que la memoria no guarda sólo por relatos bien ó mal hilvanados; costumbres que es menester presenciar, alternando en la vida de esas gentes, cuya sencillez tanto les diferencia de nosotros, para poder relacionar con lo que se ve lo ya sabido, y sólo así, dejaría de ocurrir, como ahora es bien frecuente, que la historia de nuestro hermoso país, del que es bueno alejarse para saber cuánto se le quiere, haya quedado relegada, con ser más brillante que la de cualquier

otro pueblo, al más ignorado rincón del desdeñoso olvido.

* * *

¡Cuántos parajes interesantísimos atraviesa el viajero á gran velocidad!—¡Cuántos gloriosos episodios de nuestra historia sin igual ocurrieron donde más tarde habían de tenderse los rieles por que se desliza como inmenso reptil de poderosa fuerza y gigantesco tamaño el misterioso tren que rapidísimo conduce en sus entrañas al viajero, ignorante de su ignorancia!

Mirad el interior de un vagón de primera clase: van en él personas que han de suponerse ilustradas é instruídas. Si es de noche, cerrados los cristales, cubierto el farol zenital con azulado paño, veréis á los viajeros dormir ó dormitar. Si es de día; si el sol, alegrando el camino, convida á fijarse en el paisaje y admirar los diversos matices que las distintas plantaciones del terreno dan, los veréis entretenidos en la lectura de insípida novela, vendida en cualquier estación por alguno que vocea: «¡Libros, para solaz y regocijo del viajero!»

Alejandro Dumas ha dicho que los ferrocarriles se hicieron para las mercancías y los comisionistas. Yo no voy tan

allá como el genial y fecundísimo escritor de la nación vecina; yo creo que la actividad del hombre sintió la necesidad de transportar y transportarse rápidamente, y el invento vino á satisfacerla; traído por la necesidad, ¿quién se atrevería á dudar de las utilidades que á la humanidad presta?

Pero aquí no hablamos del que tiene prisa, sino del que viaja por placer. Conozco una señora francesa que sin ser muy rica dispone de mediana renta, y que dedica diez mil francos anuales para recorrer durante la primavera, en cómodo carruaje que alquila, un trozo de la Francia. Dicha señora y su distinguida hija, han llegado á tener un cabal conocimiento de su país, y reunido preciosísimo álbum fotográfico de aquellos lugares interesantes que á su paso encontraron.

Claro es que el haber viajado en diligencia nuestros mayores, no es razón que abone la idea de que se deba viajar así; muy al contrario. Bastan los relatos que de ellos nos vienen, para estremecerse sólo á la idea de pasar algunas horas en esos incómodos vehículos. No; yo creo que todo el encanto de un viaje por carretera, desaparece á la sola idea de meterse en esos cajones con ruedas que se

llaman diligencias, útiles únicamente donde no hay otro medio de transporte. Yo me refiero al modo de viajar empleado por Mme. Bray: en carruaje propio, deteniéndose á placer, sin prisa, estudiando el camino, ó por decir mejor, ampliando, dando exactitud y fijando de modo perenne el estudio que se haya hecho ya.

Por eso, cuando un antiguo compañero de colegio (1), muy querido amigo, me dijo una tarde del pasado verano:—¿Quieres acompañarme á Santander?; iremos en coche; acepté con verdadera alegría la que algunos, antes que yo, tomaron por extravagante invitación. Ibamos á viajar como mi amiga, en carruaje propio (que en este caso era un faetón de capota comodísimo); nos detendríamos á placer, viajando solamente aquellas horas en que la temperatura nos convidase á ello; llevábamos dos maletillas como impedimenta, y dos criados de confianza. Bien servidos y con un tiro de cuatro caballos que no habían de dejarnos en el camino, garantizado el buen humor por nuestros pocos años, y sin más prisa que la de ver cosas nuevas, emprendimos el viaje,

(1) D. Antonio de Noreña y Gutiérrez del Corral, de antiguo y noble solar montañés.

y yo, que ni aun la vigilancia del cuidado de los caballos tenía, decidí tomar algunos apuntes que publicaría, á persistir en esa idea durante todo el camino y no pecar de muy incompletos, pensando que no dejarían de ser útiles reunidos en forma de guía histórico-geográfica, teniendo quizás novedad, bien que por ser mía, haya de carecer de otros atributos.

No se figure tampoco el lector que en estos apuntes va á encontrar cosas nunca dichas. Muy al contrario, todo lo que en ellos refiero, es producto de notas recogidas durante el interesantísimo viaje, de las que he desechado algunas por no conceder gran veracidad á quien me las diera, y he rectificado y comprobado otras en las obras de Madoz, de Amador de los Ríos, Lafuente, en crónicas, folletos, opiniones de eruditas personas, archivos de queridos amigos, etc., etc.; procurando, sobre todo, que estos deshilvanados y modestísimos apuntes hechos á la ligera, sin pretensiones, rectificados en distintas épocas, y faltos, por tanto, de unidad, sirvan de guía, señalando lugares culminantes al viajero que sienta interés por las pasadas glorias. (1)

(1) Lleva al final este librito un pequeño mapa de las provincias recorridas, y señalada en ellas la ca-

Ordenando y rectificando ideas, que tan desperdigadas se hallaban — para mi objeto de escribir esta especialísima guía, — por libros, apuntes y en mi memoria, he pasado muchas horas, deseando sólo, como premio á esa modesta labor, que te sea útil alguna vez, querido lector, ya que encuentres en ella grandes deficiencias.

rrretera seguida por nosotros que las cruza, y la línea del ferrocarril que va á su lado; y un itinerario de distancias, en combinación con el tiempo que empleamos en recorrerlas, para mayor comodidad del que quiera seguirle ó variarle.





CAPÍTULO PRIMERO

DE MADRID Á GUADARRAMA

La salida.—El Manzanares.—El paso honroso de Don Beltrán de la Cueva.—Las Matas.—Un recuerdo de El Escorial y de su fundador.

FRAN las seis de la madrugada cuando emprendimos el viaje, y aunque el calor se deja sentir en Madrid en el mes de julio, la mañana estaba fresca, prometiéndonos una primera jornada bastante agradable.

Ciertas dificultades, obviadas cambiando la colocación de los caballos—pues los de volea, enganchados así por primera vez, no querían hacer tiro, ya porque los sujetadores de los tirantes les hicieran novedad, bien por otros motivos—nos pusieron en condiciones de emprender la marcha con dirección á la pintoresca é histórica Región Cántabra, el 2 de julio de 1897.

La carretera, á la salida de Madrid

por el que fué portillo de San Vicente (construído por Sabatini en tiempos de Carlos III y trasladado á otro lugar recientemente), se halla orlada de hermosos chopos, que sombreando el camino, se continúan hasta El Pardo, obedeciendo quizás ese prodigio á su proximidad al río y á ser ese camino frecuentado por las Reales personas, que pueden pasearle, alejándose del bullicio de la Castellana y el Retiro, y tener al mismo tiempo agradable comunicación con la pintoresca posesión de El Pardo.

* * *

Desde la cuesta de San Vicente empieza á verse el río Manzanares, oculto bien pronto por los vallados de los lavaderos y tinglados que abundan en sus orillas; y á poco de dejar la iglesita de la Florida, y después de pasar frente á los Viveros—lugar delicioso en que menudean comidas y meriendas—y la Moncloa, que á la izquierda los primeros y á la derecha la segunda, limitan la carretera; y una vez cruzada la Puerta de Hierro, se le vuelve á ver, á la izquierda, serpenteando entre las arenas del fondo, falto de agua la mayor parte del año, y sirviendo de mofa y de constante blanco á las cuchufletas de los madrileños, que han tratado siempre de evitar con sus bromas, las necias de algunos provincianos, afanosos de ridiculizar cuanto á mano encuentran en la capital, que les mortifica al asombrarles,

y que queriendo sacudir su humillación, se vengan en el único punto vulnerable que tiene esta población (tan modesta, que se llama villa), y que, si no es bonita, populosa, grande y moderna, está llena de historia, de gracia y de simpatía.

El Manzanares casi no es río, pero á fama le ganan pocos, ¿quién no recuerda «la ballena» en él encontrada, que es la más curiosa y original de sus anécdotas?

A la orilla derecha del citado río, recordando su colocación alineada la de los *bohíos* de los pequeños poblados de la isla de Cuba, existen unas casetas que, durante los meses de julio y agosto, sirven para evitar el natural rubor al bañista, ocultando sus desnudeces tras las paredes de estera que cierran, no en absoluto, cada departamento.

Unos maderos enclavados en el fango, sirven de basamento á ese tinglado, y unas barricas vacías completan el material empleado en su confección.

Ocurrió una tarde, que aciclonándose el viento, cubrióse el cielo de obscurísima nube, que empujada por un huracán furioso, fué á colocarse sobre la villa y corte, dejando caer cuanto en su seno contenía, que al ser mucho y no más que agua, precipitándose en una gran parte por el plano inclinado de las vertientes del río, hizo subir su nivel algunos pies. Aumentado el caudal, acelerábase la corriente, que adquiriendo fuerza en la velocidad, deshizo las ligaduras que unían á las barricas con los maderos y sujetaban unas

con otras las barricas, que girando sobre sí mismas, empujaron á las más lejanas, y llevadas éstas por la corriente, á pesar de los desesperados esfuerzos de su dueño, se alejaron, sumiéndole en el mayor desconsuelo. Pasado el primer momento de indecisión, recobrando el amo del tinglado su perdida energía, y pensando que trozos de madera burdamente trabajados, que á eso se reducen las barricas, carecía de alicientes para que nadie se ocupara de su salvamento, aguzó el ingenio (que como á hijo de Madrid no debía faltarle), y de sus labios salió la frase que debía hacerse célebre: «¡¡que una va llena!!» «¡¡una va llena!!», gritó con toda la fuerza que le permitía su angustia, sin atreverse á llenarlas todas, temiendo que no se le creyera.

Este grito que no fué tan desinteresado y transcendental como el de «Libertad» de Guillermo Tell, repetido por los barrios de la corte como el de Tell por los cantones suizos, si no llegó como el de éste á libertar á su país, subió al centro de Madrid, transformado en «una ballena». «en el Manzanares hay una ballena», y motivó la general creencia de que el monstruoso cetáceo había hecho su aparición en el río; por lo que, y sin pararse á pensar en la inverosimilitud del caso, apenas lució el sol tras el nublado, llenáronse sus orillas de curiosos, que de todos los extremos de Madrid acudieron á presenciar, más que el fenómeno, el milagro.

Decía Quevedo en uno de sus romances:

«Manzanares, Manzanares,
arroyo, aprendiz de río,
.....
.....
tú que gozas, tú que ves
en verano y en estío,
las viejas en cueros muertos,
las mozas en cueros vivos,
.....
muy ético de corriente
muy angosto y muy roído,
con dos charcos por muletas,
en pie se levantó y dijo:
Tiéneme del Sol la llama
tan chupado y tan sorbido,
que se me mueren de sed
las ranas y los mosquitos.»
.....
.....

El gran Lope de Vega, también hubo de mofarse en un soletto que titulaba «Miserio Manzanares».

«Quitenme aquesta puente que me mata
señores Regidores de la villa,
miren que me ha quebrado una costilla,
que aunque me viene grande me maltrata,
de bola en bola, tanto se dilata,
que no le alcanza á ver mi verde orilla.»
.....

Tirso de Molina solicitó alimentos para su cauce.—Alejandro Dumas pidió un vaso de agua en un puesto, bebió un tercio de lo servido, y rogó á la aguadora que regalara el resto al Manzanares.—Los soldados de Napoleón (y esto es histórico), vadearon el río Manzanares con los sables en la boca, para defenderla del polvo.—Y para acabar con sus desdichas, recordaré la frase de aquel embajador alemán, que le prefería á todos los ríos de Europa por ser navegable á coche y á caballo.

Quedamos en la Puerta de Hierro, desde la que, con curiosa mirada, atisbamos el río, y sin que él nos viera, pudimos sorprender alguno de sus míseros secretos; y si desde la misma puerta miramos á la derecha, veremos una explanada cubierta de árboles que ni son grandes ni viejos, y en la que, allá por los tiempos del rey Enrique IV de Castilla, tuvo lugar el paso honroso de D. Beltrán de la Cueva.

«Era este favorito del rey, hijo-dalgo de Ubeda, antiguo paje de lanzas, tan ardidoso y apuesto caballero, hidalgo en dotes y galán en prendas, con rumbo y magnate y larguezas de galanteador, tan donairoso en la corte como bravo en la lid, habilidoso en el tañer y experto en el trovar, en el consejo prudente, en el peligro arriscado, discreto en el hablar, generoso en todo, y con tanto amor al Rey, que parecía devoción, y tanta devoción á la Reina, que parecía amor.» (1)

Había llegado á la corte, con motivo de celebrar tratados de paz y de alianza, una embajada del Duque de Bretaña, y por festejarla, mandó el Rey de Castilla que se celebrara en su obsequio una gran montería en los bosques de El Pardo, inmediatos al castillo de Madrid.

He aquí cómo describe la fiesta el capellán y cronista de Enrique IV, Don Diego Enríquez del Castillo:

(1) Victor Balaguer: Academia de la Historia: Los Reyes Católicos.

«En una casa del Rey, sita en un bosque que se dice El Pardo, lugar muy deleitoso y dispuesto, por la espesura de los montes que alrededor avía, como por los muchos animales que dentro del sitio estaban (1), que es á dos leguas de Madrid, allí fué aderezada la fiesta muy ricamente.....

»Duró cuatro días; el primero, se hizo una justa de veinte caballeros, diez de cada parte, todos con muy ricos paramentos y atavíos, iba precio de una pieza de brocado, e otras dos de terciopelo carmesí, para los que mejor lo hiciesen.

»El segundo día, corrieron todos á caballo, e despues un juego de cañas en que avía cien caballeros, cincuenta por cincuenta, los más principales, nobles e hijos de grandes, que avía en la Corte, todos con jaeces dorados e grandes atavíos de sus personas.

»El tercero fué una señalada montería.

»El cuarto día fué, como el Rey tenía entonces por su mayordomo, un caballero que se llamaba Beltrán de la Cueva...
...E aunque ya oviere alcanzado estado de gran Señor e corazon para ello, acordó que para la torna del Rey y de la Reina, e embajador con los otros Señores á Madrid, se hiciere un paso en el medio

(1) Había tal profusión de animales y eran tan espesos los bosques que á Madrid rodeaban, que Isabel la Católica, en memoria de haber muerto á un oso corpulento junto á la ermita de San Isidro, mandó edificar una capilla sobre el terreno en que estaba enterrado el santo Patrono, á cuya intervención atribuyó la feliz cacería.

del camino, cerca de la villa en aquesta guisa.»

Habíase dispuesto que los caballeros y gentiles hombres que vinieran acompañando damas, no podrían pasar sin que hiciesen seis carreras con el mantenedor, que lo era el de la Cueva. Tenía éste colocados en el medio del camino á sus criados, disfrazados de salvajes, para conducir al palenque á los caballeros. Aquellos que no se convenían á justar, dejaban el guante de la mano derecha, y los que rompían tres lanzas, iban á un arco de madera donde había letras de oro perfectamente labrado, y tomaban la inicial del nombre de su dama.

Don Beltrán de la Cueva, sin ayuda ninguna, defendió el paso desde el amanecer hasta la noche, manteniendo que era la dama de sus pensamientos la más bella de cuantas en la corte había, suponiendo todos que no podía ser otra que la Reina, la incógnita dama de los pensamientos del apuesto caballero.

Satisfecho el Rey de la fiesta, quiso perpetuar su memoria mandando edificar un monasterio dedicado á los monjes Jerónimos, denominado «del Paso», honrando de tan especial manera un hecho que, para él, todos juzgaban deshonroso. (1)

(1) Sabido es, que la única hija del Rey y de doña Juana de Portugal, era llamada «la Beltraneja», por creerla todos hija de D. Beltrán de la Cueva, y que el mismo Rey la desheredó (dando pábulo y motivo á que no se dudara de ello), en favor de su hermano menor, Alfonso, cuya temprana muerte fué causa de que

Más tarde mandó el mismo monarca que se cambiara por «el Real» la denominación de «del Paso», que al principio ordenara; y apellidado «San Jerónimo el Real de Madrid», le trasladaron los Reyes Católicos, por ser malsano el sitio de su fundación (á juzgar por las fiebres que á los monjes aquejaban), al lugar que hoy ocupa, y en cuyos arcos claustrales se ve todavía una granada y el mote agri-dulce, que el Sr. Balaguer supone, por ser más caballeresco que religioso, fuera el usado en las justas que motivaron la edificación del monasterio.



La carretera de Castilla que sigue á Galicia, deja á la derecha la de El Pardo, y con ella sus chopos, que se substituyen en ésta por pilones de grava, siendo la separación á la entrada del puente de San Fernando, que á su vez termina al pie de una cuesta llamada *de las perdices*, por la profusión que de ellas había en esa loma, y que al ser cortada por la carretera, deja á un lado «la Casa de Campo», y á la derecha la posesión de caza conocida por «la Zarzuela», y que limita continuada tapia.

Un pueblecito que se ve en la misma dirección que caminábamos, una hora después de la salida, á 10 kilómetros de Madrid, es Aravaca, que no ofrece á la

no le sucediera, pasando sus derechos á su hermana Isabel, que con el calificativo de «la Católica», fué Reina de Castilla.

curiosidad del viajero el más insignificante detalle. Hubo en este pueblo un hospital para recoger y albergar á los transeuntes pobres que iban á Madrid, y una ermita que se llamaba del Buen Camino.

Al terminar la citada cuesta *de las perdices*, vése una gran puerta del año de 1769—reinando Carlos III—y á la izquierda el merendero *de las perdices*, muy conocidos hoy, cuesta y merendero, por los ciclistas, que hacen en la primera el apetito que satisfacen en el segundo.

A la izquierda, momentos después, se ve Majada-Honda, pueblo, según dicen, un tanto descuidado, á pesar de su proximidad á la corte; el nombre ya previene en contra suya; las noticias que de él nos llegan, quizás equivocadas, no destruyen la mala impresión que la lectura de su nombre causa.

Tampoco «Las Rozas», á que se llega después, interesa. En 1376, la fundó un tal Ramos, y con motivo de haberse rozado el terreno en que fué edificado, se le bautizó con el nombre de Rozas, que hoy conserva.

Media hora más tarde estábamos en «Las Matas».—Eran las ocho y media, y como el sol se dejara sentir con demasiada fuerza, allí decidimos pasar las horas de insoportable calor.

Un viajero menos decidido, daría por terminado el viaje en coche al llegar al parador de las Matas (único como parador y como casa), y en cualquiera de los trenes que ante él cruzan seguiría el via-

je, ó volvería á su hogar, pero ni por un momento me sugirió esa idea la inmensa extensión de tierra que abarcaba mi vista, sin un árbol ni una vivienda, que iba á unirse, allá á lo lejos, con un cielo azul, pero blanquecino, á través de las espesas nubes de polvo, únicas que suavizaban los ardores de un sol abrasador.

Las llanuras de la meseta central de Castilla, son conocidas por su falta de vegetación, su monotonía; por ese color de tierra que substituye al verdoso de las demás regiones. Parece faltar la vida en aquellas inmensas planicies, y el ánimo se entristece, sobre todo el de aquellos que, como mi compañero de viaje y yo, nacidos á orillas del Océano, cuyo monótono rumor es dulcísimo acompañamiento de nuestros primeros recuerdos, hemos escuchado desde muy niños el imponente crujido de las grandes ramas de los añosos robles y las corpulentas encinas, que azotadas de continuo por huracanados vendavales y durísimos nordestes, parecen rugir al levantar su melenuda cabellera, que nuevas rachas humillan, no sin que protesten siempre con sus roncós silbidos; y sobre todo, habiendo visto y conservado imperecedero recuerdo de aquellos paisajes, en que véanse primero grandes extensiones de verdosos prados, en que la yerba altísima aterciopela el terreno; más lejos, bosques de más obscuro color; luego, inmensa cantidad de agua azulada, que forma caprichoso contraste con las nivosas crestas de espuma que surgen de las contien-

das que las olas arman, y en último término, el inmenso horizonte, allá, muy lejos, traducido en continuada línea que parece resultar de la unión del cielo con el mar; lugar en que el Supremo Dios del mitológico Universo, baja á recibir las caricias de su preciado nieto el dios Neptuno; imaginaria línea que los antiguos suponían servir al hijo de Saturno y de Cibeles para escalar el Olimpo, donde acudía á confundirse con sus hermanos los inmortales dioses.

Pero el sol obliga al viajero á guarecerse dentro del parador; ya no se ven más que las mugrientas paredes del mesón, y por pensar en algo, nos ocupamos del almuerzo.

El agua es mala en las Matas; en la estación del ferrocarril beben la de Madrid, que conservan en botijos.

El almuerzo es curioso, y no resisto al deseo de contar la extraña forma en que nos fué servido.

Era lo primero un par de huevos fritos; trajéronlos en una cazuela tan grande, que sin tropezarse cabrían dos docenas. Sobre ellos, y como hasta dos centímetros de su altura, una salsa negra los cubría, que yo tomé por tinta de calamares; y después de indagar por los huevos un gran rato, dí con ellos, que no estaban tan negros como el aceite ó sebo, que resultó ser lo que los ocultaba; era lo demás—por no haber pescado—jamón y carne, ambos condimentados con iguales obscuridades, pero que como á la vista no habían de apare-

cer blancos y amarillos como los huevos, no nos chocaron tanto sus negrísimos colores.

Agradézcame el lector esta descripción, y procure no tener que alimentarse en las Matas.

* * *

Hay un árbol grande y copudo, relativamente á los demás que ves por el pelado camino, y que desde el tren puede divisarse momentos antes de llegar á la estación de las Matas. Pues, ya bajo sus ramas, nos regocijábamos pensando en la tranquila siesta que á su sombra íbamos á echar, cuando el ventero, adivino de nuestras intenciones, nos gritó desde la puerta del mesón:—No se echen, señores, que ha poco pasaron gitanos y en ese mismo lugar estuvieron largas horas.

Volvimos al parador, y decidimos recostarnos en dos sillas del cuarto en que almorzamos, que acercadas á una cama por los respaldos, formaban un plano inclinado, de modo que pudieron servirnos de almohadas los colchones; y así instalados, y como tuviera frente á mí una ventana, y á su través se viera el camino que de Madrid venía, al tiempo que se me cerraban los ojos, empecé á ver una línea obscura que á lo lejos se proyectaba en la carretera y que iba avanzando lentamente. Gran rato tardé en hacerme cargo de lo que aquello era; pero poco á poco fui distinguiendo hombres de á caballo, que venían escoltando una gran carroza, y

cuando ésta pasó por delante de la ventana, pude conocer perfectamente al que iba dentro de ella, y que no era otro sino el rey suspicaz, receloso, autoritario y tétrico por excelencia, Felipe II, que se dirigía á El Escorial.

El día de San Lorenzo del año 1557, ganaron las tropas del Rey á quien se llama justiciero, la batalla de San Quintín; y como asistiera el monarca en persona á la toma de la plaza—única empresa guerrera que honró con su presencia—cuentan las crónicas, que sorprendido del estruendo, algarabía y exposición en que se hallaba, hizo solemne juramento ante los muros de la plaza, de levantar, si salía con bien de esta arriesgada empresa, tan soberbio monumento en que á Dios se rindiera fervoroso culto, que dejara atrás los hasta aquella fecha construídos (1).

Era de Jerónimos el monasterio de Yuste, á que Carlos V se había retirado, y había de ser, por tanto, de Jerónimos, el que su hijo proyectara.

Discurría Felipe II por los alrededores de Madrid, sobre cuál había de ser mejor lugar para la monumental fabricación que se proponía llevar á cabo, y sólo exigía proximidad á la corte y sitio solitario á los arquitectos, geólogos y médicos que en esta averiguación enviara. Señaláronle

(1) «Reconociendo los muchos y grandes beneficios que de Dios Nuestro Señor avemos recebido y cada día recebimos y quanto El ha sido servido de encaminar e guiar nuestros hechos y negocios á su santo servicio.»

éstos como inmejorables las condiciones de la falda del Guadarrama, y allí empezaron las obras, bajo la dirección de D. Juan Bautista de Toledo, colocándose en 23 de abril de 1563, la primera piedra de este edificio, que según el alcalde de Galapagar, á quien se preguntó por el juez de Bosques su opinión, como á todos los de los vecinos pueblos, hubo de decir:

«Asentad que tengo 90 años, que he »sido veinte veces alcalde y otras tantas »regidor, y que el Rey hará ahí un nido de »oruga, que se comerá toda esta tierra.»

Sea como quiera, tuviera ó no razón el de Galapagar citado, es lo cierto, que España tuvo durante algún tiempo uno de los más grandes y hermosos trozos de granito que se conocían.

Impacientábase el buen Rey, que vigilaba por sí mismo el trabajo de los obreros y abandonaba la corte continuamente para encerrarse en miserable vivienda que en El Escorial, y cerca de las obras, se le había dispuesto ; pero, volvamos á las Matas.

Paróse la monumental carroza junto al árbol grande y copudo que desde la ventana se divisaba, y de ella descendió el severo Rey, siguiéndole á poco su gran amigo y primer cortesano Ruy Gómez de Silva, Príncipe de Eboli, que con él venía.

Iba vestido el Rey Felipe, tal y como los cuadros de su tiempo nos le pintan: de obscuro justillo, con sombrero y calzas de la misma color; no llevaba alas el som-

brero, y caíale una capilla corta, con alza-cuello, á las espaldas.

Sentáronse en dos escaños que en la carroza venían, y como, alejados los hombres de armas, todo se quedara silencioso, pude escuchar el diálogo siguiente, que habían entablado.

—¿Has visto—decía el Rey—cuán injustamente se habla de mi rigor con Don Carlos?

—Señor,—replicó el cortesano—la historia os hará justicia.

—¡Quién sabe, Ruy!, quién sabe lo que la historia dirá; y sin embargo, tú sabes bien que al lado del príncipe están el hermano de Alba y Honorato de Juan: los mejores humanistas de mis Reinos.

—Verdad decís, señor.

—Lée, buen Ruy, lee lo que Honorato de Juan me dice de D. Carlos;—y mientras decía esto, sacó del interior de su justillo un pergamino pequeño y arrollado, que alargó al de Éboli.

Cogiólo el Príncipe, carraspeó recio y leyó:

«S. A. está bueno, bendito Dios, y yo »hago en sus estudios lo que puedo, y har- »to más de lo que otros muchos quizás hi- »cieran, y con hartó más trabajo; pésame »que no aproveche tanto esto, como yo lo »deseo.....»—¡Pobre D. Carlos!.....—se interrumpió Ruy Gómez.

—Tú sabes — dijo el Rey, que había recogido el documento (1) y le guardaba—

(1) Es copia del original.

que suponen aventuras amorosas al pobre Carlos; y la enfermedad le tiene en tal flaqueza que no le deja medrar, ni aun mostrar los afectos que siempre á su edad mostraron los jóvenes.

—Verdad es, señor, y así hubo de casarse V. M. con mi Reina D.^a Isabel, que Dios conserve muchos años (añadió, quitándose el sombrero) y que, prometida de D. Carlos, deshiciera el proyectado casamiento al verle tan traído y llevado de podredumbres y tan falto de seso, poniendo á V. M. en un aprieto con la Francia, si mi Rey, el más poderoso del mundo, y joven y apuesto, no hubiera ocupado el lugar del Príncipe, haciéndola pensar que fuera un sueño tanta dicha.

—Sí, Ruy, pero quizás las historias varíen los hechos, y me hagan caduco anciano y á mi hijo arrogante mancebo y discreto, y á la Reina de él enamorada; que manos de escritores han de referirlo, y éstos huyen de la verdad, como todos del diablo (1).

—Señor,—dijo Ruy Gómez después de esperar con un silencio respetuoso á que el Rey siguiera la conversación, si era su antojo—parece que la tardese echa encima, y como queda un buen trecho para llegar

(1) Es una idea corriente la de creer que cuando Felipe II se casó con la Infanta francesa, era un anciano; siendo culpables de ese error tan extendido, los novelistas, que no tienen en cuenta, al variar los hechos para perjeñar sus intrigas, el daño que causan en el vulgo.

á El Escorial, y no es bueno para el reuma que la noche os coja de camino.....

—Creo que tienes razón, buen Ruy—interrumpióle el Rey—ordena la marcha. Y dicho esto, metióse el Rey en la carroza, Ruy Gómez tras él, y puesta la guardia en movimiento, tomaron carretera adelante, envolviéndose poco á poco en una nube de polvo, que iba desvaneciendo la cabalgata, hasta que desapareció tras un recodo del camino.

Entonces abrí los ojos; me asomé á la ventana por si quedaba algo que ver en la carretera: la ví solitaria como antes de mi sueño, y fijándome que el sol comenzaba á querer montarse sobre la próxima cordillera, desperté á mi compañero, ordenamos los preparativos de marcha, vimos pasar el expreso de Santander, y se acercaba la media tarde cuando salimos del parador de las Matas.

Una hora llevaríamos de camino, cuando accidentándose el paisaje, al punto de romper la monotonía de esas feísimas llanuras que veníamos cruzando, en el momento preciso que desaparecía de nuestra vista el sol, oculto tras la cordillera de Guadarrama, una agradable frescura vino á substituir al caldeado ambiente que antes respirábamos, al mismo tiempo que á la izquierda, á lo lejos, veíamos destacarse la sombría mancha de El Escorial en la desnuda falda del monte Peguerinos.

Dejamos á Villalba á la izquierda, cruzamos la vía que va á Segovia desde el punto citado, más tarde el río Guadarra-

ma, y serían las ocho de la noche cuando llegábamos al pueblo del mismo nombre que el citado río, en donde teníamos pensado descansar hasta el día siguiente, con el fin de admirar de madrugada el hermoso panorama que, desde el pintoresco puerto de Guadarrama, debía seguramente divisarse.





CAPÍTULO II

DE GUADARRAMA Á SANCHIDRIÁN

Guadarrama. —La subida del puerto. —Historias de bandidos. —Rocco del Pizzo y la Infanta de Aragón en Nápoles. —Descenso del puerto de Guadarrama. —Una anécdota del Espinar. —El Cristo del Coloco. —Las Navas de San Antonio. —Villacastín.

A las seis de la mañana del siguiente día, bien envueltos en los capotes de monte, pues el fresco se dejaba sentir, nos disponíamos á continuar el viaje, cuando uno de esos seres oficiosos que nunca faltan, se acercó y nos dijo:—Tengan ustedes cuidado, que en la subida ó bajada del puerto, no sería difícil que tuviesen algún desagradable encuentro.—Advertíle que fuera á recoger nuestros pedazos, mientras ponía muy cerca de su fisonomía un hermoso Smith y le hacía presente que mi compañero y los criados llevaban otros parecidos, y salimos al trote largo de los caballos, con gran admiración de los habitantes de Guadarrama, á quienes reconozco desde luego la cualidad de madrugar, á falta de otras en que quizás abun-

den; y digo esto, porque en número considerable se hallaban agrupados desde dos horas antes, al decir de los criados, frente al mesón en que nos hospedábamos, esperando nuestra salida.

Era el tal mesón, de antigua fábrica, grande y desahogado, con el comedor en piso bajo, muy oscuro y también muy espacioso.

Una estrechísima escalera conducía al piso en que estaban nuestras habitaciones, compuestas de un salón en que se notaba particular olor á polvo de ladrillo, efecto de ser el suelo de ese barro rojizo y destartelado, un gabinete caracterizado por el mismo olor, y una alcoba que sólo se diferenciaba de los anteriores aposentos por la profunda obscuridad que en ella reinaba.

Había en el salón, y en la pared de frente á los balcones, largo sofá, perdida la posición para que fuera construído, á causa de faltarle una pata; faltábale también en algunos sitios el mullido y en otros la tela, que era encarnada. Sobre el sofá, y colgado de un clavo de monumental cabeza, hallábase un pequeñísimo espejo, que ya no reflejaba las imágenes, por estar cubierto de espesa capa de polvo y puntitos negros que allí depositaron las moscas; y á los lados, sujetos también por enormes clavos, dos cromitos con marco se destacaban de la yesosa pared, representando á Jesús el uno, y á San Juan con el borriquito, el compañero. Una gran consola ocupaba el hueco entre los dos balcones, que cubrían blancas cortinas, ó

que lo fueron, y sobre la consola, y como adorno seguramente, llamaba la atención, un lienzo sin marco ni pintura, que me trajo el recuerdo de aquel loco que decía haber pintado «El paso de los Egipcios por el mar Rojo persiguiendo á los Hebreos», y mostraba un lienzo tan falto de pinturas, como el que lucía sobre la consola del salón de la casa de Guadarrama, que describo.

—¿Y los Hebreos? — preguntaban al loco.

—Ya han pasado.

—¿Y los Egipcios?

—Van á llegar.

—¿Y el mar Rojo?

—Se ha retirado.

No pregunté yo nada al dueño del mesón de Guadarrama, que quizás, ya que todo es convencional, me hubiera respondido de una manera parecida.

Completaba el ajuar de la habitación, una línea de sillas cubiertas con telas blancas, ó, por mejor decir, amarillentas; y perseguidos siempre por el olor del polvillo que nos hacía estornudar, calculamos los años que llevarían cerradas aquellas habitaciones, que, tiempos atrás, cuando era Guadarrama lugar obligado de descanso para el ganado de las diligencias, los viajeros las encontrarían bien limpias y aseadas.

Y para dejar á un lado esta villa, diré que me pareció de pintoresco aspecto; que tiene una iglesia, de San Miguel, construída en lo alto de achaparrado cerrillo, á

cuyo pie, y parte en la falda, se asientan las casas, grandes algunas, pero modestas todas; que fué poblada por Alfonso X el Sabio, allá por el siglo XIII, y que hoy tienen sus habitantes que ir á 3 kilómetros de la villa para encontrar la línea férrea de Segovia, en la estación de Collado-Mediano.



Dicho lo anterior, y comenzando ya la subida del puerto, que coincide con la alameda por que se sale del citado pueblo, empezamos á descubrir inmensas llanuras que aumentaban y aumentaban á medida que avanzábamos por aquellas vertientes, cubiertas de monte alto y bajo, jarales y malezas, robles y fresnos.

Hacia la mitad de la subida hay un túnel, á la izquierda del camino, que permite pasar á pie la sierra, y que sale á Budillo, pueblo de la provincia de Segovia, y á esa misma altura, se hallan tendidos los rieles del ferrocarril á El Escorial. Más arriba está la venta de Calvo, la casa del peón caminero, y aun más arriba, á punto de entrar en la provincia de Segovia, después de 8 kilómetros de cuesta, á 1.778 metros, precisamente á la izquierda del camino y en la misma cima, desde donde se abarca extensísimo horizonte y pintoresco paisaje, algo parecido á granítico león que abarca con sus garras dos globos, descansa sobre pedestal de dos cuerpos, leyéndose en la borrosa lápida,

situada en la parte superior de la basamenta, lo que sigue:

Ferdinandus VI.—pater patriæ—viam utrique castelæ—superatis montibus fecit—an salutis MDCCXLIX, regni sui IV.

¿Quién desperdiciaba la ocasión de escribir su nombre á tanta altura y al lado de tan gran rey? Subíme á hombros de los dos criados, y escribí el demi amigo y el mío; con lo que, satisfecha nuestra vanidad, y después de admirar desde ese puerto, que es el de Guadarrama, las grandes cercanas alturas que tiene esta extensísima parte de la cordillera Carpeto-Vetónica, situada al NO. de Madrid, en la que existen otros puertos tan pintorescos como el del Paular, el ventisquero de Guaramillas, los del Regajo, Paz y Estrada, Navacerrada, Siete Picos, Fuenfría, La Peñota, el cerro de Cabeza-Lijar, etc., únicos que permiten el paso, aunque no siempre, de la provincia de Segovia á Madrid, emprendimos la bajada del puerto.

*
* *

No habría transcurrido un minuto, cuando desapareciendo á nuestra vista todo horizonte, nos metimos en bosque espesísimo de pinares y robles, substituyendo agradable frescura al ardoroso calor que en la otra vertiente pasáramos.

Aquellas cañadas y aquellas angosturas, relacionadas con el aviso que al salir de Guadarrama nos dieran, hiciéronme

pensar que, ó bien por haber desaparecido, ó porque nunca existieran, no tenían un héroe que fuese de ellas, único y absoluto rey. Faltaba allí uno de esos seres despreciables y atrevidos que viven de lo ajeno, pero que exponen su vida para obtenerlo, y recordaba, que en los montes de la Calabria, tan parecidos á los que estábamos recorriendo, cada paraje tiene característica leyenda de algún suceso interesante, ó curioso por lo terrible, en que se pone de manifiesto un rasgo cruel ó á las veces generoso de algún bandolero, cuyas hazañosas aventuras os cuentan siempre, porque nadie las ignora.

En Italia, en el país de los recuerdos, no viajáis por un lugar cualquiera, en que al mismo tiempo que os enseñen la historia de un grande hombre, os dejen ignorar la de algún célebre bandido.

Si os hablan del notable filósofo napolitano Jordán Bruno, no se olvidarán del valeroso bandido siciliano Pascual Bruno.

Si os cuentan la historia de Horacio, os dirán también que el Conde Horacio ha sido el más elegante de todos los bandidos, y el que con mejores modales os quitaba cuanto llevábais (es de advertir que el Conde Horacio, siempre usaba guantes).

Si acude á las mientes de un italiano el nombre del pintor Jacinto Brandi, autor del hermoso cuadro de los cuarenta mártires, no se olvidarán seguramente del terrible calabrés Marco Brandi ; pero ningún país como el de Calabria para recoger leyendas de esta clase.

Allí se hizo célebre Fra-Diávolo, cuyas aventuras sirvieron á Auber para escribir la preciosa ópera, que bautizó con el nombre del bandido.

Vardarelli, Gasparone, Rocco del Pizzo y tantos otros cuyas historias corren de boca en boca de todo italiano, desde el más noble, al más rapazuelo de los lazzaroni.

A Gasparone hubo que encerrarle en la ciudadela de Civitta-Vechia, á pesar de haber estipulado su libertad con el papa León X.

Gasparone fué bandido de manera bien original.

Tenía una novia, que prestaba sus oficios de doncella en casa de un noble italiano. Un día, por divertirse las hijas del poderoso magnate, vistiéronla un preciosísimo traje, y la muchacha, que era guapa, encontróse tan á gusto con aquellas ricas telas, que parecióle un despojo el término de la broma.

Veíala Gasparone por las noches, y comprendiendo aquella que algo grave la entristecía, tanto insistió en sus preguntas, que al fin la doncella le confesó su disgusto por haber sido una broma la posesión del riquísimo atavío.

—¿No es más que éso?—dijo Gasparone,—pues esta noche serán tuyos, y poco habría pasado de la media, cuando un fuego horroroso envolvió con sus llamas el palacio del noble italiano. Nadie más diestro ni forzado que Gasparone para apagar el incendio, ni nadie tampoco más altivo

para no aceptar después, ninguna recompensa.

La primera vez que se confesó Gasparone, el cura no le quiso absolver, y como la discusión entre penitente y sacerdote llegara á agriarse, el primero mató al cura de una puñalada. Luego fué á confesarse con un fraile que, aunque reacio al principio, concluyó dándole la absolución, con lo que Gasparone se fué al monte, donde hubiera muerto anciano, si cansado de la soledad, no hubiera querido vivir en las ciudades, para lo que contrató su libertad.

Gasparone era instruído; ya en su encierro tradujo al italiano, aunque con mala ortografía, el Telémaco de Fenelón.

Fra-Diávolo, que era cura en Nápoles, quiso oponerse á la entrada de los soldados de Napoleón, y llamando á sus feligreses, se situó en los desfiladeros de Frondi. Fué cogido al cabo de algunos años por Massena, y después de pasearle tres días seguidos por las calles de Nápoles, le cortaron la cabeza en la plaza del Mercado.

* * *

Pero ninguna historia tan interesante como la de Rocco del Pizzo, y en que tan importante papel desempeñara una infanta española.

Era á principios del siglo XVI cuando Isabel de Aragón, regente de Nápoles, publicó un bando poniendo precio á la cabe-

za del feroz bandido Rocco del Pizzo; ¡tales eran los robos y asesinatos que se le atribuían!

Llegó una tarde á las puertas del palacio de la Regente, un hombre corpulento y audaz, manifestando que proporcionaría el medio de coger á Rocco del Pizzo si la Princesa le concedía una audiencia. Negada ésta, se retiró.

Al día siguiente moría asesinado un hermano bastardo del Conde Antoniello Caracciolo, favorito de la Regente.—Pocas horas después de tener lugar ese suceso, que aterró el pueblo napolitano, el mismo hombre de la tarde anterior volvió á acercarse al palacio é insistió en asegurar que, á cambio de justicia, entregaría á Rocco del Pizzo.

Como fuera esta vez recibido, apenas se halló en presencia de la noble dama,—Señora,—la dijo—juro solemnemente entregar á Rocco del Pizzo, si me haceis justicia.

—Para eso estoy al frente de este reino.—Contestó con altivez la Regente.—Habla.

—Señora,—insistió el desconocido—el criminal está tan alto, que quizás Vuestra Alteza cambie de opinión. . . .

—No me ofende tu desconfianza: habla, que sea quien quiera el criminal, si me pruebas el delito, todo el rigor de mi justicia caerá sobre él.

—Si es así, y teneis unos instantes para escuchar una horrible desventura. . . .

—Habla,—interrumpióle la Regente—te escucho.

—Sabad, señora, que yo tenía una hermana, joven, honrada y hermosa, que causaba la alegría de nuestros ancianos padres. Una vez, el señor en cuyos dominios vivíamos, se acercó á la muchacha que llevaba agua en un cántaro y la pidió de beber. Debíó llamar poderosamente su atención la inocencia con que la pobre niña contestara á sus preguntas, así como su espléndida belleza, pues que varias veces volvió el señor á frecuentar aquel sendero, á la hora en que mi hermana volvía de la fuente, resultando de estos encuentros repetidos, que el dueño de las tierras y la hija del guarda se amaron.

Una tarde, impacientado mi padre por la tardanza de la niña, salió á buscarla, y viéndola cerca de quien por su elevada posición sólo trataría de engañarla, costándole mucho esfuerzo contener los impulsos de su cólera, llegóse al noble, y tan recio debíó hablarle, que aquel señor juróle á su criado no ocuparse más de la aturdida jovenzuela.

Esclavo de su palabra el caballero, contó á un hermano bastardo que tenía, sus penas y sus amores, y éste hubo de aconsejarle dejara á su mal corazón é infames pensamientos el logro de sus deseos.

Un día, no muy lejano al en que esta conversación tenía lugar, y á hora como del anochecer, sonó un tiro en los bosques, cerca de la cabaña del guarda, y en seguida, un grito de agonía. Mi padre se precipita en la maleza buscando al herido, con el caritativo fin de prestarle su auxi-

lio oportuno; y cuando guiado por su instinto de cazador llega junto al que ya era cadáver, dos criados del bastardo le sujetan llamándole ¡asesino!

Instruído el proceso, fué mi padre condenado á muerte, y como el señor ejercía alta justicia en sus dominios, era el único que tenía en su mano el perdón del viejo servidor.

Mi madre y mi hermana que supieron esto por un vil criado del infame hermano de su señor, recibieron del mismo el consejo de ir á arrojarse á las plantas del poderoso magnate. No titubearon, y enjugando sus lágrimas llegan al castillo: entra mi madre, llora de rodillas, y á los pies del amo, la tremenda desventura; pero el inflexible señor debe hacer justicia. Al saberlo mi hermana, recuerda las palabras de amor, los ofrecimientos del noble, y dice á nuestra madre:—Espérate que voy yo á probar fortuna.

Pocos minutos llevaría la pobre mujer esperando á su hija, cuando un criado la entregó el perdón de su inocente marido y recado de que su hija iría á esperarla á la cabaña.

Con tan alegres nuevas, fuese mi madre á la cárcel, contando al preso cómo el perdón había sido conseguido. Un grito de angustia de mi padre la dejó aturdida. Quiso el viejo salir en el acto, pero el permiso decía: *mañana*.—Vete á casa,—dijo á mi madre—y mira si nuestra hija ha llegado ya.—En casa no estaba, en el castillo nadie sabía de ella. . . .

—¿Era el conde Antoniello Caraccio-
lo?—preguntó temblorosa la Regente.

—Sí, Alteza—contestó el desconocido.

—¡Infame!, —pensó la infanta— ¡me
burlaba por una campesina!—y recobran-
do al instante su energía, dijo al hombre
que narraba el suceso:—Sigue.

Volvió al calabozo mi madre, compren-
diendo por fin, á costa de cuánta vergüen-
za su marido recibía el permiso de vivir.

.....

Al día siguiente, cuando la puerta se
abrió para dejarlos paso, éste era inseguro,
pues agobiados por el dolor, habíalos con-
vertido aquella horrible noche, en que ha-
bían seguido minuto por minuto su des-
honra, en dos míseros ancianos.

Al llegar á la cabaña, su hija les espera-
ba á la puerta, de rodillas. Levantada por
mi padre y estrechada en sus brazos, lloró
bien amargamente.

Al poco rato salía el viejo guarda, en
dirección al castillo del noble, con la cara-
bina al hombro. El señor había salido para
Nápoles; y como aquella tarde llegara yo
de un viaje, oí de los moribundos labios del
deshonrado anciano esta historia terrible
y esta última palabra:—¡Véngame!

—Vine á Nápoles; pedí audiencia á
Vuestra Alteza, y no me la concedieron.
Entonces robé, asesiné, hice que el nom-
bre de Rocco causara espanto, pues que
á él se achacaban estos sucesos, para que
á la sola promesa de entregarle, con la
garantía de mi vida, se me abrieran las
puertas del palacio de Vuestra Alteza.

—Luego érais vos, y no Rocco del Pizzo.

—Señora, yo fuí el que ayer asesinó al bastardo del Conde Antoniello, que deshonró á mi hermana.

—¿Y seguís en el compromiso de entregar al bandido?

—Me afirmo en lo ofrecido.

—Pues bien,—dijo la princesa—quedais detenido.—Y volviéndose á la puerta que daba al salón inmediato, gritó:—Capitán, id, y prended al Conde Antoniello Caracciolo.

Avisado á tiempo el Conde, huyó, y la Regente mandó demoler sus palacios y los de su familia. Al día siguiente de dada esta orden, el Conde Caracciolo se daba á prisión.

Pocos días habrían transcurrido desde que ocurrieron los anteriores sucesos, cuando una mañana, el pueblo de Nápoles vió con asombro levantarse un tablado en la plaza principal, que llevaba un patíbulo á un extremo, y en el otro un altar.

Serían las diez de la mañana del día señalado, cuando por la calle del Suspiro desembocó en la plaza un numeroso grupo que traía á una hermosísima joven. Por la parte opuesta aparecía el Conde Caracciolo.

Llegados ambos al altar, un sacerdote bendijo esta unión que con tanto aparato de terror se celebraba ; minutos después, rodaba por el tablado la cabeza del primer aristócrata napolitano.

Terminada la ejecución, dijo la Regente al asesino del bastardo Caracciolo, que

había presenciado la ejecución desde una ventana del Palacio:

—He cumplido mi palabra. Tu padre está vengado, y el honor de tu hermana limpio. Entrégame á Rocco del Pizzo.

—Rocco del Pizzo, soy yo, señora.

—Ya lo sabía—dijo la Regente.

—Disponga de mí Vuestra Alteza.

—Vete á consolar á tu madre, y á servir de padre á la viuda del Conde Caracciolo.

La hermana de Rocco, entró monja y el bandido murió luchando por la patria, á las órdenes del general Borjia.

* * *

El camino que seguíamos, motivo de estos recuerdos, es bellissimo; la carretera se va revolviendo por una pendiente rápida, entre pinares tan espesos, que siendo el 3 de julio cuando del puerto descendíamos, hubimos de hacer grande esfuerzo para no internarnos en aquella sombra obscurísima que, á no haber sido hora tan temprana, tuviera algo de tétrica. En las revueltas de la carretera podíamos extender la vista por una superficie verde y ondulosa que desde nosotros llegaba á la llanura, formada por las copas de los pinos que al final de la pendiente terminaban en una extensísima línea, destacada del pálido color de la tierra que cubre la mayor parte del suelo de la provincia de Segovia. Cruzamos varios puentecillos que sirven para que por sus ojos pasen torrentes de

nieve derretida, que hacen intransitable el puerto, de diciembre á abril, desde Peñalara á Siete Picos, y ya eran las ocho de la mañana cuando llegamos á las ventas de San Rafael, donde se bifurca la carretera, dirigiéndose á Segovia la que toma á la derecha, y continuando á Gijón la de la izquierda que seguíamos.

* * *

Un cuarto de hora escaso tardamos en dejar á nuestra izquierda el camino que conduce al Espinar, villa emancipada de Segovia por el alcalde Ronquillo, y de la que cuentan el siguiente caso curioso.

Era á principios del presente siglo; la guerra contra los franceses seguía encarnizada, y las represalias del que se sentía fuerte, eran terribles.

Una parte del ejército de Napoleón, conducida por Junot, había pasado por el Espinar.

Algunos soldados de la extrema retaguardia, por vengarse del mal trato que habían recibido, lleváronse en calidad de prisioneras, como botín, ó para saciar sus apetitos, á varias de las más hermosas mujeres de la villa.

Enterados los padres, maridos y hermanos de las raptadas, llegaron hasta donde acampaban las tropas de Junot; y el más viejo, en nombre de todos, dijo á los soldados, que como en el Espinar la gente siempre había sido honrada, si pasaban con las mujeres de cierto sitio, las daban

por deshonradas, y podían guardárselas para siempre, pues no las recibirían.

¡Extraña decisión que sorprende, dando una muy alta idea de los habitantes de esa villa, que preferían tener hijos sin madres, y padres sin hijas, que mujeres sin honor!..... No sabemos el final de la anécdota, pero suponemos que los franceses, siempre admiradores de las nobles acciones, devolverían las secuestradas á los dignos hijos del Espinar.

* * *

Un poco más adelante, la carretera que va de Avila á Segovia, corta normalmente la que seguíamos, y apenas cruzada, empezamos á subir por una cuesta que termina en la altura del Coloco, recibiendo también ese nombre la anterior pendiente.

Apenas llegados á la cima de la loma, vimos á la derecha una ermita llamada del *Cristo del Coloco*, poco interesante, de regular tamaño, y que tiene todo su mérito en la cueva que, partiendo de la iglesia, tiene su salida—según nos dijeron—en el pueblecito no muy cercano de Alcedo. Hállase la cueva bajo la efigie de un Santo Cristo, que se venera en la capilla circular de la ermita, y cuentan acerca de su existencia lo siguiente:

Allá, por los tiempos de la Edad Media, estaba cierta tarde, ya á la caída, y en la citada loma, un pobre pastor pensando en unos desgraciados amores que le quitaban el sosiego dándole y dándole al

meollo para encontrar un medio de llegar hasta la hija del señor de un castillo cercano, ó que la hija del hidalgo llegara hasta él, cuando acercándosele un zorro de extraño color, le dijo:

—Pedro, ¿por qué piensas á todas horas en la hija de D. Lope, si ella no ha de quererte nunca?—Asustado quedóse el pobre pastor, y respondió temblando:

—Cierto es que en ella pienso, y que daría mi vida porque me mirase una sola vez.

—¡Qué tonto!—le dijo el astuto carnicero.—¿Tienes más que llamar en tu auxilio al diablo? El te dará medios para que seas tan gran señor como D. Lope.

Quedóse el buen pastor asombrado, tanto de lo propuesto por el zorro, como de su mágica desaparición, y aunque de buena gana hubiera llamado en su auxilio á cualquiera para llegar á personaje, pudo más en él su fe de buen cristiano, é hizo la señal de la cruz.

En el acto oyó una voz que le dijo:

—Bien, Pedro, has resistido las tentaciones de Satanás, y justo es que obtengas tu recompensa. Cava en este sitio, y encontrarás la entrada de una cueva.

Hízolo el pastor, y cuando después de grandes esfuerzos logró abrir un boquete, vió al otro lado una arca de madera, y al levantar la tapa, entre enormes montones de oro, encontró la efigie de un Cristo, que no supo decirnos la anciana que relataba la leyenda, si era la misma que lucía en la capilla circular de la ermita del Coloco.

Con aquel tesoro, hízose Pedro un gran señor, y deseoso de satisfacer los deseos de aquella voz divina, con la efigie en sus brazos, preguntaba de continuo:—*Señor, ¿dónde la colocó?*,—y como á todos en el pueblo repitiera una y mil veces la pregunta, concluyeron por llamarle *el del coloco*; y así, cuando decidió hacer la capilla para el Jesús, sobre la cueva del hallazgo, todos le llamaron el *Cristo del Coloco*; palabra que hoy califica á la ermita y á la cuesta que, viniendo de Madrid, frente á ella termina.

Es raro encontrar leyendas de este género en las llanuras de Castilla; tanto que, sorprendidos por el relato que con grandes misterios nos contó una vieja, seguimos nuestro viaje hasta dar con las Navas de San Antonio (pueblecillo situado á trece leguas y media de Madrid), ya bien entrada la mañana.

* * *

Es el pueblo citado, como casi todos por los que íbamos pasando, de arcilloso color, triste y miserable en su aspecto.

Siguiendo la costumbre que desde los comienzos del viaje observáramos—apenas conocida la facilidad, ó vencidas las dificultades que para el alojamiento se presentaran,—pasamos á visitar la iglesia, y como á ella nos aproximásemos, empezaron á llegar hasta nosotros extraños cantos que se entonaban con motivo del

entierro de un niño, según pudimos apreciar al acercarnos.

Colocado el cadáver de la criatura en una cajita, y ésta sobre una mesa pequeña, bajo el pórtico de la iglesia,—que si no es pequeña, tampoco tiene curiosidad alguna que admirar,—hallábase rodeado de algunas mujeres y de ocho ó diez hombres con largas y pardas capas, á pesar del calor sofocante que reinaba. Ellos, muy serios, parecían de cera, tal era su inmovilidad; ellas, cubiertas de tocas las planchadas cabezas, moviéndose mucho, cuchicheando siempre, entraban y salían de la iglesia, mientras el sacristán, con voz melíflua, entonaba salmos á que daba fin el señor cura, con un cavernoso *pater-noster*. Luego entraron en la iglesia casi todos los hombres, que se alinearon á la izquierda del altar mayor, y todas las mujeres que, esparcidas por la iglesia en grupos de cuatro ó de seis, arrodilladas alrededor de un periódico extendido en el suelo, esperaban la llegada del sacristán y señor cura. Al aproximarse éstos, encendían los dos extremos de un hilo de cera arrollado en espiral, que cada una llevaba más ó menos consumido, según el tiempo que hiciera de la muerte del ser á que cada espiral representaba, y una vez rezados los *pater-noster*, y entregada la limosna, apagaban los hilos de cera y se marchaban.

Sorprendiéndonos la novedad; salimos de la iglesia, y conducidos por el sacristán, llegamos á un curiosísimo teatro, en el que

se representaban, por aquellos días, dramas clásicos; y hallándose el teatro colocado en la sala del Ayuntamiento, puede pensar el lector en lo graciosas que resultarán algunas veces sus sesiones.

En el espacioso zaguán del parador en que nos detuvimos, que servía para cobijar los carros y que daba paso á la cuadra, almorzamos sentados en unos esca- beles, y durante el refrigerio, supimos por la dueña de aquel mesón, que el Conde de Finat, solía llegarse con frecuencia á San Antonio desde una magnífica hacienda que cerca posee, y que muy generoso, hacía, acompañado de su distinguida hermana, continuas caridades, por las que le están muy agradecidos los del pueblo, aunque le estiman más, los novillos que regala para las corridas. (1)

*
* *

A la caída de la tarde, y después de haber pasado las horas de calor acostados sobre la yerba de un prado cercano, salimos de las Navas de San Antonio y de la venta, pasando pocos minutos después por el arroyo de Santa Cecilia, que vadea un buen puente, y llegando media hora después al pueblo de Villacastín, intere-

(1) Yo, mortificando tu modestia, querido Pepe, repito muy gustoso lo que oí á la posadera; y te doy desde aquí la enhorabuena, por haber sabido ganarte con tus buenas acciones, el más honroso calificativo que se puede ostentar.

sante por la gran importancia que tuvo allá en lejanas épocas.

A la izquierda, á la entrada, se ve una casa en ruinas, antigua y espaciosa, con multitud de balcones, en cuya principal fachada hay dos escudos cruzados; y un poco más adelante, y siguiendo la carretera que atraviesa al pueblo, hay otra fábrica pequeña, hoy casa de correos, que ostenta las armas de los Condes de Molina de Herrera, y luce en la fachada gran portalón y dos balcones.

Otras casas curiosas que se ven á los lados de la carretera podían citarse, pero toda la atención se reconcentra en la iglesia, de gigantescas proporciones y de piedra berroqueña labrada, correspondiendo al periodo gótico, y construída á expensas del pueblo en 1529, por Fray Antonio de Villacastín.

El estilo greco-romano, domina en las portaladas, y entrando en la iglesia se ven tres grandiosas naves con bóvedas sostenidas por seis boceladas columnas de cuarenta y cuatro pies de altura y seis de espesor.

Las naves laterales tienen veinte pies de latitud y ciento cincuenta de longitud, y hay hasta setenta y cinco pies desde el pavimento á la clave de los arcos.

El retablo del altar mayor no es de estilo uniforme, notándose mezclados en él, el jónico y el corintio; se atribuye á Herrera, que colocó con gran arte numerosas estatuas que representan santos del antiguo y nuevo testamento, luciendo en

los entrepaños, seis hermosos cuadros que representan la vida y pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

A la izquierda está la capilla de los Condes de Molina de Herrera, y en ella campean sus armas y descansan sus cuerpos. Fué fundada la capilla en 1567 por la familia de Bernaldo de Quirós y Messía de Tovar, y siendo actualmente el Condado de Molina de Herrera de la casa de los Condes de Cervellón, deben ser hoy los Duques de Fernán-Núñez, los patronos.

Según Madoz, no existe en toda la diócesis de Segovia, aparte de la Catedral, mejor ni más grandioso templo.

Hay además en esta villa, un convento de Clarisas y dos ó tres ermitas fuera del radio de la población.

En Villacastín murió en 1445 la primera esposa del rey Don Juan II de Castilla, Doña María de Aragón, cuyo cadáver fué trasladado al monasterio de Guadalupe. Se asegura también, que el emperador de los franceses, Napoleón I, en 1808, entró á pie en esta villa.

Salimos de Villacastín y pronto dimos con el kilómetro 90 de Madrid, que entre éste y el 89 se halla asentado. Cruzamos el puente de Almarza, sobre el río Voltoya, que limita la provincia de Segovia, y entramos en la de Avila, siendo ya noche cerrada cuando llegamos á Sanchidrián, que no nos pareció muy agradable; pues tuvimos la mala suerte de dar con gentes chistosas, con chiquillos que nos rodeaban sin dejarnos caminar, y con

una posadera que no podía ocuparse mucho de nosotros por estar á punto de dar á luz.

Cenamos por esa razón muy medianamente, en una posada que sería la peor, y como llegamos de noche y salimos de madrugada, callo mi opinión sobre ese pueblecillo—quizás muy simpático de día—al que creo moderno, y del que no pudimos admirar sus bellezas, si es que las tiene, que yo, ni lo afirmo ni lo niego.





CAPÍTULO III

DE SANCHIDRIÁN Á MOJADOS

Gutierre-Muñoz y Alfonso VIII.—Arévalo: algo saliente de su historia; sus monumentos; el alcalde Ronquillo.—San Cristóbal de las Vegas.—Olmedo: apuntes históricos; sus conventos é iglesias.—En la carretera.

No estaba muy entrado el día, cuando abandonábamos á Sanchidrián, y el camino de Segovia que se aparta á la salida del pueblo.

Quince minutos de marcha nos aproximaron al lugar en que, bifurcándose la carretera, toma á la derecha la de Gijón, y la de Galicia á la izquierda.

Es más corta la primera, pero el deseo de visitar la villa de Arévalo, nos inclinó á alargar media hora la marcha, y tomamos la de Galicia: decisión razonable, pues que por la de Gijón, hasta San Cristóbal de las Vegas—punto en que por una ú otra carretera habíamos de terminar la jornada—sólo encontraríamos á Martín-Muñoz de las Posadas, que aun conserva

los restos del palacio del obispo Diego de Espinosa, inquisidor general que vivió por los años de 1530, digno de atención, y á Montuenga que no tiene nada de curioso, pero que nos privaría de visitar otros lugares de más interés.

Ya en la carretera de Galicia, dejamos á Adanero un minuto á la izquierda, y luego á Gutierre-Muñoz, pueblecillo situado á la derecha del camino, que nos trajo recuerdos del valeroso rey Alfonso VIII.

Viajaba por el mismo camino que llevábamos, el vencedor de los moros en Las Navas, apellidado el Noble, cuando aquejado de aguda enfermedad, tuvo que detenerse en la citada aldea.

Iba á celebrar con su yerno Alfonso II de Portugal, importante entrevista, y como notara que los males de que se dolía hacía tiempo, aumentaban violentamente, hizo llamar al arzobispo D. Rodrigo, y después de recibir de éste los Santos Sacramentos, falleció el 6 de octubre de 1214, á los 57 años de edad y 35 de reinado.

¡Pocos reyes de su época alcanzaron tanta fama y celebridad como el rey Noble, y ninguno seguramente tuvo su muerte en más obscuro lugar!

*
* *

Dejando á Gutierre-Muñoz, bien pronto se encuentran los pueblos de Obito y Espinosa, y por último, y después de cruzar

los rieles del ferrocarril, llegamos á Arévalo hora y media después de haber salido de Sanchidrián, próximamente.

Aquí debe detenerse el viajero, y observando la amurallada ciudad—antiguo lugar de vácceos, á que dieran su nombre los arévacos—hacer pasar ante su vista, grandes sucesos, trozos interesantes de la historia patria, de épocas por cierto bien revueltas.

Reinaba Alfonso VI, y era por el año de 1088, cuando este rey, que venía de conquistar á Toledo, y de asegurar con ello el triunfo de los cristianos sobre la morisma, mandó repoblar la villa á cuyas puertas acabábamos de llegar.

Años después, por el de 1314, Doña María de Molina, viuda de Sancho IV el Bravo, y madre de Fernando IV el Emplazado, se vió en esta villa con el infante D. Juan (hijo tercero de Alfonso X el Sabio), que luchaba todavía en nombre de su sobrino Alfonso—á quien como primogénito de Fernando de la Cerda, hijo mayor del Rey Sabio, correspondía la corona—por los violentados derechos del hijo mayor de su difunto hermano.

Era este mismo infante el que mató, ante los muros de Tarifa, al hijo de Guzmán el Bueno, con el propio puñal de su altivo y animoso padre; y el que se había hecho proclamar, ayudado del rey moro de Granada, rey de Castilla y de León, en tiempos de Fernando el Emplazado.

Muerto éste, reinaba Alfonso XI, bajo la tutela de Doña María de Molina, su

abuela, cuando volvió el infante D. Juan á resucitar sus pretensiones; pero la valerosa é inteligente tutora llamó desde Arévalo al turbulento infante, y le agasajó con tan costosas dádivas, que dieron término por el pronto á las perturbaciones que al reino empobrecían y asolaban.

Era rey en Castilla Pedro I el Cruel, cuando sirvió Arévalo de prisión á la infortunada princesa Doña Blanca, ¡reina desgraciadísima que, custodiada por el obispo de Segovia, Gonzalo Gudiel, y por Tello Palomeque, moría de terror y sufrimientos, mientras ocupaba su puesto en el trono castellano la manceba del rey, María Padilla! Se ha dado por algunos escritores como disculpa al infame comportamiento de D. Pedro, la preñez de la infanta francesa en su viaje á Valladolid, desde la frontera, adonde dicen (faltando á la verdad de los hechos) que fué á recibirla el Maestre de Santiago y hermano del rey, D. Fadrique; pero las crónicas de la época sólo acusan, al caprichoso carácter de ese rey, que jamás tuvo en cuenta lo indignos que solían ser los medios de que se valía para satisfacer sus lujuriosos y groseros apetitos.

Un gentilhombre francés, que enamorado de Doña Blanca veníala siguiendo desde su país, trató varias veces de abrir las puertas de su prisión, proporcionándola una libertad que la noble Princesa rechazaba siempre; hasta que descubierto el caballero en una de esas aventureras intentonas, pagó con la vida su justo y

amoroso empeño, cayendo muerto al pie de la ventana de su adorada reina.

Cuarenta años después de los anteriores sucesos, y por el año de 1392 próximamente, iban á celebrarse en esta villa, con gran ostentación, las bodas de D. Fadrique, único duque en Castilla, que lo era de Benavente (hermano bastardo del rey D. Juan I), con Doña Leonor, condesa de Alburquerque (hija de D. Sancho, que á su vez lo era de Alfonso XI y la Guzmán), cuando temeroso el rey de Castilla Enrique III, de la preponderancia que este matrimonio iba á dar á su tío D. Fadrique—á causa de ser la desposada tan poderosa, que era conocida por «La rica hembra» de Castilla,—pidió la mano de Doña Leonor para el infante D. Fernando, su hermano, conocido por «el de Antequera», y que más tarde fué rey de Aragón, adonde le llevó el compromiso de Caspe. Quedó con este suceso desairado el Duque de Benavente, y muy corrido, pues poco hacía que desposado con Doña Beatriz de Portugal, hija del rey Fernando, se apartó de él para ir á ocupar, como mujer de Enrique III, el trono de Castilla. Siendo muy extendido por entonces el dicho, «la que quiera reinar con el Duque Fadrique, ha de desposar».

Aquí nació D. Carlos de Viana (1), hijo de Doña Blanca de Navarra, y nieto de Don Fernando de Antequera, príncipe tan modesto y agradable de carácter, que le

(1) Algunos autores dicen que en Peñafiel.

deseaban sus súbditos y le querían todos, menos su padre D. Juan, rey de Aragón, que viudo de Doña Blanca de Navarra, y casado en segundas nupcias con la hija del almirante, Juana Enríquez, le mostró, impulsado por la reina, tan público odio, que nadie dudó á la muerte del infortunado príncipe, que el veneno la había acelerado.

En el testamento de D. Juan II, quedaba la villa de Arévalo á su mujer Isabel, para que sustentara su viudez, y allí vivió con Alfonso é Isabel, luego la Católica, sus hijos, hermanos de Enrique IV, rey á la sazón de Castilla, según dice la crónica, como pertenecientes á familia de pobres hidalgos.

Allí recibió la infanta Isabel, luego reina de Castilla, las ofertas matrimoniales del príncipe Carlos de Viana, hermanastro del rey católico Don Fernando, que había de desposarla; achacándose precisamente á este motivo el envenenamiento del de Viana, por su madrastra la reina.

De Arévalo salió el infante Alfonso, hijo de Juan II y hermano menor del rey Enrique IV, para ser coronado en Avila.— ¡Segunda parte de la comedia de deposición, en efigie, de su hermano el rey de Castilla!, que esta vez tuvo un final bastante trágico, pues que á poco traían el cadáver del citado príncipe Alfonso, los mismos que con él se dirigían á Toledo á levantar los ánimos en su favor.

Y para terminar estos recuerdos históricos, diré que en Arévalo se crió el hijo

de Doña Juana la loca, que pasó á regir los destinos de Alemania, á la muerte de su hermano el emperador Carlos V.

Son sus armas, un castillo en cuya puerta aparece un caballero armado con lanza. Blasón ganado por el valor de sus soldados en la épica batalla de las Navas de Tolosa: la más sangrienta para los moros de cuantas tuvieron lugar en España, y en la que se hicieron verdaderos prodigios por los cristianos, capitaneados por Pedro II de Aragón, Sancho VII el Fuerte, de Navarra, y Alfonso VIII de Castilla, que como general en jefe se llevó la gloria, adquiriendo el dictado con que la historia le conoce de «El de las Navas de Tolosa».

Aun pueden hoy divisarse, desde el ferrocarril y la carretera, las antiguas murallas de Arévalo, los restos de su fuerte castillo, sus varias iglesias y sus conventos.

La parroquia de Santa María es la mayor de la villa, y está dedicada á la Asunción de Nuestra Señora; es de antigua construcción y de elevada torre, asentada en un arco del muro que da paso á dos calles.

En la de San Miguel hay dos arcos de piedra monumentales, de la decadencia del período gótico. El retablo es del siglo XV, y la fábrica aparece por cima de los muros sobre la margen del Arevalillo, con una torre quebrada y sus paredes, á trozos, arruinadas.

La iglesia del Salvador fué edificada por el emperador romano Constantino, en



pago de la fidelidad que le mostró siempre la villa; y el convento de San Francisco fué fundado, por el Santo de ese nombre, en 1314; allí se veneraba una quijada de San Blas, que trajo el caballero Nuño Verdugo, que también edificó la capilla dedicada á este Santo, según cuentan, porque llevado en una ocasión del violento carácter que á cada paso le dominaba, mató á su yerno en desafío, teniendo que huir perseguido por los hermanos del difunto. Iban éstos ya á darle alcance, cuando de repente se sintió transformado en un reverendo fraile franciscano, ante el cual se arrodillaron sus perseguidores.

Comprendiendo que sólo á la intervención divina debió su salvación, marchó en peregrinación á Roma, entregándole el Papa entre otras reliquias, una de San Francisco.

En este convento hizo sus estudios el Tostado (1), y tenían los Reyes Católicos sus novenas.

El convento de la Santísima Trinidad fué fundado por San Félix de Valois y San Juan de la Niotá en 1215. Allí se adoraba la efigie de la Virgen de las Angustias, fabricada en Antioquía, que hoy puede verse en el convento de monjas

(1) Este célebre fraile, canonizado por Urbano VIII, y cuyos restos descansan en Avila, fué llamado del Madrigal, por ser el lugar de su nacimiento, y el Abulense, de la prelación que obtuvo en sus últimos años; y era tan fecundo escritor, que hoy ha quedado en poder del vulgo la frase de «escribir más que

Bernardas. Y, por último, el convento de Santiago — de la compañía de Jesús — fundado por Hernán Tello de Guzmán en 1598, es hoy la parroquia de San Nicolás y de San Pedro.

Estos edificios pertenecían á los frailes; teniendo las monjas, entre otros, el de Jesús, cerrado; el de Santa Isabel, que servía de paneras á la Comisión de Amortización; y la Encarnación, sin nada notable, que comenzó por ser un retiro que habitaba con algunas damas la reina Doña Juana, mujer de Enrique IV, y que legó á sus compañeras para que se dedicaran al servicio de los pobres. Además de los citados, el convento de San Bernardo es el más importante, y su fundación obedece á que, como en tiempo de los godos hubiera ya un convento titulado de Santa María la Real, de la orden del Cister, riquísimo y espacioso, y fuera destruído por los árabes, el abad D. Gómez y su hermano Román, le reedificaron en 1200, siendo ocupado por monjas Bernardas, que allá permanecieron hasta 1524, en que el alcalde Ronquillo pidió al rey Carlos I el

el Tostado».—En su sepulcro, en latín y castellano, dice el letrero de la lápida:

«Aquí yace sepultado
quien virgen nació y murió,
en ciencias más esmerado
el nuestro obispo Tostado,
que nuestra nación honró.

Es muy cierto que escribió
por cada día tres pliegos,
de los días que vivió
su doctrina así alumbró,
que hace ver á los ciegos.»

Palacio Real que tenía en esta villa inmediato al convento, que se llamó desde entonces de Santa María la Real de Arévalo, y hoy de San Bernardo el Real.

En esta casa, vivió y murió la reina Doña María, primera mujer del rey Don Juan II, y también la ocupó Doña Isabel, su segunda mujer, madre de D. Alfonso, el que fué proclamado rey en Avila, por los descontentos de Enrique IV, y á quien sacaron de esa casa para ser coronado.

Ese palacio aposentó á Doña Isabel la Católica, Carlos I, la emperatriz Isabel, el infante D. Fernando, el arzobispo de Toledo y gobernador de Flandes, á Felipe II, III, y IV, á D. Carlos, gobernador de Portugal, la infanta Doña María, reina que fué de Francia, etc., etc.

Era patrono de esa casa de los Ronquillos, y lo es hoy del convento, el marqués de Bedmar, del Prado y Escalona y conde de Gramedo, y allí se hallan enterrados sus fundadores Gómez y Román. Estaba el palacio enfrente del convento de religiosas Bernardas ó de Santa María la Real, sito en el lugar que hoy se llama de la Marquesa.

Hacia el N., y algo separadas del casco de la villa, están las ruinas de un antiguo castillo, cuyo patio de armas sirve hoy de cementerio. Todavía se sostiene, á trozos, el muro con sus almenas, sus torres y dos puertas que salían á la plaza; demolida una, la de San José, que caía á espaldas de Santo Domingo, y sirviendo otra robusta, metida entre dos cuadrados torreo-

nes, para que se alberguen durante la noche los mendigos.

En el espacio yermo que se ve hoy entre las últimas casas y el castillo, estaba la parroquia de San Pedro, de extraña arquitectura, pues que tenía reductos y torre á modo de fortaleza, y de la que se cuenta que fué templo dedicado á Minerva, á pesar de lo que, estuvo refugiada en ella la silla de Avila en tiempos de Abderramán.

Ha desaparecido también, con el convento que le guardaba, el sepulcro de Hernán Sánchez Palazuelos, que como embajador del rey Enrique III de Castilla fué á visitar al gran tártaro Timur Lenk (Timur el cojo), que dieron en llamar en todas partes «*Gran Tamorlán*». Presenció Palazuelos la célebre batalla en que fué hecho prisionero Bayaceto, y pelearon más de dos millones de soldados, y volvió á España, después de haber recibido grandes agasajos del Emperador, con dos preciosas húngaras de sangre real, y autorización de usar el nombre de «*Tamorlán*» entre los suyos.

Por entrar en Arévalo con 1.500 caballos en son de guerra, el infante D. Enrique de Aragón fué privado, por el rey, del señorío de Villena, tan magnífico, que sólo á príncipes de sangre real se concedía; y si sales por esa misma puerta por que entró el infante, que está al N. y á unos cuantos metros de la villa, verás un pilón que llena de agua cristalina una fuente-cilla, refiriendo la tradición, que fué lugar

en que se enterró á un bizarro caballero de los más nobles de la cristiandad. Llá-mase actualmente la fuentecilla, «*El caño de la sarna*», y en antiquísimos tiempos, «Fuente Santa», porque cuando Arévalo era de los moros, degollaban á los cristia-nos en el pilón, que hoy está substituído por otro de moderna construcción.....

Y para concluir los recuerdos glorio-sos de Arévalo, traigo á colación á Don Beltrán de Oñez, solariego de Loyola, que vino con un hijo de 3 años llamado Igna-cio, y le dejó en el convento de la Encar-nación, donde hizo sus primeros estudios al lado de su parienta Doña María de Gue-vara, y de los frailes de San Francisco. Vol-vió á los 18 años, siendo paje del Rey Ca-tólico y uno de los caballeros más decidi-dos de su época, como lo acreditó en el si-tio de Pamplona; y por tercera vez, á su vuelta de Palestina, ya jefe de la Compañía de Jesús, que acababa de fundar; sien-do recibido en Arévalo por todo el vecin-dario, con entusiastas manifestaciones de júbilo, el que ya era célebre por su virtud y sus buenas obras, y que fué más tarde conocido por «San Ignacio de Loyola».

Hablar de Arévalo, y pasar por alto al alcalde Ronquillo; al ceñudo y severo juez que traen y llevan de continuo historias y cuentos, folletos y consejas; al que, como á Pedro I de Castilla, se da por unos el dictado de cruel, y de justiciero por otros; al que se saca siempre de entre el polvo que debe cubrirle, cuando se juzga extre-

mado un acto de rigor, ó bien cuando se admira el valor que pueda denotar el cumplimiento de un acto de severa justicia, seguramente pasaría por imperdonable olvido. Deseoso de no incurrir en él, he procurado recoger los curiosos datos que á continuación relato. (1)

Llamábase, el casi legendario alcalde, Don Rodrigo Velázquez, y pertenecía á aquella raza de conquistadores entre los que sobresaliera D. Diego de Velázquez, lugarteniente de Colón. (2)

Era su mote «*Ronquillo*», que desde su abuelo le llevaba la familia, por lo ronco de la voz que aquél tuviera, y que se dejaba notar siempre en sus continuos enfados; ejerciendo el apodo tal presión sobre sus verdaderos apellidos, que desaparecieron para dejar al mote que campara solamente.

Fué tratado, por muchos, de cruel y san-

(1) Se ha escrito mucho sobre el referido alcalde, y existen varias publicaciones que de él se ocupan, siendo una de las más curiosas la de D. Lorenzo del Fresno.

(2) Fundó este notable y heróico conquistador, entre otras ciudades, á Jaquimo, Asúa, Xaragua y Salvatierra, en Santo Domingo; y colonizador de Cuba, plantó los cimientos de sus capitales más importantes, que bautizó, como era su costumbre, con nombres de los santos de su mayor devoción, y de los más afa- mados capitanes que le acompañaban.....

A mediados del año de 1895, y cuando más asolaba la guerra insurreccional la Isla de Cuba, llegó á sus aguas un cañonero llamado Diego de Velázquez, y á causa de haberle sido puesto el nombre, en memoria del que llevara el fundador de Santiago de Cuba, organizóse en esa ciudad una patriótica reunión, para regalarle la bandera de combate que hoy ostenta, siendo el autor de estos APUNTES, honrado con el cargo de secretario de la Junta.

guinario, y añaden, tomado de una crónica de su tiempo, que cuando el Trono se valía de él y le decía «¡juzga!», sonaba á todos esta voz—por el mero hecho de ser Ronquillo el ejecutante—á «¡extermina!».

Los comuneros habían levantado una horca en Segovia, en espera del alcalde, que arreglaban y limpiaban todos los días, para no perder un instante, caso de que le cogieran.

Desde luego puede asegurarse que la causa principal de excitarse los ánimos contra el famoso personaje, fué la valerosa sentencia, seguida de muerte, que dió contra el obispo Acuña; y digo valerosa, porque en aquellos tiempos caer en la excomunión, era por demás peligroso, y más para quien, como Ronquillo, profesaba la religión con verdadera fe. Así ocurre que todos los escritores sagrados han escrito contra esta severa autoridad, y que la historia del «jurista desenterrado», se le achaca á él por haber muerto, según algunos, en la excomunión.

Quien haya leído á Fray Dimas Serpi, á Ladrón de Guevara y á Antolínez de Burgos, seguramente habrá quedado sorprendido del relato que hace el primero y comentan los otros, «de cómo el Diablo desenterró de un convento de franciscanos á un jurista», que Antolínez y Guevara suponen ser Ronquillo, y Valladolid el convento. (1)

(1) Es muy gratuita esta aseveración, pues Serpi no indica lugar, época ni persona, teniendo como único apoyo lo afirmado por Guevara y Antolínez, la

Cuéntase el curioso suceso, según las notas que de él recogí, como refiero.

Es el caso, que en el convento de San Francisco de Valladolid fué enterrado cierto juez, y como durante la noche estuviera un famoso predicador arreglando un sermón para el siguiente día, vióse con sorpresa interrumpido en su pacífica tarea, por un ruido de trompetas que, poco á poco, se iban acercando; como ya las sintiera cerca de la puerta, y no pecara de animoso el orador, escondióse debajo de un banco, y cuenta, que entraron varios enlutados, y que uno parecía el principal de todos, y por tal se tenía, pues que mandó traer el alma del difunto jurista, la cual fué puesta en un gran fuego.

Mientras duraba, uno de los enlutados leyó el proceso y la sentencia que Dios le había dado por los muchos crímenes que hubo cometido; la cual sentencia ordenaba cárcel perpetua en el obscuro infierno.

Púsose luego á discusión en aquella extraña asamblea, el modo de tomar el cuerpo para juntarle con el alma, y dijo el que parecía mandar en todos ellos:—Sacad á ese buen fraile de debajo del banco

tradición, que señalaba una sepultura del convento de franciscanos de Valladolid como de Ronquillo, sin que esto tenga tampoco en su abono razón alguna, pues decía la lápida que motivó esta creencia: «En esta sepultura no se entierra á nadie, porque es de donde los diablos sacaron el cuerpo del alcalde...» No decía quién, pero dióse en decir Ronquillo, y todos le leyeron sobre la raspadura.

á que le ha llevado su deseo de meditar á solas, y él os conducirá ante su sepulcro, y podrá mañana publicar el caso. Apenas terminaron estas palabras, sintió el predicador que le agarraban y sacaban de su escondrijo, y que bajaba, sin tocar en el suelo, los escalones que conducían á la iglesia; que le ordenaron ponerse un alba, y que cogiera un cáliz. Hecho esto, y llegados al sepulcro, los demonios—que seguramente lo eran,—encendieron hachas y sacaron á su luz toda la tierra que en el sarcófago había, hasta dejar al aire el cuerpo del jurista; y que entonces volvió á decirle el que mandaba, que pusiese el cáliz junto á la boca del juez, y le diera con el puño en el *colodrillo*, y que, como así lo hiciera, saltó desde la boca, dentro del cáliz, la sagrada hostia. Lo cual tenido lugar, se llevaron el cuerpo entre truenos y relámpagos.

«Así sacaron los diablos de su sepulcro al alcalde Ronquillo», dice muy gratuitamente Guevara.....

Eran Ronquillo y el célebre obispo Acuña, rivales en ideas, y había sido además vencido el alcalde por el prelado, cuando trató de impedirle que tomara posesión de su diócesis.

Eran, pues, encarnizados enemigos, cuando á causa del asesinato del alcaide Noguerol por el obispo Acuña, preso en Simancas, fué encargado Ronquillo de instruir el proceso.

Es curiosa la sentencia, en uno de cuyos párrafos se dice:

«Visto: cómo después de haber hecho el obispo D. Antonio de Acuña, muchos escándalos y bullicios en estos reinos..... juntando exércitos de mucha gente de á pie y de á caballo en Castilla, y haber entrado y ocupado ciudades de la corona..... combatido castillos (1) y fortalezas..... saqueando lugares..... y aun después de haber sido preso..... y siendo muy bien tratado..... había muerto á Mendo Noguerol, alcaide de dicha fortaleza, muy cruelmente, por maneras nuevas y nunca pensadas: que cumpliendo y executando lo que S. M. le manda hacer de dicho obispo, le mandó dar un garrote al pescuezo, apretado á una de las almenas, por donde se quiso huir, de modo que muera de muerte natural, y mando que se lo notifiquen, y á los alguaciles que lo executen: El licenciado Ronquillo.»

Es por demás notable, la carta que según el conde de Fabraquer, dirigió Ronquillo á D. Francisco de Cobos, secretario del rey Carlos I, en la que pedía le librara de la excomunión, así como al rey que se contaba parte del proceso, de la que entre-sacamos los siguientes párrafos:

«Muy magnífico señor: yo he cumplido el mandato de S. M. cuanto á lo del obispo, y él ha pasado de esta presente vida, dándole un garrote colgado de una almena.....: créame Vm. que ha sido con el

(1) No se olvide que Acuña fué preso por ser uno de los más importantes jefes comunistas, del que hablaremos más extensamente al tratar de su prisión en Simancas.

mayor trabajo del mundo, porque desde la hora en que me vió, temía tanto lo que le había de suceder, que se desdijo de todo cuanto había dicho, y respondía cavilaciones por círculos y palabras..... todo excusarse y querer dilatar y todo miedo, tanto, que cada vez que entraba yo, antes que le comenzara á preguntar, pedía luego él el bacín..... yo le apreté con tormento, de manera que él me dijo lo de la muerte del alcaide y aún no del todo clara, pero lo del tratado y concierto con aquesos que están presos..... no lo dijo antes, ni en el tormento, aunque fué con más de dos kintales y medio á los pies (1)..... y envió á Vm. las informaciones..... por que S. M. pueda pedir la absolución, así de lo que S. M. mandó hacer en lo del obispo, que es atormentarle y matarle, como del atormentar á este otro Bartolomé Ortega, clérigo, así para S. M. como para los que por su mandato lo hemos hecho y ejecutado (2)..... porque ya en esta villa á muchas personas quitan de las honras y divinos oficios, y yo no oigo misa, ni aun S. M. la puede oir, sin cargo de conciencia.»

«En lo de este clérigo, yo le dí grandísimo tormento, porque duró 3 horas, y

(1) Esto prueba la energía y valor del obispo, y se encadena mal con lo que el mismo alcalde escribe anteriormente.

(2) De aquí puede deducirse cuánto preocupaba á Ronquillo lo de la excomunión, por tratarse de muerte y tormento á religiosos, queriendo á toda costa echar la culpa sobre el Rey.

más subiendo y bajando y estando con 3 kintales de peso y 10 libras más.....; la esclava tenía los alcaides en la cárcel de Valladolid, y la habían dado un buen tormento, y yo la dí acá otro tormento muy mayor, tanto, que se murió dos veces en el tormento, que pensé que nunca volvería, y está muy mala..... no sé si vivirá; si viviere, castíguesela conforme á la culpa que tuviere..... etc. Simancas en 23 de marzo. Besa las manos de Vm. El licenciado Ronquillo.»

Indudablemente esta carta habla en favor de los detractores del alcalde, pues que trata en ella con serenidad suma de actos de verdadera crueldad; pero teniendo en cuenta la época en que ocurrieron y las órdenes del emperador, bien pudieran ser fehaciente prueba de severísima justicia.

Otro hecho ocurrió en Toledo en ocasión de asistir Carlos V á unas justas que se celebraban en la Vega, acompañado de los grandes del reino, y que muestra el carácter entero de Ronquillo.

Iba entre los grandes el Duque del Infantado, y como ocurriera que por torpeza de un alguacil de corte, al separar la gente para que pasara la comitiva, pegase con su varita en las ancas del caballo que aquél montaba, volvióse el Duque y le preguntó:—¿Me conoceis?

—Sí,—dijo el alguacil, y añadió que caminase, que detrás venía el emperador, y quería ir más ligero.

No quiso el del Infantado pasar por alto

esta descortesía, teniendo él tantos títulos para merecerla, y sacando la espada, pególe al alguacil una cuchillada en la cabeza.

Quejóse el alguacil al Rey, que detrás venía, y á poco, llegóse Ronquillo al Duque y le mandó en nombre del Soberano que se diera á prisión; y como se pusiera al lado suyo para llevárselo, le dijo el Condestable, que con el del Infantado iba, que por ser quien era el Duque, sólo el Justicia Mayor podría prenderle, y que, por tanto, era cargo suyo y no de él. Insistía Ronquillo que con él se iría, y sólo cuando el Condestable, en virtud de su autoridad, le mando retirarse, cejó en su demanda el porfiado juez, dejando á todos asombrados de su entereza.

Varias veces ha servido el curioso personaje para dar motivo, con sus aventuras, á dramas, comedias y sainetes; sucediendo en una ocasión, por los años de 1625, que como en el Corral de Valladolid se representara á Ronquillo excomulgado, un criado, que fué de la casa de su nieto, levantándose de su asiento, gritó:

—«Mientes, pícaro farsante, y miente quien compusiera esta comedia y quien dijere que el alcalde, mi señor, murió excomulgado, y Juan Montes, criado de su nieto, le defenderá con la espada, en el prado de la Magdalena, donde á tí y á cualquier otro aguardo.»

Zorrilla escribió un drama titulado «El alcalde Ronquillo, ó el diablo en Valladolid». Y en sus cantos del Trovador

hay una introducción de Hartzzenbusch, en que también acoge la tradición de Dimas Serpi.

Murió el alcalde Ronquillo—á cuya voz de ¡que viene! «se hufan los facinerosos y se sosegaban los inquietos»,—en Madrid, en 1522, en el seno de la Iglesia, siendo trasladados sus restos, años después, á Arévalo, su país natal, y depositados en la capilla de Santa María la Real, sobre la que ejercía patronato.

* * *

Salimos de Arévalo, y ya en la carretera de Galicia, tomamos por una transversal, moderna, que conducía á la de Gijón, abandonada junto á Adanero. Pasamos por delante de Martín-Muñoz, de la Dehesa y Rapariegos, y ya era cerca del medio día cuando nos detuvimos en una posada, á orillas de la carretera que íbamos buscando y casi á la salida del pueblecillo que se llama San Cristóbal de las Vegas.

Te la recomiendo, lector, pues encontrarás limpieza, buena comida, agua cristalina y un vinillo regular.

Como era el día 6 del mes de julio, el calor se dejaba sentir con gran fuerza, y como nos dijeran que nada curioso encerraba el pueblo, permanecemos en la posada hasta que al caer la tarde emprendimos la marcha desde el kilómetro 137, que es la distancia á que se halla Madrid de San Cristóbal.

Tomamos, pues, por la carretera de Gijón, que en línea recta parece ha de ser recorrida en poco tiempo; pero cuanto más caminábamos por ella, más nos parecía que se alejaba su terminación. Distraíanos del cansancio moral que lo monótono del paisaje nos causaba, alguna que otra mancha más oscura que el resto del terreno, de las que, al aproximarnos, comenzaba á destacarse algo que asemejábanos, todavía á gran distancia, una corpulenta cabeza de gigantesco vertebrado, levantada para mirar al importuno que fuera á distraerle de su tranquilo descanso en aquellas anchurosas planicies, donde parecía haberse tendido para recibir los rayos del furioso Febo. Ya más cerca, la enorme cabeza se transformaba en el campanario de la iglesia, que nunca falta en esos lugarejos; poco después, se divisaba todo el pueblo, y al verle, reunidas sus casas, casi apretadas como rebaño de corderos temerosos de perderse en aquellas grandes extensiones, que recuerdan los africanos desiertos, el ánimo se entristece pensando en la vida miserable que deben llevar esas pobres gentes, y un sentimiento de protesta ante la injusticia conmueve al viajero, sobre todo cuando los compara con los pueblos del Norte, compuestos de caseríos rodeados de huertos, cuyo cultivo produce lo bastante para que disfruten de relativo bienestar los aldeanos que pueblan esos feracísimos valles, y que encuentran en aquellas montañas, llenas de luz y de frutales, esparcimientos y ale-

grías de que no deben gozar, seguramente, los labradores de esos pueblos miserables del centro de Castilla.

* * *

Haciendo estas reflexiones seguíamos por la interminable recta, cuando de repente, sombreándose el camino por hileras de corpulentos chopos, nos mostró que cerca debían encontrarse gentes bastante poderosas, ó en número suficiente, para poderse proporcionar la comodidad de esa hermosísima alameda. Y no nos quedó duda que llegábamos á Olmedo, al ver unas elevadas murallas, que si hoy faltan por algunos lugares, antes rodeaban por completo la histórica villa de los *Siete Sietes*, ganada por Alfonso VI en 1083 y repoblada por el mismo en años posteriores.

A Olmedo fué D. Pedro I de Castilla al día siguiente de su boda con Doña Blanca de Francia. Iba á reunirse con su manceba María de Padilla y continuar los ilegítimos amores que interrumpió al anterior casamiento. Este mismo rey, años después, cedió la histórica ciudad á su hija Constanza, casada con el duque de Lancaster.

Fué esta villa, más tarde, de D.^a Blanca de Navarra, que la recibió en dote al concertarse su matrimonio con el príncipe Enrique de Castilla, y tomada luego por el rey de Navarra, que mandó degollar á sus principales defensores, molestando por la dura resistencia que le habían

hecho. Conquista que no conservó por mucho tiempo, pues sabedor del suceso el Rey de Castilla, dirigióse á Olmedo con gran número de caballeros, figurando entre los más principales D. Alvaro de Luna, el conde de Alba, D. Juan de Pacheco, Don Iñigo L. de Mendoza, el Maestre de Alcántara, D. Lope de Barrientos, y muchos más; y con el de Navarra, el Almirante de Castilla, los condes de Benavente y de Castro, D. Juan Tovar y numerosos caballeros de su bando. Llegáronse á la vista el 19 de marzo del año de 1445, y ese mismo día se dió la batalla que motivó la erección de la hoy ruinosa ermita del Espíritu Santo, ó del Rey, que así lo había el de Castilla prometido, caso de salir victorioso de la lucha; teniendo los infantes que aprovecharse de las tinieblas de la noche, para salir de Olmedo y alejarse á uña de caballo.

Pocos años habían transcurrido desde que tuvieron lugar los sucesos que anteriormente se mencionan, cuando conjurados bajo la bandera del infante D. Alonso, hermano de Enrique IV, varios caballeros ganaron á Olmedo, gracias á la traición de Pedro Silva; pero acudiendo rápido el monarca castellano ante los muros de la villa, se dió importantísima batalla, en que con tal brío pelearon de ambos campos, que quedó indecisa la victoria; probando estos hechos, y la grande estimación en que los monarcas la tuvieron, que era muy cierto el conocido refrán de «quien de Castilla Señor pretenda ser,

á Olmedo y Arévalo primero de su parte ha de tener».

Lleva por blasón la villa de Olmedo: un olmo verde con dos leones de gules atados al tronco, separado por una laja de un castillo de oro, en campo también de gules, y una estrella entre cuatro lises por timbre. Dásele la siguiente tradición: el olmo y el castillo significan brío, fortaleza y constancia; la estrella representa á Doña Blanca de Navarra, Señora de la villa, y las flores de lis, sus derechos á la Francia.

Tenía Olmedo en sus mejores tiempos, siete plazas, siete conventos, siete iglesias, siete títulos, etc., etc.; conservando hoy todavía sus solares, los Villapecellín, Bornos, Cabaña de Silva y otros.

Esta particularidad de ser en número de siete las siete notables cosas que encerraba, la hizo ser conocida durante mucho tiempo, por la villa de los *Siete Sietes*.

Había en Olmedo dos hospitales muy notables: uno, el de la Trinidad, convertido hoy en el teatro de la villa; y otro, llamado de la Copera, por haberle fundado, bajo la advocación de San Nicolás de Bari, la esposa del copero de un rey de Castilla. Antiguamente era sólo para peregrinos y estuvo á cargo de los monjes de la Mejorada, lo que prueba hasta qué punto los sentimientos de caridad animaban al vecindario de Olmedo; hoy, reducidas sus rentas, apenas proporciona albergue á media docena de enfermos.

La parroquia de Santa María la Mayor, situada en la plaza de su nombre, es un hermoso templo de pórtico romano. Una vez dentro de la iglesia, nótese que á la bóveda ha substituído una techumbre rústica, formada de tablones, que no han sido pintados todavía. En compensación, el altar mayor tiene doce tablas bien pintadas, de la escuela de Durero. Un lienzo hay inmediato al coro, de grandes dimensiones, que representa al Salvador en actitud de hablar á Nicodemus, cuando le dijo: «*tu es magister in Israel*», y otro cuadro, también notable, representa al apóstol Santiago.

En esta iglesia estaba el curiosísimo retable que formaban cuarenta y nueve bustos de otros tantos apóstoles y santos, en cada uno de los que se contenía un hueso ú otra reliquia del varón santo que representaba; siendo preciso para verle, en la actualidad, trasladarse al convento de franciscanos de Jesús, donde ocupa el altar mayor.

Antes de salir de la iglesia, te dirá misteriosamente el párroco, que por un laberíntico subterráneo sesale desde el templo al castillo de San Silvestre; pregúntale que dónde está la entrada, y te responderá que no lo sabe.

Muy próximo á Santa María está San Andrés, reedificado varias veces, presentando caracteres ojivales en la bóveda de la capilla mayor, y del renacimiento en el resto de la iglesia. El altar mayor, atribuído indebidamente á Berruguete,—puesto

que murió en 1561 y en el retablo se lee: «*mandóle hacer D.^a Francisca de Zúñiga en 1576*»—lleva en la tabla ocho pinturas de la vida y pasión de Nuestro Señor Jesucristo, algunas muy notables.

En un lado de la iglesia se ven dos sepulturas, y es fama que las estatuas yacentes que las adornan representan á los marqueses de San Felices y condes de Alcolea.

Antiguamente había un templo dedicado á San Pedro y otro á San Julián y Santa Basilisa; pero arruinados los edificios, se trasladó el culto al extinguido convento de Mercenarios, que luce sus enormes proporciones en la plaza de Santa María, conservándose en el coro parte de la magnífica sillería de la Mejorada, que tiene otros trozos en San Andrés y ermita de la Vega; hoy llama la atención del curioso el hermoso facistol, de gran tamaño, con las figuras de los evangelistas.

La parroquia de San Miguel, del siglo XIII, distante de las anteriores, tiene tres naves y una capilla, bajo el altar mayor, dedicada á Nuestra Señora de la Soterránea, patrona de la villa, de forma octógona, que sirve de asiento á caprichosa cúpula. Bájase á la capilla por una escalera de once peldaños, y una vez en ella, se ve que la circunda caprichosa balaustrada, y que en la cúpula lleva ocho patriarcas de la antigua ley, y cuatro evangelistas en los ángulos. Tiene tres altares, y de ellos dos dedicados á la patrona: en el de la derecha, se ven pintadas las imágenes de

San Jerónimo y Santa Paula: y en el de la izquierda, las de San Bartolomé y Santa Eustaquia, cuadros notables atribuidos á Jordán Menor.

Detrás del altar mayor hay un bello camarín, pintado como la capilla, y adornado con cuadros y reliquias, siendo en esta iglesia donde se muestra la Virgen de Olmedo, fabricada, según dicen, por San Lucas, y regalada por San Segundo, primer obispo de Avila. Ocultada en un pozo cuando la invasión agarena, se apareció á Alfonso VI la víspera de la toma de la villa, y allí fué fabricada á su devoción una capillita, que posteriores mejoras la han puesto en el estado que hoy se ve. A la derecha está el pozo, cuyo líquido dicen que era aceite, convertido luego en agua por la Virgen, al ver que sólo servía para hacer pecar á los sacristanes, que abusaban de las sisas.

Salimos de la iglesia alumbrando con fósforos el camino, y echando de menos la maravillosa lámpara, comparable sólo con un sol radiante, que Rabelais suponía iluminaba el templo de la Botella, á la entrada de Pantagruel..... y terminamos la visita á las iglesias dando un vistazo á la de San Juan, que, poco artística, encierra los restos de su fundador, el caballero Garci-González de Cotes, y fué reedificada por su descendiente Hernando de la Vega.

Hoy existen dos conventos de frailes y tres de monjas, dentro de la población, y en las afueras otro de Bernardas, como á 150 pasos de las históricas murallas.

El de dominicas de la Madre de Dios, fundado por Doña Francisca de Zúñiga, en la plaza de San Andrés; el de franciscas de Jesús, en la plaza de ese nombre; y el de la Concepción, fundado por Doña Teresa Velázquez, mujer de Patiño, en 1516.

El convento de la Mejorada, llamado así porque le fundó Doña María Pérez, heredera mejorada, con cuya mejora fué edificado, era de Jerónimos; luego se transformó en finca de recreo, y más tarde le ocuparon los dominicos de Avila, dedicándole á casa de salud. Allí acudían los enfermos de Avila y Ocaña á reponerse de sus enfermedades, al cuidado de unos padres y varios legos. Las preciosidades que encerraba fueron repartidas, y hoy no conserva ninguna, convertido en granja de labor.

En este convento dicen que buscó asilo Miguel Ruiz de la Fuente, después de matar en desaffo, por amores de una dama, á D. Juan de Rivero, conocido por «el caballero de Olmedo», suceso que dió nombre á la cuesta que al convento conduce, y que se llama «del caballero de Olmedo».

En Medina (1) cuéntase también la historia de la muerte del valeroso joven llamado allí D. Juan de Maldonado, y le hacen pasar por el más apuesto caballero de Castilla. Dice la tradición de Medina, que el noble caballero de Olmedo D. Juan de Maldonado, fijóse, en una ocasión que pa-

(1) Mellado.

saba por Medina, en una hermosísima dama que ocultaba su belleza bajo las tupidas tocas negras que mostraban su viudez. Volvió repetidas veces á la villa, desde entonces, el gentil caballero, y enamoróse en tal forma de la enlutada viuda, que la ofreció su nombre en compensación del que ésta acababa de perder.

Desdeñosa la dama, le respondía siempre con negativas que excitaban su amor y sus deseos, y tanto pidió se le mandara un imposible para llevarlo á cabo en prueba de su inmenso amor, que un día díjole la hermosa viuda:—Si dentro de un año las aguas del Adaja pasan por Medina, seré vuestra esposa.

No dice la tradición si D. Juan pactó con algún ser del otro mundo, ó si le bastó con reclutar gentes que con un trabajo incesante dieran satisfacción á sus deseos; pero es el caso que al año justo de manifestar la hermosa ese capricho, el río Adaja pasaba por Medina.

No podía excusarse la dama de su promesa, pero era tal el disgusto que ese matrimonio la causaba, que enterado de ello un hermoso paje (dicen que el favorecido por la viuda), esperó en la cuesta al caballero, y le asesinó. Cuando fué á contar á la señora de qué manera habíala librado de su promesa,—¡Desdichado,—le dijo,—Don Juan de Maldonado era tu padre!.....— Por esa razón, añaden los medinenses, buscó refugio en la religión, y en el convento de la Mejorada, para estar cerca de la malhadada cuesta, el paje que en un mo-

mento de arretrato, por el amor de su dama, asesinó, sin saber que era su padre, al caballero de Olmedo. Otros suponen que fué asesinado al volver de una fiesta de toros de Medina. La copla que refería su muerte, expresaba:

Esta noche le mataron al caballero,
La gala de Medina, la flor de Olmedo.

Carlos V, á su vuelta de la derrota de Urgel, estuvo en este convento, y como fuera el día siguiente de su llegada Viernes Santo, cuéntase que el Emperador, como los frailes, no comió en todo el día más que dos panecillos, ni bebió más que agua.

Mirando al NO. véanse unas ruinas, que pronto desaparecerán, y que no son otra cosa que los restos del fuerte castillo de San Silvestre.

Y ya saliendo de la villa, no te marches sin dirigir una mirada á la espesísima hiedra que cubre y adorna, como ropaje de gigante, las enormes murallas que por la parte Sur de Olmedo se muestran con toda su primitiva grandeza. (I)

* * *

Tanto nos entretuvimos en Olmedo,

(1) Doy gustoso las gracias al párroco de San Pedro, D. Juan Montero, y al D.^{re} D. Isidro Cabezudo, ilustradísimas personas, cuyo conocimiento de Olmedo sólo puede igualar á la cortesía con que nos facilitaron la entrada en los templos, á la sazón cerrados, debiendo al segundo exactísimos datos sobre los monumentos de la villa, que me han permitido componer, con alguna minuciosidad, esta parte de mis APUNTES.

que cuando salimos era de noche, y tan oscura, que apenas veíamos los caballos de volea; en medio de aquellas tinieblas, el tiempo se nos hacía interminable, y como fueran las diez cuando llegábamos á Puente Mediana, decidimos hacer un alto para tranquilizar nuestros desfallecidos estómagos.

Bajamos del coche, colocamos uno de los faroles en el vértice de un pilón de grava, nos sentamos á su alrededor, dulcificando el asiento con los capotes de monte, y sin más ceremonias, que no eran del caso, la emprendimos con lo que con nombre de merienda sacamos de San Cristóbal, bien ajenos de que lo que fuera gollería á la caída de la tarde, se había de convertir en escasísimo sustento á las diez de la noche.

Dividimos lo que había en cuatro partes iguales, y en compañía de todos los lepidópteros, dípteros, ortópteros y demás insectos que acudieron de los campos vecinos á la fuerte luz que el farol proyectaba, dimos bien pronto exactísima cuenta de todo lo comestible que llevábamos; y digo exactísima, porque al no sobrar nada, quiero hacerme la ilusión de que nada faltó tampoco en aquella cuenta precisa.

Volvimos, ya más tranquilos, á emprender la marcha, y muy próxima estaba la media noche, cuando llegábamos á Mojados pensando en dar descanso á nuestros fatigados cuerpos.





CAPÍTULO IV

DE MOJADOS Á VALLADOLID

Mojados y Boecillos.—El convento del Abrojo.—Lagunas y Valladolid.

Apenas llegamos á la posada de Mojados, oímos hablar de grandes sucesos ocurridos en la isla de Cuba, donde la guerra insurreccional seguía con encarnizamiento, y como ningún individuo de los que había en el mesón tuviera los periódicos del día, y nos dijeran que en el Casino recibían *El Imparcial* y otro periódico de Madrid, salimos á buscarlos á pesar de lo avanzado de la noche, y orientados por las incompletas señas que la posadera nos dió, llegamos á una calle, que después de recorrida sin que el menor indicio nos señalara el recreativo centro que íbamos buscando, decidimos preguntarlo en una casita, á través de cuyas ventanas salían tristes destellos de una lámpara que al parecer agonizaba, y como respondieran desde adentro: ¡adelante!,



empujamos la puerta, y apenas traspasado el umbral, vimos en una reducidísima habitación á dos hombres que charlaban sentados alrededor de una pequeña mesa.

—¿Es éste el Casino?—les preguntamos.

—Sí, señores,—nos contestaron; y expuesto nuestro deseo, uno de ellos nos presentó un *Imparcial*, y nos le regaló, á pesar de nuestras protestas de devolverlo apenas leído.

Este hombre espléndido, era Lucio Cubero; y conste que no digo lo de espléndido en tono de burla. Lucio Cubero es lo que se llama un hombre generoso.

Chiquito, de anchas espaldas y desarrollada cabeza, con brazos cortos y arqueados lo mismo que las piernas, barba de cuatro días, pantalón y blusa de dril azul á rayas blancas, alpargatas y una boina pequeña, Lucio Cubero es el hombre más hablador y servicial, más pescador, más espléndido y más trasnochador de Mojados.

Fué veinte años postillón de diligencias entre Valladolid y Olmedo, hasta que cansado del roce con las dorsales de las mulas ó caballos, busca el de las personas decentes.—¡Porque las personas decentes son las que á uno le instruyen!—nos decía Cubero, que indudablemente no nos tomó por tales, pues por eso, ó por hacernos los honores, no nos dejó meter baza en todo el tiempo que tuvimos el honor de que nos acompañara. Mientras nos contaba con lujosos detalles lo que expuesto va, llegamos á su cantina donde refrescamos; luego al puente sobre el Cega, desde

donde puede verse la monumental fábrica de harinas que posee el conde de la Patilla, de cuya administración y hermosura oímos hablar; nos hizo dar una vuelta por todo el pueblo, y como al retirarnos á la posada, hubiera salido ya la luna, pudimos á su claridad apreciar, desde la plaza, la iglesia, que luce hermosas torres, y arabescos en los absides.

Quiso Cubero acompañarnos hasta la posada, con el fin—decía—de ver el ganado, y apenas entró en la cuadra (llena de curiosos, que habían sabido nuestra llegada y trataban de saber á qué obedecía, y juzgar á los amos por el valor de los caballos), habló dos palabras con el cochero, desató el mejor de los caballos de mi amigo, le paseó por delante de todos, y dijo:

—¿Hay aquí alguno que se atreva á decir que este caballo de los señores, mis amigos, no es el mejor que ha entrado en esta cuadra hace treinta años? Nadie le contestó, pero todos se rieron, pues conocían su debilidad por las «personas decen-tes»; y así siguieron los elogios de Lucio, hasta que, siendo ya cerca de las dos de la mañana, desfiló con los otros, aunque el último, como el más íntimo, sin querer aceptar algún regalillo que le ofrecimos en pago de su amabilidad, del refresco de su cantina ó como comisión de su trabajo.

Se marchó diciendo que no le conocíamos y que iba al río á pescar unas truchas, que nos traería por la madrugada; pero como á las seis, que salimos, no le viéramos, pensamos que el sueño le habría

sorprendido pescando ó que no habría tenido suerte en la pesca, por más que no dejó de ocurrírse nos la idea de que hubiera tomado el prudente acuerdo de irse tranquilamente á la cama; y recomendándosele á cualquiera de los lectores que tenga alguna vez que pasar por el pueblecillo citado, salimos de Mojados, cruzamos el Cega por un puente de seis arcos, cuatro de piedra y dos de madera, y una hora después entramos en Boecillos, lugar que no ostenta otra gloria, que yo sepa, que la de haber visto allí la luz por vez primera el eminente abogado y conocido hombre público D. Germán Gamazo, á cuyo talento el porvenir confiará, seguramente, el gobierno de España.

Vimos las mejoras que en el pueblo señalan la esplendidez de D. Germán, y al poco rato de camino cruzamos el Duero por un buen puente, empezando desde la orilla del río á limitar la carretera á nuestra izquierda una altísima tapia, interrumpida por puertas de gran tamaño, que ocultaba los troncos de numerosos pinos, cuyas copas se veían al otro lado del paredón, y que nos hicieron pensar en que aquella extensión cerrada, con aquellas enormes portaladas, no podía ser más que el antiguo convento del Abrojo, que señalaba mi itinerario.

* * *

Reinaba Juan II en Castilla por el año de 1415, cuando un célebre monje fran-

ciscano, llamado Fray P. de Villacreces, recibió un donativo que le llenó de sorpresa por su magnificencia. Era la huerta del Abrojo, llamada así por los muchos que en ella vejetaban, y donante de ella su amigo y pariente D. Alvaro Díaz de Villacreces.

Decíase en la donación, que en la huerta se fabricaría un monasterio, y en cumplimiento de esa cláusula, llegaron en un día de junio varios frailes, dirigidos por el prior Villacreces y Pedro de Valladolid (San Pedro Regalado), comenzando la fabricación que se ordenaba, y que se llamó *Scala Cœli*.

Tal importancia adquirió el convento, que á la muerte del docto Villacreces quedó encargado de su dirección Pedro de Valladolid, con el título de Prelado del Abrojo, y entre los muchos ilustres frailes de aquella santa casa figuraba Fray Alonso Espina, que llegó á rector de la Universidad de Salamanca, y fué el que acompañó y asistió á D. Alvaro de Luna desde Portillo hasta su decapitación en la plaza del Ochavo de Valladolid.

Empezaron los claustrales por levantar una gran tapia, y dentro del recinto, ya cerrado, fabricaron un palacio, al que fueron agregadas, en tiempos de Felipe II, todas las tierras que quedaban comprendidas entre la parte cerrada y el Duero, formándose el hermoso bosque de pinares que hoy todavía llama la atención del viajero.

En documentos del antiguo archivo

consta que fueron comprados para el Real Patrimonio, por el licenciado Palomares, esos terrenos, y que en 1624 un terrible incendio destruyó gran parte de la iglesia, la tribuna y el aposento real, que fué reedificado; causando también grandes destrozos, posteriormente, una gran avenida del caudaloso Duero; y habiéndose hecho cargo del Abrojo, hace algunos años, el Ayuntamiento de Valladolid, depositó en la iglesia del Salvador las reliquias que guardaba de San Pedro Regalado.

Carlos V habitó el palacio del Convento antes de entrar en Valladolid, y Felipe II durmió una noche en el Abrojo, donde se han hospedado casi todos los reyes que con posterioridad han ocupado el trono de España. Fué vendido recientemente por el Ayuntamiento á un señor llamado Altolaguirre, y hoy es propiedad de otro señor particular, de apellido Durango.

Sólo restos desperdigados quedan ya de la hermosa fábrica del décimoquinto siglo.

Aun se ve la puerta por donde se entraba á la iglesia del convento; el ciprés á cuya sombra meditaba San Pedro Regalado; restos del estanque y de la bodega, y las fuentes de Xericó y las Herejías.

Del palacio, casi no resta ningún vestigio, quedando en pie solamente una puerta y una ventana, por la que dicen entraba y salía una señora de las más principales de Valladolid, que trataba de hacer más agradable la estancia en el Abrojo al indeciso monarca Juan II.

Esas piedras esparcidas por el suelo,

que formaban la vivienda de los reyes, sirven hoy para que sobre ellas descansen del trabajo labradores pobres de las cercanías, y para que tú pienses lector, en lo deleznable que son todas las obras humanas.

Siguiendo la carretera, dimos con el pueblecillo de Lagunas, en que corpulentos árboles sombrean el camino, y al dejarlos atrás, avivamos el paso para llegar pronto á Valladolid, en cuya población entramos á las nueve de la mañana de un caluroso día del mes de julio.





CAPÍTULO V



EN VALLADOLID

Sus monumentos. Historia, tradiciones y leyendas.

Hemos llegado á Valladolid, donde pensamos detenernos dos días; tiempo indispensable para dirigir una rápida mirada á la ciudad, y apuntar ligeras indicaciones que bastarán seguramente al curioso que quiera dirigir una ojeada por la antigua corte de los monarcas castellanos, pero que encontrará deficientes el que con algún detenimiento pretenda visitarla; mas entendiendo que después de haberse hecho descripciones excelentes de tan histórica villa, sería presuntuoso tratar de describirla en estos apuntes tomados al paso, aunque hayan sido rectificados luego en obras de tan maravillosa contestura como las de Sangrador, y más principalmente la de los eruditos Amador y Quadrado (1), la más completa y la mejor

(1) *Recuerdos y Bellezas de España*.—También han escrito historias de Valladolid, más ó menos extensas, Antolínez de Burgos, Floranes y Sainz de Baranda.

escrita de cuantas descriptivas de su territorio posee España, hago constar que escribo para el curioso; y sin otra cosa, paso á hablar de esta hermosa ciudad, que tanta envidia diera á Madrid en lejanos tiempos, cuando en ella se celebraban numerosas Cortes y generales Concilios; cuando vivían reyes que dictaban hermosísimas leyes; y cuando en ella se formaban numerosos ejércitos.

Viniendo de Madrid por el camino de Olmedo, entras en la antigua corte castellana por donde no hace mucho había una puerta que se llamaba *de Madrid*—de tres arcos, con verjas de hierro y trofeos militares, coronada por una estatua de su fundador Carlos III,—trasladada hoy á la entrada de los jardines del *Campo-Grande*.

Llámase de esta manera una inmensa extensión de terreno, de forma triangular, que si hoy recibe este nombre, antiguamente se llamaba *Campo de Marte ó de La Verdad*, porque á él acudían los caballeros del décimo cuarto siglo á sostener con su espada la exactitud de sus dichos. Lugar en que concedió Fernando IV el Emplazado, *campo*, para que celebraran una liza, á los valerosos caballeros D. Pedro Carvajal y D. Alonso de Benavides, que, más afortunado, dejó herido mortalmente á su adversario, y en que se ejecutaban—precisamente en ese mismo espacio que hoy sombrea una serie de caprichosas alamedas—las terribles sentencias que, sin derecho de apelar, pronunciaba

el severo tribunal de la Santa Inquisición.

Cuenta un cronista del oncenio de los Alfonsos, que como éste viviera por el año de 1335, en tregua con los moros—entre las sumisas atenciones de su mujer, y las caricias de su dama D.^a Leonor de Guzmán—y temiera que se enmoheciesen las armas de sus gentes, y que luego la pereza les fuera dominando, aprovechóse del pretexto que su reconciliación con Don Juan Manuel le presentaba, y mandó que en el Campo de la Verdad se celebrase un gran torneo y que fuesen mantenedores de él los caballeros de La Banda. Era el Rey, capitán y jefe de esa orden de caballería; y á la hora de dar comienzo la lucha, para la que se habían inscrito muchos y muy notables paladines, llegóse un enmascarado á los mantenedores, con una orden del Rey para que ocupara el puesto que á él correspondía.

Tuviéronle los de la Banda por de alta alcurnia, aunque no mostraba escudo, blasón ni distintivo; y empezada la contienda, fué tan reñida, que en el ardor de la pelea, se salieron fuera del palenque unos y otros justadores, llegando hasta la orilla del río, en que los jueces, después de grandes esfuerzos, lograron separarlos. En el mismo campo se prepararon amplias mesas á que se sentaron todos los caballeros, ocupando la presidencia el misterioso personaje que con admiración de todos había justado, y que al descubrirse, mostró ser el altivo rey de Castilla, Alfonso XI, al que, terminado el banquete, fueron victo-

reando y aclamando todos los caballeros, hasta dejarle en su palacio.

Años después, y con motivo de las bodas del rey Enrique IV con D.^a Blanca de Navarra, presencié la corte el paso honroso que, en el «Campo de la Verdad», defendió mostrando su poder y su destreza, Ruiz-Díaz de Mendoza, sólo comparable al que, en tiempos de los Reyes Católicos, sostuvo, en el mismo lugar, el Conde de Alba.

Mientras cruzas el Campo Grande, y vas buscando el centro de la población, te diré que Valladolid era llamado en otros tiempos «Campos de Lid»; según unos, por ser lugar donde acudían los vácceos, los carpetanos y demás pueblos limítrofes, y dicen que hasta los astures, á ventilar sus litigios; ciudad, según otros, fundada por Olid, poderoso árabe, dueño de aquellos terrenos, conocidos por «Valle de Olid», del nombre de su propietario, á quien parece le fué concedido por haber asaltado con ingenio y valentía el célebre castillo del Carpio. Pero sea una ú otra versión la verdadera, es el caso que fué cedida por Alfonso VI en pago de servicios á Pedro Ansúrez ó Peranzules, hijo del poderoso Conde de Monzón y de Husillos, de Saldaña y de Liébana, Asur Díaz, y que en la catedral á que vas á llegar verás su sepulcro, que es el del primer señor de Valladolid que la historia reconoce.

Y ahora, lector, sígueme por las calles de la población y procura no perderme de

vista, pues podrías extraviarte, como me hubiera extraviado yo á no haber llevado de compañero al ilustrado comandante de caballería D. Francisco Martínez Franco, que siguiendo un orden admirable para no volver á pasar por los mismos lugares de la laberíntica ciudad, me llevó á cuantos rincones manifesté deseos de visitar; pudiendo asegurarte, que gracias á los completos conocimientos de mi agradable guía, no encontrarás olvidos que lamentar en ese interesante paseo desde el Campo Grande hasta el portillo que muestra la carretera que ha de conducirnos á Santander, y que los vallisoletanos conocen por «el camino de Cabezón».

Antes de entrar en la calle de Santiago, y toda vez que no hemos de volver al Campo Grande, te mostraré los edificios notables, curiosos ó históricos que por sus costados le limitan.

A la derecha, entrando en la ciudad por el camino de Madrid, se encuentra un edificio de arquitectura del siglo décimo octavo, perteneciente á una comunidad de la orden de *Agustinos Filipinos*, que antes ocuparon las casas que frente á San Miguel tenía el marqués de Valverde. Siguiendo por la derecha, verás á *San Juan de Letrán*, calificado por Madoz, de delirio arquitectónico, y que va á ser ocupado por las religiosas *Reparadoras del Corazón de Jesús*, y, por último, tienen también su morada hacia ese lado del Campo Grande, las monjas *Dominicas de la Laura*, cuya iglesia estaba en la calle

de Santa Catalina, adonde fueron trasladadas por una Duquesa de Alba, y llevadas luego al lugar que hoy ocupan, yaciendo en su iglesia la referida duquesa y un hijo suyo.

Volviendo ahora á la izquierda, frente al convento de Filipinos, veremos *El Carmen Calzado*, templo destinado hoy á hospital militar, y ocupada la iglesia por almacenes del parque de artillería, que ocultan los sepulcros del célebre escultor Herrera, y de varias generaciones de los Condes de Villamor.

Continuando por la acera de Sancti-Spíritus, se encuentran las *Franciscanas* de ese nombre, sin nada notable, así como el convento de *Niñas Huérfanas de la Misericordia*, en que existe el monumento de Semana Santa, debido á Juan de Juni (1), autor también de la renombrada Virgen de las Angustias que el vulgo llama «La Zapatona», y haciendo esquina á la calle de San Luis se veía hasta hace poco la casa que habitó este célebre escultor.

Dando la vuelta por la calle de San Ildefonso, se encuentra el «campo de la feria», en que estaba San Juan de Dios, y en el que hoy sólo queda la iglesia de *San Ildefonso*, fundada por el almirante Enríquez, y á la que, á mediados del presente siglo, fué trasladado el culto del suprimido convento de Agustinos Recoletos.

En la acera de Sancti-Spíritus, que

(1) Discípulo de Miguel Angel, según George Edmund Street.

acabamos de dejar, estaban los conventos de dominicas del Corpus Christi y Sacramento, trasladados hoy al paseo de la Magdalena, así como el de Jesús y María; y en la otra acera, que se llama de Recoletos, ocupa el antiguo solar del convento de San Vicente de Paul, la magnífica casa de *Mantilla*.

Al salir de San Ildefonso, verás á tu izquierda el río Pisuerga, y si le cruzaras, te encontrarías con un hermoso parque—que se llama, hoy todavía *Huerta del Rey*, por haber sido de Felipe III—fecundado por las aguas del citado río, y terminando en el paseo del *Prado*.

Frente á la iglesia de San Ildefonso está la *Academia de Caballería*, fácil de conocer por su gran extensión y las garitas de piedra que avanzan á los lados de la puerta principal.

Desde mediados de siglo sirve ese edificio para educar, en los conocimientos propios de su instituto, á los futuros oficiales de tan simpática arma.

El director, primer jefe, Don Rafael López Cervera, y el segundo, Don José de Campos, con perseverancia que no puede menos de elogiarse, han transformado, en bien pocos años, ideando sin cesar obras para su engrandecimiento, la modesta Academia, que nadie encontraba digna de mención, en la primera de España.

Todo es amplio en aquella casa: las galerías, los magníficos gabinetes de telegrafía, ferrocarriles y zootecnia; el de física y química, cuyas vitrinas se ven lle-

nas de las más modernas máquinas eléctricas; la completísima biblioteca; los espaciosos picaderos cubiertos, y todo ello, sirviendo con gran aprovechamiento para las lecciones que explican competentes profesores del arma, á escogidos y correctísimos alumnos, que salen de ese centro, convertidos en distinguidos oficiales de nuestro valeroso ejército.

Ya en la calle de Santiago, y después de dejar á la izquierda la de Doña María de Molina, en que está el *Teatro de Lope de Vega*, el hotel del Siglo y el Telégrafo, te encuentras con el convento de *Las Caballeras Comendadoras de Santiago*, después Salesas Reales, que fueron trasladadas más tarde al Prado de la Magdalena, pasando á ocupar hoy ese edificio las dominicas francesas que educan á las huérfanas del Colegio de Santiago.

Dando nombre á la calle, se ve luego *la iglesia parroquial de Santiago*, que conserva algo de la arquitectura gótica y una efigie notabilísima del Santo, que se atribuye á Hernández; el altar de la Adoración de los Reyes es de Gaspar de Tordesillas, y de Juan de Juni, el que representa el «Misterio».

Tomando por una calle á la izquierda, que se llama la de Zúñiga, se sale á la plaza de Santa Ana. Fácil te es desde allí ver *la parroquia de San Lorenzo*, en la calle de su nombre, con agujas de crestería al exterior—templo de tres naves, que ostenta una preciosísima virgen restaurada por el regidor perpetuo Pero-Niño que

es la patrona de Valladolid, venerándose-la en grado extremo, porque de ella se cuenta que, estando á punto de morirse un hijo del Regidor, pusiéronle el manto que cubre á la virgen, y sanó.

Otra efigie milagrosa hay en esta iglesia, y es Nuestra Señora de la Cabeza, que dicen, la inclinó, afirmando de esa manera que un caballero había dado palabra de casamiento á una doncella. Llamóse á la citada virgen, después que *de la cabeza, del pozo*, por haber salvado á un niño que cayó en él, haciendo subir el agua hasta la boca, donde pudo recogerle su madre.

Cerca de San Lorenzo, en la calle de los Expósitos, antes del río, reuníanse los próceres de Valladolid en una casa que se llamaba de «*los Linajes*», y allí se disponía de los oficios, que eran repartidos según acuerdo de la Junta.—Convertida la casa en solar, es hoy juego de pelota.

El notable arquitecto Sabatini, edificó en la plaza de Santa Ana un convento que le mandó construir Felipe II, y en el que hizo grandes mejoras el opulento abad Reinoso, ocupándole desde su fundación las monjas recoletas de *Santa Ana*, y distinguiéndose el templo por su esbelta rotonda con altares simétricos.

Desde la plaza de Santa Ana, siguiendo la calle de la Pasión—en una de cuyas aceras se muestra una iglesia con fachada churrigueresca, que da su nombre á la calle, y que fué incendiada á fines del pasado siglo—se llega á la Plaza Mayor.

Ocupa esta plaza espacioso lugar, que lleva por uno de sus costados, la acera de San Francisco—el paseo más frecuentado de Valladolid,—y por los otros, las ruinas de las casas consistoriales que, según datos que tengo á la vista, tenían balconaje capaz para veinticuatro mil espectadores. Las nuevas se están edificando muy lentamente, conforme á los planos de un notable arquitecto, celebrando mientras tanto sus sesiones el ayuntamiento, en un local de su propiedad, de la calle de Núñez de Arce—antes de la Cárcaba—donde ha trasladado sus oficinas.

En esa plaza, sin las variaciones sufridas posteriormente, se leían las sentencias que daban lugar á los terribles autos de fe que se ejecutaban en el Campo Grande.

* * *

Era en tiempo del emperador Carlos V, cuando comenzó Lutero sus predicaciones, y mandaba el nieto de los Reyes Católicos á un canónigo de Salamanca, llamado Cazalla, con otros filósofos no menos notables, á estudiar la herejía y combatirla.

Pero sea que Cazalla—uno de los mejores y más brillante oradores de su tiempo, el mejor predicador sin duda,—tuviese poco arraigadas sus creencias religiosas, sea que la elocuencia de Lutero le convenciese, es lo cierto que volvió á España para ser el tronco de donde partió la

herejía, que rápidamente se extendió por todas partes.

Hallábase ya en Yuste Carlos V; había ausentado de España Felipe II y gobernaba el reino su hermana la viuda del infante portugués, D.^a Juana, cuando una noche se presenta ante el tribunal de la Inquisición la mujer de un platero llamado Juan García, denunciando un conventículo de luteranos á que asistía su marido; ¡tal era la fe de aquellos tiempos, y tal el miedo que el tribunal inspiraba! Sólo así, puede comprenderse el acto de aquella mujer que, celosa de las ausencias nocturnas de su esposo, le sigue una noche; oye la señal que para entrar en una casa de aspecto miserable se necesita; llega temblorosa á la puerta, repite la palabra que acaba de oír, atraviesa un corredor, y á las mortecinas luces que alumbran un salón de reducida altura, ve á su marido con varios hombres y mujeres que siguen las ideas de Lutero y tratan de extenderlas. ¡¡Fanáticos que no se fijaron en aquella mujer que, espantada de lo que había presenciado, salió de allí para denunciarlos y conducirlos más tarde al patíbulo ó á la hoguera!!.....

El 21 de mayo de 1559, elevóse en la plaza mayor un tablado cubierto de ricas telas para el príncipe Carlos, hijo de Felipe II y para su tutora la infanta Doña Juana, hermana de su padre. Lucía la corte sus mejores galas. Llegaron los acusados, y entre los primeros veíase á Cazalla y un hermano suyo, clérigo.....

Un notable predicador, Melchor Cano, subió á un improvisado púlpito, y habló con gran elocuencia de la herejía. Leyéronse luego las sentencias, y se absolvió á los reconciliados, cuyos bienes se confiscaron, siendo últimamente desterrados.

Figuraban entre los reconciliados personas de la primera nobleza: contábase á un hijo del marqués de Poza y una tía suya; Don Pedro Sarmiento, comendador de Alcántara, y su esposa, de la ilustre familia de los Figueroas; una hija del marqués de Alcañices; otra del marqués de Montemayor; una hermana de D.^a Juana de Vivero; el caballero Ulloa Pereira; Don Francisco de Zúñiga; D.^a Leonor de Cisneros; etc., etc.

Fueron los sentenciados conducidos después al Campo de Marte, donde había quince patíbulos..... El horror á las llamas aterraba de tal manera á los heréticos, que algunos se desmayaron; otros permanecieron más fuertes, pero ninguno como el bachiller Herreruelo, que no lanzó una queja.—Se desenterraron los huesos de la madre de Cazalla, hermana del señor de Vivero, fallecida en la prisión, y se la quemó también. Demolida su casa, y sembrado de sal el terreno, todavía se llama del Dr. Cazalla la calle que hace esquina á San Benito, y en uno de cuyos solares había una piedra que señalaba la vivienda del canónigo.

Cuentan las crónicas, que aquel mismo día, y á hora bien temprana, paseábase por la terraza del castillo de Villagarcía de

Campos, su señor D. Luis Quijada, cuando se le acercó un mancebo de arrogante figura, y con gran respeto le dijo:—Don Luis, refiere Cordales, vuestro escudero, que hay gran movimiento en Valladolid con motivo de haberse levantado unas horcas, y dicen que serán quemados algunos herejes, personas de alcurnia; si qui-siérais, podríamos llegarnos á la villa y presenciar el suceso.

—Siempre—contestó D. Luis—me halláis dispuesto á satisfaceros, D. Juan; pero el de hoy será día de grandes apreturas, y por otra parte, el espectáculo os ha de impresionar muy tristemente.

—Si no es más que eso, D. Luis, dad cuanto antes las órdenes para que ensillen los caballos, que ardo en deseos de ver cómo llega á la hoguera un caballero.

—Bien, bien, como queráis, que los viejos no tenemos más misión que dar gusto á los jóvenes; se os complacerá en ese caprichito.—Y como fueran rápidos los preparativos, á poco salían carretera adelante, camino de Valladolid, D. Luis Quijada, su hijo adoptivo D. Juan, y dos escuderos de Villagarcía..... A la hora de la ejecución, nuestros viajeros, desde lugar próximo al tablado de la gobernadora, paseaban sobre la multitud sus miradas: triste y pensativa la del viejo, atrevida y curiosa la del jovenzuelo.

A poco se leyeron las sentencias, y como uno de los caballeros contestase con gran serenidad, manteniendo sus creencias, á pesar de amenazarle con la hogue-

ra, el jovenzuelo de Villagarcía aplaudió, al mismo tiempo que de la multitud se elevaba un murmullo, mostrando su simpatía al caballero.

Volvióse la gobernadora, y viendo que era casi un niño el que aplaudía, apaciguóse pronto, y preguntó al capitán de su guardia, que cómo se llamaba. No lo sabía éste, pero recordó que le había visto llegar con D. Luis Quijada, el que por haber sido mayordomo del Rey Carlos I, tenía en la Corte tanto valimiento que pudo colocarse en sitio preferente de próxima tribuna.

Supuso la Regente que se trataba del hijo adoptivo del caballero Quijada, y deseosa de conocer al atrevido á quien tales entusiasmos producía el valor de los demás, mandó recado al señor de Villagarcía, de no ausentarse sin verla, en compañía del muchacho.

Terminada la ejecución pasaron éstos á saludar á la Infanta, que dirigiéndose al atrevido mozalbete, le preguntó:

—Debéis ser valiente, cuando el valor de los demás tanto os admira.—Púsose encarnado D. Juan, y repuso:—En aquel momento hubiera yo querido ser el caballero á quien se hacía merced de la vida sólo con retractarse de sus creencias, ¡siendo éstas católicas, Señora! y..... créame V. A., ¡si en aquellos instantes hubiera yo tenido méritos para ello, seguro es que os pidiera el perdón del caballero!

Cafasele la baba á D. Luis, oyendo al muchacho, y apenas acabó, díjole quedo

á la princesa:—Señora, la sangre de su padre, no miente esta vez.....

—Verdad es, D. Luis, que habéis cuidado de su educación con gran esmero, y ya veremos cuando venga mi hermano Felipe, si cuanto antes le reconocemos, que, ó mucho me engaño, ó ha de darnos días de gloria al frente del ejército.—Y dicho esto, llamó al mancebo, dióle á besar su mano, luego á D. Luis, y mientras éstos seguían el camino de Villagarcía, comentando D. Juan la fortuna de haber conocido á la Regente, ésta decidía pedir á Felipe II que reconociera, dándole los honores propios de su elevado rango, al hijo que hubo en Bárbara Blomberg el gran Emperador Carlos I.

Tiempos después, y apenas fallecido en Yuste Carlos V, á quien sirvió de paje el hijo adoptivo de Quijada, sin saber el parentesco que al Emperador le unía, fué reconocido como hermano natural del rey Felipe II, adquiriendo más tarde tan universal renombre en aguas de Lepanto, que fué desde entonces D. Juan de Austria, reconocido como uno de los más valerosos y mejores capitanes de su tiempo.

El segundo auto de fe, tuvo lugar estando ya de vuelta en Valladolid Felipe II, pereciendo también en él conocidísimas personas: una de ellas lo era D. Carlos de Sesso, que al ponerse la comitiva en marcha desde la Plaza Mayor al Campo de Marte, encaróse con el Rey, que presenciaba desde una tribuna los sucesos, y le dijo:—«¿Así me dejaréis quemar?»

Y contestóle el Rey:—«Para quemar á mi propio hijo, si fuera hereje, traería yo la leña.....»

Entró en la hoguera el caballero de Sesso con tal serenidad, que impuso á cuantos le veían, no pudiendo menos de murmurar contra quien tan bárbaros castigos disponía.—Entusiasmado un criado de Cazalla, de tal conducta, se arrojó á las llamas, gritando, ¡leña! ¡leña!.....

En esta misma plaza hay un *mascarón* de bronce, puesto para señalar el sitio en que murió D. Alvaro de Luna, según unos, opinión desechada, porque no habiendo tenido lugar la ejecución allí, sino en la Plaza del Ochavo, parece más bien representar la prueba de la inocencia del privado que proclamaron los nobles consejeros del Tribunal Supremo de Castilla. Las monjas del convento de Porta Coeli, aseguran que ese mascarón señala el lugar en que se expuso al pueblo vallisoletano la orgullosa cabeza de D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias.

En la plaza del Ochavo, inmediata á la Mayor, hay una *argolla* señalando el lugar en que fué ajusticiado D. Alvaro de Luna, favorito del rey D. Juan II.

Era este D. Alvaro, hijo del Señor de Cañete y otros lugares; y protegido por el Cardenal de Toledo, tío suyo, entró en palacio, donde bien pronto se captó las simpatías, no sólo de todos los empleados del Alcázar y damas de la Reina, sino la amistad del Rey, que por dos veces le volvió á traer del destierro á que se había

visto obligado á enviarle

.....
Fué subiendo escalones en el favor del Rey su antiguo paje, hasta llegar á Condestable de Castilla, y después de una batalla contra el aragonés, en que, como siempre, mostró su gran valor y su pujanza, fué preso por orden del Rey, que, como otras veces, se había dejado llevar de las intrigas que entre su segunda mujer y los descontentos armaron á D. Alvaro, y encerrado éste en la fortaleza de Portillo, arrancaron al monarca la sentencia de muerte que aquel Rey ingrato no tuvo inconveniente en firmar; ¡sentencia que llevaba á la deshonra y al cadalso, al único que había contribuido á sostener, con sus consejos y su valor, la corona de Castilla en las débiles sienes del rey D. Juan II!...

.....
En compañía de un fraile del Abrojo llamado D. Alonso de la Espina, llegó el Condestable con su acompañamiento hasta las casas de Alonso Pérez de Vivero, (audiencia hoy); pero oponiéndose los criados á que entrara el que sospechaban había ordenado la muerte de su señor, siguió con todo el triste aparato que le rodeaba, hasta las casas de Zúñiga.....

Amaneció el 2 de junio de aquel año de 1453—día señalado para la ejecución,—y á poco vióse aparecer en la plaza del Ochavo al poderoso favorito, montado en una mula enlutada, y precedido de mucha fuerza y pregonero.

Llegó al pie del tablado, y bajando



tranquilo de la mula, subió con paso firme los escalones. Buscó entre la multitud, y con gran serenidad, á su paje, y divisándole á lo lejos, llamóle, y ya á su lado, le dió el anillo que usaba de continuo, y le ordenó que dijese al príncipe Enrique, que había de ser luego Enrique IV, que no siguiera el ejemplo que su padre daba en él, de recompensar á sus servidores.

Hecho esto, colocóse él mismo en el lugar de la ejecución, volvióse al verdugo, díjole que le perdonaba y que procurara matarle al primer golpe, y ya no pensó más que en la salvación de su alma. Separada del tronco aquella altiva cabeza, fué expuesta durante nueve días al pueblo vallisoletano..... al lado de ella, un cepillo encargado de recibir la limosna para su enterramiento, mostraba lo infamante de su muerte.

Fué sepultado su cuerpo en San Andrés, lugar reservado á los malhechores, hasta que se trasladó á la Catedral de Toledo, en que hoy reposa.

Un año después moría el rey D. Juan II, con los remordimientos de haber mandado matar á su mejor amigo en «la más noble villa de sus reinos».

Cuando pases por delante del teatro Zorrilla, en la Plaza Mayor, ó del Círculo de Recreo, recuerda que esa manzana de casas la ocupaba el convento de *San Francisco de mínimos observantes*, que fué fabricado sobre los cimientos del antiguo palacio de Doña Violante, mujer de Alfonso el Sabio, y que fué en ese convento

donde dicen que estuvo sepultado aquel jurista (que algunos suponen ser Ronquillo), por haber existido allí la lápida que dió margen á tan extraña creencia, y de cuya aventura se habla en otra parte de estos apuntes. (1)

Desde la plaza del Ochavo se toma la calle de Teresa Gil, llamada así en recuerdo de haberla habitado, allá por el siglo XIV, la rica hembra de Castilla é infanta portuguesa de ese nombre, que quizás viviera en la casa de *Diego Sánchez*, que debe ser la del arco gótico tapizado cerca del convento de Porta-Coeli, y que es la misma en que nació el rey Enrique IV.

Entrando por la citada calle se encuentra el convento de *Congregantes de San Felipe Neri*, con dos torres, en que termina su templo del siglo XVIII, sin nada notable. Más adelante está la casa de las *aldabas*, donde nació Don Rodrigo Calderón, y luego, contiguo á ella, el convento de *Dominicas de Porta-Coeli*, construído por Don Rodrigo, y donde descansan sus mutilados restos.

Tenía Felipe III entregada la dirección de los asuntos de sus reinos al Duque de Lerma, y éste á un elegante mancebo llamado Don Rodrigo Calderón, hijo — según Quevedo — de «Francisco Calderón, hombre honrado y de gran virtud, y de una señora flamenca, bastante principal..... mas su altivez le puso en cuidado de buscar padre; y así, uno de los delirios de su

(1) Cap. III.—Historia del alcalde Ronquillo, pág. 57.

vanidad y ambición, fué achacarse por hijo del Duque de Alba viejo, queriendo más ser mocedad y travesura del Duque, que bendición de la Iglesia».....

Con el propósito de que el Rey no se viera rodeado más que de gentes de la confianza del Duque, púsole éste inmediato á él á su hijo el Marqués de Cea, luego Duque de Uceda, al Conde de Lemus y al de Olivares, y éstos unidos al confesor del rey—el célebre padre Aliaga,—derribaron á Lerma de la privanza, pero estrellándose en sus vestiduras cardenalcias todas las acusaciones que le dirigieron, revolvieron contra D. Rodrigo Calderón, su secretario, acusándole de haber dado muerte á un hombre que apareció una mañana asesinado, y que se llamaba Francisco Xuara.

Preso Calderón en Valladolid, le condujeron al castillo de Montánchez, y luego á Santorcaz, donde se le instruyó proceso, no sólo por la muerte de Xuara, sino sobre la de la reina Margarita, del que salió absuelto, pero no del primero, por el que fué condenado.

Diéronle cruel tormento antes de llevarle á Santorcaz, y á la vuelta, en su mismo palacio de Madrid (1), y en él se hallaba preso cuando la muerte de Felipe III trajo al trono de España á Felipe IV, el que, inspirado por Uceda y Olivares, mandó activar el proceso, que tuvo

(1) Ocupaba el núm. 28 de la calle Ancha de San Bernardo.

su terminación el día 19 de octubre de 1621, saliendo Don Rodrigo para el cadalso rodeado de 60 alguaciles y pregoneros, atado en una mula, con un capuz y una caperuza de bayeta. Deteníase la comitiva de vez en cuando, y cesaban de sonar las campanillas, para dar oídos al pregón, que, según Quevedo, aun cuando ordenaba la muerte, le dió vida y lugar en los corazones del pueblo, que creía en enormes delitos, al escuchar al pregonero que gritaba: «á este hombre, porque mató á otro alevosa y asesinadamente, y por otros delitos, se le sentencia á ser degollado».....

«Admiraron todos el valor y entereza, y cada movimiento era una hazaña, porque murió no sólo con brío, sino con gala, y si se puede decir, con desprecio». Por eso ha quedado en poder del vulgo, la repetida frase «con más orgullo que D. Rodrigo en la horca».

Hízose por aquel entonces una observación curiosa, y era la de que fuese en martes todo lo malo que acaeciera á Don Rodrigo desde que cayó en desgracia: en ese día salió para Valladolid, en martes le prendieron, le metieron en Montánchez, le pasaron á Santorcaz, le trajeron á Madrid, le confesaron, le dieron tormento, y le leyeron su sentencia de muerte.....

Desde Valladolid vinieron á buscar los restos del orgulloso patrono las monjas dominicas de la calle de Teresa Gil; recogieronle del verdugo, separada la cabeza del tronco, que, cuidadosas, guardaron en

una caja y que se conserva hoy todavía en un nicho del claustro.—Es el templo de orden Toscano, y en él descansan también los padres del desgraciado secretario D. Rodrigo.

Más abajo, y en la misma calle, están los *Premonstratenses*, con fachada de ladrillo, que hoy está transformado en Depósito Municipal.

Saliendo al Mercado del Campillo, en que está el moderno *Banco de España*, se ve el convento de monjas de *San Felipe de la Penitencia*, y más adelante, la casa que habitó Miguel de Cervantes.

Inmediata está la parroquia de *San Andrés*, en la plaza de su nombre; antes era ermita donde se enterraba á los ajusticiados, y en ella estuvo el cadáver de D. Alvaro de Luna hasta que fué trasladado á Toledo. Unicamente la capilla de los Maldonados ofrece alguna particularidad.

Volviendo por la calle de la Cruz Verde se llega á la de Herradores, donde está *San Esteban*, en el antiguo templo de San Ambrosio, colegio que fué de jesuitas, unido á un edificio de portada churriguesca, que fué colegio. Tiene magníficas portadas, y en la pared del presbiterio hay una estatua del obispo D. Diego Altamirano.

Frente á San Ambrosio están la casa de los *Duendes* y la del *Cordón*.

Esta última, que ocupa el núm. 11 de la calle de Herradores, derruida en parte á consecuencia de un incendio, fué una de las muestras de la magnificencia de D. Alva-

ro de Luna, que la edificó para su morada, y de cuya escalera aun quedan trozos. Llámase la del Cordón, según unos que siguen las tradicionales noticias, porque, á causa de haberse hospedado en ella San Francisco, le fué puesto un cordón de piedra sobre la puerta principal; pero los documentos que la V. O. T. de San Francisco posee en su archivo, dicen que ese cordón fué puesto en señal de pertenecer á la venerada Orden, D. Alvaro de Luna.

La de los *Duendes* obedece más á la fábula que á la tradición ó la leyenda, siendo tantas y tan encontradas las fantásticas noticias recogidas, que no creyendo en la exactitud de ninguna, renuncio á dar de ellas cuenta á mis lectores.

También frente á San Esteban se hallaba la casa que fué de *Alonso de Vivero*, después convertida en manicomio provincial, hasta que arruinada la fábrica por causa de un incendio, tuvo que ser trasladado al antiguo presidio del Prado de Jerónimos.

El colegio de *Escoceses* se halla en la calle del Salvador, entre San Ambrosio y San Esteban; luego, *San Antón*, oratorio con una nave de esbeltas proporciones y de piedra sillería, y dejándole atrás para seguir en la misma dirección, y pasando por delante de las ruinas del convento de *Menores* y del de *Esclavas del Corazón de Jesús*, se llega á la plaza del *Salvador* en que está la parroquia de su nombre, que fué en antiguos tiempos ermita de Santa Elena y que tiene en su cuerpo

tres fachadas: una jónica, con tres columnas; otra corintia, con dos nichos representando el pasaje de la Encarnación y Nuestra Señora, y el tercero, de orden compuesto. Fué bautizado en ella San Pedro Regalado, que mereció los honores de la canonización, y véñse aún, en una de las capillas, las armas de los Duques de Medinaceli y un enterramiento del Infante D. Pedro de la Cerda.

Por el pasaje de Gutiérrez se sale á la calle del Obispo, en cuyo núm. 7 está interinamente el Gobierno civil; y más adelante, donde están las casas que señalan los números 16 y 18, se alzaba tétrica y severa, como correspondía á su obscuro ministerio, la casa que habitaba el Tribunal de la Inquisición, y que antiguamente fué vivienda señorial del Marqués de Salvatierra.

Sigue la calle hasta su terminación y llegarás á la plaza de Orates, donde está la *Catedral* ocupando el mismo lugar en que antes se asentaba la antigua Colegiata, cuyos restos aun pueden comprobarse siguiendo la indicación que los arqueólogos dan.

Fabricóse el actual templo por orden de Felipe II, que deseando dar á la villa algo que la compensara de la ausencia de la Corte, que á Madrid se llevaba, al mismo tiempo que la convirtió en ciudad encargó á Herrera—el célebre arquitecto montañés—la transformación de la antigua Colegiata en un suntuoso templo, que las circunstancias no permitieron lle-

gara á ser lo que monarca y arquitecto habían proyectado, quedando reducida á simple medianía. Empezó Herrera las obras, pero llamado á continuar las del monasterio del Escorial, paralizadas por la muerte de Juan Bautista de Toledo, dejó concluido solamente el primer cuerpo de la fachada, encargándose posteriormente Churriguera de lo restante, que muestra hoy el pésimo gusto que caracteriza en ésta, como en otras, casi todas las obras del extravagante arquitecto. Tienen hasta 60 pies las medias columnas dóricas que sostienen el primer cuerpo, en el cual, y sobre la puerta, un hermoso arco cobija una imagen de la Asunción de Nuestra Señora, mostrándose en la parte inferior, en los intercolumnios, San Pedro y San Pablo, metidos en nichos, como fieles guardianes del hermoso templo.

La parte superior de la fachada corresponde á Churriguera, así como una torre que tenía más de 250 pies de altura, y se derrumbó durante una tormenta en 1841.

El templo, en su interior, tiene algunas bellezas, y es curiosa la tribuna que recorre, por encima de las capillas, toda la iglesia. La sillería del coro fué traída de San Pablo; dibujada por Berruguete es digna de admirarse, así como la custodia de Arfe, que se conoce por *El carro triunfal*, y es joya de gran mérito. En la catedral yace el célebre Conde Pedro Ansúrez, á quien debe Valladolid su primera importancia; el que salvó á su Rey de las ga-

rras de los moros, y á quien Alfonso VI encomendó la guarda y educación de su hija D.^a Urraca.

Casóse ésta con el Rey de Aragón Alfonso I, y repudiada luego, volvió á Valladolid. Había tratado D.^a Urraca, mientras fué soltera, con cierto despegó al Conde Ansúrez, y este esforzado campeón, que de continuo recibía proposiciones de los monarcas cristianos para que capitaneara sus huestes, pasóse á Aragón, cuyo rey le dió la guarda de muchas fortalezas de su reino y del de Castilla, al casarse con D.^a Urraca.

Pocos años tardaron los regios esposos en trabar grave contienda, y entonces, presentándose Ansúrez al aragonés en medio de su ejército, cuentan que le dijo: —«Rey de Aragón, los castillos y tierras de Castilla que me confiásteis, á la Reina se los he entregado, cuyos eran, como á su Señora natural; pero las manos y la lengua y el cuerpo, con que os presto homenaje, vuestros son, y á entregároslos vengo para que dispongais de ellos á vuestro albedrío.» —Decisión del castellano que tanto sorprende hoy como se admiró en sus tiempos.—Fué un nieto de ese Ansúrez, por ser hijo del Conde de Urgel, su yerno, el Armengol que estuvo en el glorioso sitio de Baeza, y el que, llegándose al pie de los muros de Córdoba, arrancó de un poderoso esfuerzo las aldabas de las puertas, que fueron llevadas á Valladolid y colocadas en la parroquia de la Antigua, figurando luego á los lados del sepulcro de

Ansúrez, que hoy muestra el hueco en que estuvieron, quedando solamente en el blasón de los descendientes de Asur Díaz esas aldabas, que señalan la noble familia á que perteneció el valiente caballero á quien se atribuye el épico suceso.

Al demolerse la Colegiata en 1552, abrióse la tumba que guardaba los restos del Señor de Valladolid, apareciendo éste cubierto de todas armas. Hízosele entonces una mezquina sepultura provisional, y allí sigue, en la capilla del fondo de la nave izquierda, que es la del evangelio, cantando largas inscripciones grabadas en el túmulo, las proezas y la muy alta alcurnia del caballero que allí reposa.

Y para terminar con este edificio, que fué erigido en Catedral por Clemente VII á petición de Felipe II, citaré, como digno de admirarse, el cuadro de la Asunción de Zacarías Velázquez, colocado en el altar mayor.

Una vez visitado este templo, vámonos por las calles de los Tintes, Gallegos y Virgencilla, á salir á la de Cantarranas. Daremos un vistazo á la iglesia de *La Cruz*, cuya fachada muestra esculturas muy acabadas de Hernández, y tomando por la calle del Conde Ansúrez, llegamos frente al cuartel de *San Benito*, antiguo alcázar que fundó Don Juan I y regaló á los monjes. Juan de Arandía, fabricó, por el siglo XV, las hermosas naves en que hoy no resuenan los severos rezos de los religiosos. La fachada se compone de arcos sobrepuestos, que terminan torreones de

forma octogonal, y los adornos, cuadros y la magnífica sillería pueden admirarse en el Museo, al que recientemente han sido trasladados.

Próximo á San Benito, en la calle de Santa Isabel, está *San Agustín*, de agustinos calzados, fundado por Ruiz López Dávalos sobre el palacio que cediera á los monjes la reina Catalina, mujer de Enrique II. En su gran nave están enterrados unos marqueses de la Vega, Fabio Neli y Don Juan de Tarsis, marqués de Villamediana, pretencioso cortesano del rey Felipe IV, que fué asesinado en Madrid—según entonces se dijo—por orden del monarca.

Volvía en una carroza de su casa, el Conde de Villamediana, acompañado de un hijo del Marqués del Carpio, una noche de agosto del año 1622, y pasaban justamente frente á la callejuela de San Ginés, cuando un embozado hizo detener el coche pretextando al cochero gran urgencia en hablar con su señor, y una vez detenido, abrió la portezuela, asestando tan tremenda puñalada al Conde, que sólo pudo salir del coche y desenvainar la espada, cayendo al pie del estribo y murmurando: —«Esto es hecho».—Afirma Quevedo que ya le había avisado D. Baltasar de Zúñiga, confesor del Rey, que su vida peligraba, pero que Tarsis había respondido «que más le sonaban aquellas razones á envidia que á advertimiento.»

Vivía en las casas de Oñate, en la calle Mayor, y allí fué trasladado hasta parar en

San Agustín, en Valladolid, convento de que era patrono. Fué éste un suceso que se comentó mucho en la Corte, por ser Don Juan muy poeta, espléndido en las fiestas que daba á sus amigos y magnífico en todas las cosas de su persona; ocupaba un cargo en Palacio, y era violento, audaz y pendenciero, añadiéndose por algunos que no se recataba en decir que su pensamiento lo ocupaba la reina Isabel, de cuya virtud todos se hacían lenguas, y de quien él decía ser correspondido (1). Por aquel tiempo llegó á asegurarse que el matador era Alonso Mateo, balletero del Rey; pero lo cierto fué que la justicia sobreseyó pronto la causa, considerándose impotente para buscar al asesino.

Hoy, el convento de San Agustín luce su robusta basamenta de piedra sillería, sirviendo su interior para almacén de paja.

Frente á San Benito hay una casa modesta, con columnas jónicas que sostienen un segundo cuerpo, y que no llamaría la atención si se ignorara que fué el taller del célebre tallista y escultor *Alonso de Berruguete*, y por tanto, donde se confeccionaron las más preciosas labores de aquel tiempo.

Los primeros jesuitas que llegaron á Valladolid en el siglo XVI, ocuparon el hospital de San Antón, hasta que la Condesa de Fuensaldaña les ofreció lugar á

(1) Bien conocida es la frase «Son mis amores Reales», motivada por la atrevida divisa que ostentó el caballero Villamediana en una liza, y que decía: «Son mis amores», y finalizaba con realitos de plata.

propósito en la *parroquia de San Miguel*, que fundó Fernando I de Aragón y Castilla bajo la advocación de San Pelayo.

El templo es elegante, de correctas formas, con efigies en las capillas, atribuidas á Hernández; luciendo apóstoles en el altar mayor, de Pompeyo Leoni, y un crucifijo de marfil, de Miguel Angel; siendo dignas de visitarse la sacristía, ante-sacristía y relicario. En el presbiterio están las estatuas de Juan Pérez de Vivero y de su mujer, fundadores del convento, sobrina ella de San Francisco de Borja y de San Ignacio de Loyola.

Frente á San Miguel está la casa de *Valverde*, curiosa por la almohadillada ventana, con un mascarón y dos figuras de relieve; contando la tradición que las figuras y cariátides representan el adulterio de cierta señora con su paje, que fueron condenados, y autorizado su marido para exponer al público su deshonra; llamando la atención de todos tan extravagante empeño.

En la calle de Santa Catalina está el convento de la *Santa de Siena*, en cuyo presbiterio hay unos nichos con estatuas que guardan á D. Antonio Cabeza de Vaca y su esposa D.^a María de Castro, que dejó á las monjas, en los primeros años del siglo XVII, grandes cantidades de ducados; viéndose también en el medio de una capilla una estatua, en traje de golilla, que representa á un abogado que legó sus bienes al convento.

Saliendo á la calle que da nombre el

convento de *Franciscanas de Santa Isabel*, fundado por D.^a Juana de Hermosilla en 1472, con nave gótica y calada barandilla en el coro, y en uno de cuyos retablos, de la época del Renacimiento, hay una figura de San Francisco tan admirable, que se atribuye á Juan de Juni; y una vez recorrida, se llega á la plaza de la Trinidad ó del Hospicio, donde está el antiguo palacio de los *Duques de Benavente*, con rejas, balcón y torres, convertido hoy en Hospicio y Casa de Misericordia y niños expósitos.

En el templo de *Trinitarios Descalzos*, de tres naves, reposa el cuerpo del bienaventurado Miguel de los Santos; y las *Bernardas* tienen en la plaza del Hospicio, esquina á la calle de San Quirce, un convento fundado á expensas de D.^a Teresa Gil y de la reina D.^a María de Molina.

Muy antigua, y casi tocando al Puente Nuevo, está la parroquia de *San Nicolás*, con diez y seis altares y tres naves de orden toscano, que fundó la misericordia de los trinitarios descalzos; y á la orilla del río se levanta un templo, modesto y sin importancia, dedicado á *Santa Teresa*.

Por la calle de Expósitos se sale á la plaza de Fabio Neli, en que está el convento de monjas *Franciscanas de la Concepción*, fundado en 1521 por el regidor D. Juan de Figueroa y su mujer D.^a María Núñez de Toledo, luciendo una portada ojival bastante curiosa; y antes de entrar en la calle de las Damas, fíjate, al pasar por la del Rosario, en las platerescas labores de

la fachada de una casa que hace esquina, y que fué del *Marqués de Villasante*.

Ya en la calle de las Damas, sigue á encontrar la de las Angustias, volviendo al centro de la ciudad por un zig-zas que te permitirá no dejar olvidado ningún importante monumento de ella, y párate delante del espacioso *Teatro de Calderón*, inaugurado en 1864 con «El Alcalde de Zalamea», y construído en el solar que antes ocupaba el histórico palacio de los Almirantes de Castilla. Más adelante te encuentras con la iglesia de *las Angustias*, en que se adora la milagrosa Virgen de «los Cuchillos», y cuya fachada de columnas termina en frontón triangular; y saliendo á la plaza de la Antigua, llegamos frente á la iglesia de Santa María, conocida por «La Antigua» (1), parroquia que fué del palacio de Pedro Ansúrez, de estilo gótico, con pórtico bizantino; llamando la atención en el interior, el altar mayor, atribuído á Juni, y en el exterior las puertas, que conserva bajo el moderno pórtico, en las que se asegura que estuvieron colgadas las aldabas que arrancó Armengol de las puertas de Córdoba en 1149.

En el interior de las naves, elevadas á la altura que hoy tienen por Alfonso XI, hay una capilla de los Condes de Cancelada, título y patronato que corresponden hoy á la Duquesa viuda de Abrantes.

Contiguo está el antiguo palacio en que

(1) La iglesia de más atractivo de Valladolid, según George E. Street, en su magnífica obra *Gothic Architecture in Spain*.

se educó D.^a Urraca y se hospedaron tantos reyes, Hospital hoy, llamado «del Esgueva», donde campean las armas del Conde de Ansúrez y las reales, sostenidas por leones, y en el que se celebraron con gran pompa las bodas del rey Alfonso VIII con su segunda mujer D.^a Rica de Polonia, hija del Duque Wladislao.

De la fabricación del inmediato *punte*, se sabe que cuando la infanta Berenguela, hija del rey Alfonso VIII, fué repudiada por el Rey de León Alfonso IX, cedióla su padre el Señorío de Valladolid convertido en Infantazgo, que abarcaba 52 pueblos. Al morir el vencedor de los moros en Las Navas, quedó á Berenguela la tutela de su hermano menor Enrique, pero ansioso el de Lara de dirigir los reinos de Castilla, se apodera del Príncipe, y Berenguela se retira á la fortaleza de Antillo, hasta que habiendo muerto Enrique en Palencia del golpe de una teja, vuelve á Valladolid con su hijo Fernando, habido del Rey de León, y le hace proclamar Rey. Fué éste Fernando III, que tanta gloria había de dar á su reino como á él la posteridad calificándole de «Santo». Pocos reyes hubo en Castilla más queridos, y á él se atribuyen grandes mejoras á la villa, entre otras la que hizo al *punte del Esgueva*, que fabricó D.^a Elo ó Eylo, mujer del Conde Ansúrez, en ausencia de éste, á quien pareció tan estrecho á su vuelta, que le añadió otro cuerpo del mismo tamaño que tenía, y al que Fernando III convirtió en el que hoy subsiste.

La Universidad está en la plaza de Santa María, con estatuas de las ciencias en los intercolumnios, y de varios Reyes de Castilla, á partir de Alfonso VIII, en su fachada, que es de estilo churrigueresco; y ya en su interior, verás tres hermosos claustros, hallándose el Jardín Botánico en el antiguo corral de las Doncellas.

El Museo, frente al cual sales siguiendo la calle de la Librería, es el antiguo Colegio de Santa Cruz, luego Academia de Nobles Artes, que fué trasladada á ese edificio desde la calle del Obispo, en que ocupaba las casas que habitó la Inquisición. Fundóle el Cardenal Mendoza en tiempo de los Reyes Católicos y en las casas que fueron de Diego Arias, «para que los ingenios pobres pudieran salir adelante», viéndose sobre la portada al Cardenal, de rodillas ante la cruz sostenida por Santa Elena, y adornando la fachada la cruz que usaban sobre la *beca* los colegiales, notándose que han sido substituídas por balcones las ventanas ojivas que daban carácter al edificio.

En la calle de la *Merced*, y al mismo tiempo que San Benito, se fundó el monasterio que tomaba el nombre de la calle, ó que quizás se lo haya dado; teniendo una curiosa historia la edificación de ese convento, cuya fecha es, por cierto, bien lejana.....

El noble caballero D. Juan Lorenzo de Acuña, estaba casado con D.^a Leonor Téllez de Meneses, la que arrebatada del lado de su esposo por el rey Fernando de

Portugal, hubo—dicen que gustosa—de disolver este primer enlace. Muere poco después el rey Fernando, y la hija habida en D.^a Leonor, se casa con Juan I de Castilla, el que, escandalizado de la licenciosa vida á que su suegra se había entregado, la encierra en el convento de Tordesillas; pero apenas murió éste, vuelve á Valladolid D.^a Leonor, ya casi anciana, y de sus amores con un caballero llamado Iñiguez, tuvo una hija, á cuyo tutor López de La Serna encargó que transformara el palacio de su pupila en convento de religiosas, donde poder encerrar este fruto de sus últimos ilegítimos amores. Así hubiera ocurrido, si entretanto la futura reclusa no se hubiera enamorado del hijo de La Serna y casádose con él; suceso que hace cambiar de idea á D.^a Leonor, y dedica á frailes el convento, con la obligación de hacerle en él un suntuoso enterramiento.

Al hacer varias reparaciones en el convento, por el siglo XVII, apareció entre unas paredes una Virgen, que se llamaba «la de la Cerda», siendo también en ese convento donde descansaban los restos del infante D. Pedro, hijo del Rey Sabio, y los del señor de Noreña; y es curiosa la relación que se hace de cómo estuvo escondido el aventurero capitán Tapia en ese templo, que hoy sirve de cuartel de Caballería.

Dejando la calle de Francos y siguiendo por la de Colón, donde puede verse todavía señalada con el número 7, antiguamente 2, la casa que habitó el célebre nave-

gante, se llega á la calle de la *Magdalena*, en que descuella como uno de los más antiguos y curiosos templos de Valladolid, el dedicado á la Virgen de ese nombre. Se atribuye por casi todos los autores su fundación á la valerosa reina D.^a María de Molina, y su reedificación al obispo Don Pedro de la Gasca; pero según documentos que tengo á la vista, del archivo de la casa ducal de Abrantes, á la que se unió la de los Marqueses de la Revilla, descendientes del Prelado, fué fundada la iglesia por el citado Obispo, que la dotó con doce capellanías y un capellán mayor, á su vuelta del Perú, que pacificó por orden del emperador Carlos V, y de cuyos estados fué Virrey.

El estilo gótico moderno domina en toda la fábrica, llenando gran parte de su fachada un monumental escudo (1) del Obispo pacificador que tanto trabajó en pro del arte, quedando de ello indiscutible muestra en Palencia y Sigüenza, diócesis que regentó.

En el centro de un crucero está enterrado su fundador La Gasca, y en alabastro luce su efigie, con perfiladas labores de Jordán. El retablo de la iglesia es corintio, y aun se conserva el cáliz de D. Pedro, de plata sobredorada adornado de piedras, y un retrato del prelado, vestido de armadura, de extraordinario mérito, en la morada de los patronos.

(1) La fachada E. es el *Non plus Ultra* del absurdo heráldico, dice G. E. Street en su obra *Gothic Architecture in Spain*.

Ejerce patronato sobre esta iglesia la muy ilustre y virtuosísima dama D.^a Petra Gutiérrez de la Concha y Tovar, Gasca y Villela, Grande de España, Marquesa del Duero y de Revilla, Condesa de Cancelada y de Lences y Duquesa viuda de Abrantes y de Linares, poseyendo, como Marquesa de Revilla, enterramiento en la cripta de la Magdalena. Ese título de Revilla, otorgado á un sobrino del Obispo, concedía á su poseedor, entre otros muchos derechos y cargos, el de Alférez mayor de la ciudad de Valladolid.

Las *Huelgas* están en el palacio que fué de D.^a María de Molina, y en la moderna iglesia que hoy existe, y en el centro de un crucero, hay una urna de estilo gótico que encierra los restos de la valerosa Reina, cuyas acciones fueron siempre modelos dignos de imitarse, como la que, por haber ocurrido en el convento que describo, su antiguo palacio, voy á referir.

Parece que se hallaba una tarde orando en la capilla de ese palacio Doña María, cuando se le presentó el infante D. Enrique en traje de camino, advirtiéndole que ligadas las huestes de Aragón, Portugal y Francia, trataban de derribar la Monarquía, añadiendo, como supremo recurso, que se desposara con el Infante de Aragón.....

—¡Jamás!—contestó la virtuosa y varonil señora—jamás quebrantaré la fe de mi primer consorcio aun á trueque de ganar cien coronas para mi hijo, pues mejor

interesaré en mi favor á Dios conservando mi decoro, que admitiendo en mis tocas un lunar.—Efectivamente, Dios la sostuvo, pues la peste destruyó el ejército enemigo, y el cadáver del infante D. Alfonso fué saludado (con todos los honores que á la muerte no se regatean), á su paso por Valladolid.

En este convento estaba depositada, por orden de Isabel la Católica, D.^a María de Fonseca, de cuya hermosura se hacían grandes comentarios; contándose, que escalando una obscurísima noche la ventana de su celda, logró sacarla de aquel santo recinto su prometido D. Rodrigo de Mendoza, marqués de Cenete, y uno de los más apuestos caballeros de su época.

El *Hospital general* era el antiguo convento de Templarios, que hallándole muy espacioso la Corona, se apoderó de él, dándole por vivienda á Nuño Pérez de Monzón, abad de Santander y canciller de la Reina. Este fundó en él un hospital, dejando una gran parte para palacio, que sirvió de morada al rey Pedro I de Castilla, sólo los días que precedieron á su boda con D.^a Blanca de Borbón, pues sabido es que á las cuarenta y ocho horas de casado la abandonó, marchando á Olmedo, donde le esperaba su manceba María de Padilla.

En esa calle se encuentra también el *Colegio de Santiago*; y ocupando el número 1.^o de la calle de la Audiencia y 20 de la plaza de la Cancillería, el edificio en que se reúne el primer tribunal de la provincia para administrar justicia—

palacio que fué de Enrique II, del Conde de Benavente y más tarde del señor de Vivero, al que pertenecía cuando sirvió para que celebrasen sus bodas los Reyes Católicos,—habiéndose utilizado también para hospedar al tribunal de la Chancillería, á donde fué trasladado desde la calle de los Moros; y antes de salir á la plaza de San Pablo por la calle de Teresa Gil, dirige una mirada á *San Martín*, modesta ermita de orden toscano, que en el siglo XVIII llegó á parroquia, y que tiene un retablo de San Juan de Sahagún, digno de que pases un momento en admirarle.

Ya en la plaza de San Pablo, lo que más ha de llamar tu atención es el convento del mismo nombre que la plaza, fundado en 1276 por D.^a Violante, mujer de Alfonso X el Sabio, que ordenó se fabricara en agradecimiento á los festejos con que fué recibida por la población. Mandando emplear piedra sillería y el estilo gótico en la fabricación de este hermosísimo templo, bajo cuyas bóvedas habían de resonar las voces elocuentísimas de los congregantes á las Cortes y á los Concilios que en él se celebraron.

La fachada gótica de Juan y Simón, con adornos mandados labrar por Fray Luis de Valladolid, confesor de Juan II, sufrió algunas reformas, que la hizo el célebre fraile Torquemada (1), ensanchando el templo y reduciéndole á las propor-

(1) Cean Bermúdez supone que este fraile y cardenal comenzó la edificación de San Pablo en 1463.

ciones gigantescas que hoy conserva; y Fray Alonso de Burgos, confesor de Isabel la Católica, obispo notable de Palencia, hizo el coro, los claustros y trozos de fachada, que casi han desaparecido ya.

Sobre la portada se representa la Coronación de la Virgen; en el fondo, dos ojivas partidas por tres doseles, y bajo ellos, el Rey del Universo, San Pedro y San Pablo, majestuosamente sentados, parecen presidir tantos primores. Una claraboya de arabescos sobre las figuras anteriores, está recamada de preciosísimos colgantes, y dos agujas á los lados completan el precioso adorno; constando la fachada de dos cuerpos: uno del siglo XVII, y otro anterior de mayor mérito.

Las armas del Duque de Lerma substituyeron á las de Torquemada, pues perdida la privanza que el Duque tenía con Felipe III, hízose Cardenal, quizás para que en el traje de púrpura se estrellaran las acusaciones que á su caída temía se levantarán, y retirándose á Valladolid gastó grandes sumas en el arreglo de San Pablo, que eligió como retiro, añadiendo á la fachada un nuevo cuerpo con molduras, dividido en quince partes, figurando en ellas trozos de historia sagrada, que salpican, con cierto desorden, las estrellas de los Rojas, apellido del Duque Cardenal.

Cinco bóvedas tiene San Pablo en su interior; sobre columnas dóricas están las portadas interiores, cubiertas de molduras como las de afuera; las armas de Fray Alonso de Burgos y del Cardenal

campean por doquiera, mandando erigir este último un panteón á la izquierda del presbiterio, que llevaba su estatua y la de su mujer Catalina de la Cerda, fabricadas por Pompeyo Leoni, y trasladadas hoy al Museo. Frente al túmulo de Lerma estaba el relicario que saquearon los franceses; descansando también los restos de Juan II, hasta que fueron llevados á la Cartuja de Miraflores, en ese convento que de continuo le aposentó, así como á su madre la reina Catalina y á D. Fernando de Antequera. En este templo se casó la princesa D.^a María, hermana del Rey citado, con su primo Alfonso, el hijo del Infante, futuros reyes de Aragón.

Siguiendo al pie del muro, llegas á *San Gregorio*. El mismo Fray Alonso de Burgos que vimos intervenir en las obras de San Pablo, el que tantas obras dió á Palencia y Burgos, fundó en Valladolid un colegio, bajo la advocación de San Gregorio..... Dice el sabio Amador de los Ríos de este templo «que es joya minuciosamente labrada como un relicario». Empezó las obras el mismo que las ideara, Macías Carpintero, pero á los dos años se suicidó, durando la fabricación seis años más.

Según Bosarte, aseméjase la fachada á un bosque «arrancando del suelo á modo de troncos que más arriba esparcen sus primeras ramas, los adornos laterales, y ocupando las partes intermedias nichos en que se destacan seres humanos algo monstruosos».

Las flores de lis que forman parte del blasón del fundador—como en la de San Pablo—salpican sin orden la fachada. Sobre la puerta, el Prelado, de rodillas, encomienda una oración á San Gregorio. En la parte superior, sobre los escudos del Obispo, unos heraldos parecen proclamar la fama del Prelado, y en el centro, luce el blasón de los Reyes Católicos, sujeto por dos leones apoyados en las primeras ramas de un árbol que arranca del centro de granítica fuente, en cuyas aguas, alrededor y encaramados en las horquillas de las ramas, una porción de niños juegan, alegrando la original fachada.

El primer patio es semigótico; las flores de lis del Obispo se suceden con frecuencia, lo mismo que en el segundo, que es suntuoso, de agradable impresión, con columnas espirales. Las barandillas de los balcones del piso alto son del gótico más puro. La escalera y las cornisas de las puertas tienen también primorosas labores. ¡Lástima que tantas bellezas sirvan hoy para alojar las oficinas de Hacienda de la provincia!

La iglesia, restaurada hoy, quedó vacía cuando las huestes de Napoleón se llevaron cuanto encerraba, que todo era digno de admirarse, entre otras muchas cosas, un retablo de la «piedad», que un extranjero calificó «de quinta esencia del goticismo, comparable sólo al sepulcro de Juan II».—De San Gregorio salieron hombres de tanto mérito como Granada, Carranza, Cano, etc..... y en él estuvo oculto el in-

fante D. Fernando, hijo segundo de Felipe el Hermoso y D.^a Juana la Loca, á la muerte de su padre, pues correspondiendo la corona al primogénito Carlos, luego Emperador, temieron el Obispo de Catania y otros magnates que algunos descontentos, deseos de producir perturbaciones en el reino, y aprovechándose de la ausencia de Carlos y de su abuelo el Rey Católico, trajeran de Simancas y proclamaran Rey al que más tarde, á la muerte de su hermano Carlos V, había de ser Emperador de Alemania.

En la plaza de San Pablo está el *Palacio Real* ocupando el núm. 1.^o Fué este edificio primero de D. Francisco de los Cobos—quizás el secretario de Carlos V—y á esa familia lo compró el Duque de Lerma cuando, perdida la privanza de que gozaba con Felipe III, se retiró á Valladolid. Algunos años después estuvo en esa ciudad el despreocupado Rey, y el Duque le vendió el palacio por ser el más espacioso de Valladolid y el más próximo á San Pablo, y así debió parecersele al monarca, que recorrió la ciudad de incógnito durante dos días, mientras con su acompañamiento se hospedaba, extramuros de la antigua villa, en las casas de Bernardino de Velasco, que habían ya alojado á Carlos V.

El patio principal de este palacio de los Cobos está formado por dos órdenes de galerías con medios relieves que ostentan bustos de los emperadores romanos; y en el patio interior, la galería de Saboya tiene mucho mérito.

En esta regia morada, en que nació el desventurado infante D. Carlos, hijo de Felipe II, y que lleva un frontón triangular que sirve de dosel al escudo de España, están hoy las oficinas de la Capitanía general y del Gobierno militar; y en la misma plaza, haciendo esquina á la calle de las Angustias, cuyo núm. 78 ocupa, está el palacio que era de los Condes de Melito, cuando en él se hospedaban Carlos V y su esposa la emperatriz Isabel. En él nació Felipe II el año de 1527, y por una ventana que da á la plaza de San Pablo, y que un candado cierra, sacaron los frailes de ese convento al recién nacido y le bautizaron en su iglesia, terminando así las disensiones que con frailes de otras Ordenes sostenían acerca del templo en que correspondía bautizarle, pues si la fachada principal daba frente á San Pablo, la puerta, por salir á otra calle, pertenecía á otra parroquia. Con motivo de este nacimiento se mandaron hacer grandes festejos, suspendidos por el Emperador al saber que sus soldados, como horda de salvajes, habían saqueado á Roma.

Fué luego este palacio de los Ribadavia, Camarasa y Reinoso, que han sido las más opulentas familias de la ciudad, y sus últimos moradores y dueños, antes de pasar al Estado, los Reinoso, marqueses del Pico de Velasco, padres del coronel de Caballería actual poseedor de este título, ocupándole hoy las oficinas de la Diputación provincial.

Continuando por la calle en que está

San Gregorio, se ve el palacio que fué de los *Duques del Infantado*, hoy del Marqués de Alonso-Pesquera; y una de sus fachadas da á la calle que fué de la Ceniza, antes de D.^a Elvira y hoy de Fray Luis de Granada, notable porque en el número 3 nació el poeta más cadencioso y fecundo de España, *D. José Zorrilla*, y porque en ella está, con techumbre de adornos sobre la escalera y galería de arabescos, la casa que fué del Alférez mayor de la ciudad, Marqués de la Revilla.

Al final de la calle de San Gregorio está la *Casa del Sol*, con fachada corintia, que fué en otros tiempos de uno de los hombres más ilustrados de su época, Don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, cuya biblioteca pasaba por ser la primera de España; y en una casa de la calle del Río, que hoy no existe, se reunían los Comuneros, que empezaban á sublevarse al grito de «¡Vivan las comunidades!», y que ausente Carlos I, produjeron gran motín en Valladolid, pueblo del que sacó Padilla la mayoría de su gente, que unida á la de Bravo y Maldonado, fué completamente deshecha en Villalar..... Volvió á poco Carlos V de Alemania, y saliéndole á las puertas de la ciudad el noble Almirante Enríquez, consiguió para los vallisoletanos el perdón de sus culpas, por lo que, en agradecimiento, le regalaron el palacio que, derruido hoy, ocupaba el solar en que está edificado el teatro de Calderón.

Años después, y con motivo de tomar

el capelo el cardenal Adriano de Utrech —luego Papa— presenci6 Valladolid espléndidos festejos que nunca habían tenido semejantes.

El 12 de Abril de 1555, se celebraban en esta ciudad grandes funerales por la muerte de la ex-reina D.^a Juana—conocida en la historia por «La Loca», hija de los Reyes Católicos y mujer de Felipe el Hermoso,—que recobró su razón para recibir los últimos auxilios espirituales. Poco tiempo después, las campanas de todos los templos de la villa volvieron á tañer bien tristemente: era que en el monasterio de Yuste había fallecido el Emperador después de haber presenciado sus honras fúnebres en vida. Ocupó la cátedra sagrada en tan solemne momento San Francisco de Borja, y fué uno de los más grandes y sentidos duelos que presenci6 Valladolid, reconciliado ya con su rey Carlos I.....

Su hijo Felipe, que andaba siempre deseoso de trasladar la Corte á Madrid, sólo por no indisponerse con los de Valladolid se contrariaba, hasta que pudiendo más su capricho, y creyendo que compensaba á la villa haciéndola ciudad y levantando una suntuosa Catedral, con otras donaciones, trasladóse á Madrid en 1561, donde fué recibido con grandes regocijos.

Clam6 Valladolid por aquel que consideraba injusto despojo, y en tiempos de Felipe III llegó á ofrecer—si volvía la Corte—un suntuoso palacio al Rey y otros dos á Lerma y D. Rodrigo Calde-

rón, consiguiendo sus deseos poco después, aunque no por mucho tiempo, pues todos empujaban porque la vuelta á Madrid no se demorara, figurando á la cabeza del movimiento los ingenios de aquella venturosa época para las Letras españolas, que ni eran pocos ni despreciables; y así decía Góngora en distintas composiciones:

.....
 ¿Vos sois Valladolid? ¿Vos sois el valle
 de olor? ¡oh fragantísima ironía!

.....
 Pisado he vuestros muros calle á calle
 donde el engaño con la Corte mora,
 y *cortesano* sucio os hallo agora
 siendo *villano* un tiempo de buen talle

.....
 busqué la Corte en él, y yo estoy ciego
 ó en la ciudad no está ó se disimula.

Cervantes, que vivía por detrás del mercado del Campillo, en una casucha que conserva una lápida mostrándola á la curiosidad de las gentes, prefería:

De Madrid, los extremos;
 de Valladolid, los medios;
 de Madrid, cielo y suelo;
 de Valladolid, los entresuelos.

Estas y otras burlas hicieron decir á las gentes de Valladolid, temerosas siempre de que se fuera la Corte, que los poetas estaban pagados por algunos *grandes* que tenían casas en Madrid y deseaban alquilarlas...

Había detrás de San Pablo un huerto en el que tuvo lugar, entre otros hechos, un lance de caballería muy famoso por el

empuje de ambos combatientes, y la pretensión del vencedor.

Ocurrió el encuentro entre un borgoñón llamado Jaques de Lalain y Diego de Guzmán, que, siendo de corta talla, derribó con gran destreza á su contrario, de constitución atlética, y le hizo jurar que era más dama la Reina de Castilla que la Reina del país de donde él fuera...

Grandes festejos presenció Valladolid con motivo de las bodas del rey Carlos II con Ana de Newburg, hija del Conde Palatino, volviendo á su tranquilidad, no interrumpida hasta la llegada de Felipe V, que derrotado en Zaragoza por el Archiduque, trasladó la Corte á Valladolid; pero no creyéndola allí muy segura, la hizo continuar hasta Vitoria.

Poco á poco fué olvidándose á Valladolid, que fué escogido el año de 1808 por el caudillo francés Dupont para cuartel general, hospedándose en las casas del Marqués de Ordoño. El pundonoroso pueblo vallisoletano se dirige un día al palacio de su capitán general, D. Gregorio de la Cuesta, le pide armas, le acompaña á Cabezón, y derrotado por los franceses se retira á Rioseco. Entran los franceses en Valladolid, y á ruegos del Prelado, que presidiendo una comisión de regidores los esperaba en las puertas, respetan la ciudad.

Al año siguiente entró en ella Napoleón deseoso de vengar el asesinato de varios franceses; á ese efecto pide una lista de los asesinos. Nadie los denuncia, y el Emperador francés iba á cumplir una terrible

amenaza sobre las autoridades de la villa, cuando alguien delata á un curtidor llamado Domingo y dos de sus criados. Se salva el primero gracias á los ruegos de su mujer, cuya hermosura se elogia por todos, y son ahorcados los sirvientes.

Desde entonces, sólo un suceso ha turbado la paz que reina en Valladolid, y fué debido al general carlista Juan Antonio de Zariátegui, que penetró en la ciudad sin encontrar resistencia más que en el fuerte, á que puso sitio; hallábase ocupado en dirigirle, cuando sus fuerzas avistan al general Carandolet con menores fuerzas; sale á su encuentro y, completamente derrotado, tiene que evacuar la población.

Y terminando aquí estos brillantes rasgos de la historia de tan hermosa ciudad, y próximos ya á la carretera por donde hemos de marcharnos, te diré que el antiguo convento de Carmelitas descalzos, fundado por D. Diego de Salce y D.^a María de Menchaca, es el *cementerio* actual de Valladolid, que ostenta sobre la puerta una curiosa inscripción, que dice:

«Aquí acaban placer y vanos gustos,
y comienza la gloria de los justos.»

Pasando por la calle de Gondomar, llegas á la de *Santa Clara*, en que existe un convento de ese nombre que habitó Doña Inés de Guzmán, mujer del Señor de Vivero, y en una de sus capillas, fundada por D. Alonso de Castilla, bastardo del Rey Cruel ó Justiciero, están enterrados los señores de Boniaremi y de Nava.

Y ya en la carretera de Cabezón, después de haber escudriñado todos los rincones de la ciudad y á punto de seguir el viaje, alzo el escudo de la histórica villa para que se vean sus girones en campo rojo, al timbre la corona, y — mostrando ser la primera de Castilla, nombre dado por sus muchas fortalezas — ocho castillos que orlan los enigmáticos girones de su blasón.





CAPÍTULO VI

UNA VISITA Á SIMANCAŞ

Un poco de Historia: Abderraman III y el Rey Radmir; deposición en efígie del Arzobispo de Toledo; una justicia de Isabel la Católica.—Presos ilustres.—El obispo de Zamora D. Antonio de Acuña.—El Señor de Montigny.—El Castillo y el Archivo.—La antigua Colegiata.

ME despertaron muy temprano al día siguiente, 6 de julio, pues tratábamos de ir á Simancas y volver á Valladolid para la hora del almuerzo; así, que aun no había empezado el sol á evaporar las gotas del rocío que depositara la noche, cuando emprendimos la marcha por la carretera de Salamanca con ánimo de visitar el castillo de Simancas, curioso hoy por ser el Archivo general del Reino, notable en la antigüedad por haber sido teatro de grandes sucesos, que traen aparejados históricos recuerdos.

Diez kilómetros solamente tiene la carretera desde Valladolid á Simancas. Ibamos á caballo, y como desde la salida de la antigua Corte, en que los pusimos al trote, no detuviéramos la marcha, bien

pronto, al volver un recodo, vimos hacia la izquierda un cerro, que desde la carretera baja á la llanura, en el cual está apiñado ese pueblo, que conserva restos de su antigua muralla, y que ostenta, á modo de baluarte, un hermoso castillo, en comunicación con la carretera por vigoroso puente, que fué en lejanos tiempos levadizo.

A los pies del cerro corre el Pisuerga como de mala gana, pensando que el Dueño le espera no muy lejos para llevarle su caudal; y entre uno y otro río convierten en feracísima campiña, llena de huertos, pinares y viñedos que se extienden por la parte del mediodía, esas planicies inmensas que se suceden sin terminar al parecer jamás. Por oriente se destaca el camino de Valladolid, que sigue á Tordesillas por la izquierda, y si vuelves ahora tus miradas al N., verás que el pequeño cerro sigue subiendo aunque no mucho; con estos datos puedes muy bien orientarte, y una vez conseguido, baja la cuesta que conduce al pueblo, párate á la entrada de un puente que conduce á la fachada del castillo que al poniente mira, y síguele hasta que encuentres un portillo; apenas lo traspases, estás en el recinto de la histórica fortaleza.

Si fué ó no Simancas la antigua *Sentéica* de los celtíberos, *Ilercacia* de los romanos, de cuya arquitectura quedan restos; si es cierto ó no que su verdadero nombre fué el de *Septimanca*, á otros corresponde averiguarlo, y mientras en ese trabajo aprovechan el tiempo, anticipemos

la idea de que la antigua Bureba de los árabes fué transformada, por la conquista que de ella hizo el rey Alfonso I, en la *Simancas* de los cristianos.

Dicen fábulas y leyendas que reinaba Mauregato en León, cuando vencidos en una sangrienta lucha los de Simancas, siete doncellas, señaladas por su hermosura, temiendo caer en poder de los africanos, se mutilaron para no ser por éstos apetecidas. Pero nada ha podido venir á corroborar este aserto fabuloso, inventado seguramente al fijarse en la orla que lleva el escudo de la villa. Campea en éste un castillo de plata en campo azul, con su torre en medio, sentado sobre un peñasco, que cerca el agua, y orlado todo por una zona de sangre con siete manos plateadas.

Ignórase si obedece la tradición al escudo ó éste á la leyenda, pero nada prueba la novelesca invención.

Era por el mes de agosto del año 934, ó julio de 939, cuando ante los muros de Simancas se dió una importantísima batalla, cuya victoria se atribuyeron ambos combatientes.

Proclamada la guerra santa por Abderraman III, deseoso, más que de vencer á Ramiro II de León, de matar al traidor Abu-Jahia, poderoso valí que se había pasado á los cristianos con el fin de vengar en los árabes la injusta muerte que Abderraman diera á un hermano suyo muy querido, y hallábase Abderraman sitiando á Zamora, que defendida por sus

siete históricas murallas iba á presenciar la batalla conocida por «de los fosos de Zamora», cuando Ramiro acude en su defensa. Sábelo el moro, y dejando que parte de su ejército continuara el sitio de la plaza, dirígese Duero arriba en busca de Ramiro, con mucha de su gente y la valerosa caballería de los algarbes, mandada por Almudhallar.

Encontráronse ambos ejércitos en la confluencia del Duero y el Pisuerga, pero como ocurriese que, siendo aún horas de la mañana, empezara á cubrirse la tierra de gran obscuridad, asustados los combatientes de aquella noche inesperada, que producía un eclipse, suspendieron las hostilidades durante dos días, no comenzando hasta el tercero la sangrienta lucha que cuentan del siguiente modo historiadores árabes:

«Bajaba el inmenso gentío de los cristianos muy apiñado, y con enemigo ánimo se acometieron ambas huestes y se trabaron con atroz matanza. Por todas partes se veía igual furor y constancia: el príncipe Almudhallar recorría todos los puestos animando á los musulimes; blandiendo su robusta lanza y revolviendo su feroz caballo, entraba y salía en los más espesos escuadrones enemigos, haciendo cosas hazañosísimas. Sostenían los cristianos el encuentro de la caballería musulímica con admirable esfuerzo, y su Rey Radmir, con sus caballos armados de hierro, rompía y atropellaba cuanto se le ponía delante. El rebelde Abu-Jahia, con sus

valientes caballeros, andaba también cubierto de crujientes armas, derramando la sangre de los musulimes como el más feroz de sus enemigos; pero el Rey Abderraman viendo desordenadas muchas banderas del ala derecha y que toda la hueste cedía el campo á los enemigos, se lanzó con la caballería de Córdoba y toda su guardia al costado del ejército de los *infieles*, y rechazado con valor por apiñados escuadrones de lanceros, todo el ímpetu de la caballería logró penetrar en ellos, y se volvió de aquel lado toda la fuerza del ejército enemigo: por todas partes se renovó la batalla con el mayor ardimiento. Aben-Ahmed separó su gente, y peleando en los primeros contra los más valientes enemigos, fué derribado del tercer caballo con un fiero golpe de hacha, y espiró al punto. También murió al lado de este caudillo, y á la vista del Rey, el cadí de Valencia Sahaf ben Yeman y el caudillo de Córdoba Ibrahim ben David, que se distinguió en este día con extrañas proezas, y cayó lleno de heridas. Ya la victoria se declaraba á favor de los musulimes y los cristianos se retiraban peleando, cuando la venida del encubridor tiempo de la noche, puso treguas á tantos horrores. Quedaron los musulimes sobre el campo mismo de batalla, que estaba regado de humana sangre y cubierto de cadáveres y heridos moribundos que espiraban hollados entre los pies de la caballería; allí pasaron la noche, y descansaban los vivos tendidos y mezclados so-

bre los muertos, esperando con impaciencia y temor la luz del día para acabar aquella sangrienta é inhumana contienda. Al día siguiente se retiró Radmir, porque arrepentido Jahia, hubo de aconsejárselo con engaños.» Así terminó la célebre batalla de Simancas, cuya victoria todos se atribuyen.

Era aquel un tiempo en que el espíritu guerrero de los sarracenos y cristianos llegaba á un límite heroico y novelesco.

Lo que Guzmán el Bueno hiciera, arrojando el cuchillo con que sacrificaran á su propio hijo, creyendo cumplir con un sagrado deber á la Patria, contrario al que, como padre, Dios y su conciencia le dictaran, años antes, y en distinta forma, había-lo hecho el célebre Marsilio, por el honor de su glorioso nombre.

Era el año 768 y en ocasión de hallarse Abderraman fuera de sus reinos, cuando bandas dispersas de africanos se incorporaron á Abdal-Gafir, que avanzaba hacia Sevilla. Noticioso de ello Marsilio, envió un destacamento al mando de su segundo hijo que, inexperto, tímido y casi un niño, corrió al lado de su padre al ver que encima se le venía la caballería del Gafir; indignado el pundonoroso Marsilio, enristra la lanza, y á los gritos de: ¡Cobarde!, ¡tú no eres mi hijo!, ¡tú no eres un Meruan!, le derriba del caballo de un terrible lanzazo.....

Pero volvamos á Simancas, y á su interesante historia.

En 964, Alaken II la recobró, si bien

no duró mucho en poder de los africanos, pues el año de 981 fué vuelta á tomar por Almanzor, después de derrotar en Rueda á castellanos, navarros y leoneses.

Durante los siglos X y XI fué la plaza mejor guarnecida de Castilla, hasta que la importancia adquirida por Valladolid obscureció la de Simancas, cuando empezaba el siglo XII.

Estuvo gobernada por el Fuero Real que en 1255 la otorgó Alfonso X el Sabio, y conserva hoy los títulos de leal y heróica.

En 1296, la ocupó D. Dionís de Portugal, pero los castellanos que en la empresa le ayudaron olvidando su deber, apenas le recordaron, dieron la espalda al extranjero, obligándole á retirarse con sus huestes; y en 1427 se encerró en sus muros D. Juan II con su privado D. Alvaro de Luna, de donde salió éste, perdida la privanza y desterrado.

Sabido es que tuvo lugar en Avila la deposición en efigie del rey Enrique IV y la exaltación al trono de su hermano Don Alonso; y sabido también que fué el alma de aquel cómico suceso, el arzobispo de Toledo, Carrillo.

No gozaba el rey Enrique de grandes simpatías, pero tamaña afrenta puso de su parte á varios magnates que, haciéndose fuertes en Simancas mientras ante sus muros se hallaba el ejército de la liga, y demostrando el poco cuidado que esto les hacía, ejecutaron la siguiente comedia: se-

gunda parte de la que los de la liga representaran en Avila. Colocaron una efigie que representaba al arzobispo de Toledo Don Alonso Carrillo, y llamándole Don Oppas, en recuerdo del obispo traidor á Don Rodrigo, le depusieron, le colocaron en prisión y dictaron una sentencia, que fué publicada desde los muros á la vista del ejército sitiador. Al mismo tiempo que le mostraban la efigie, leían la sentencia, que decía:

«Por cuanto vos, Don Alonso Carrillo, Arzobispo de Toledo, siguiendo las pisadas del Obispo Don Oppas, el traidor de la España, aveis seydo traidor á nuestro Rey y Señor natural, revelándovos contra él, con los lugares e fortalezas e dineros que vos avia dado para que le sirviéades; por ende, vistos los méritos del proceso... mandado que seais quemado, llevándovos por las calles e lugares públicos de Simancas, á voz de pregonero diciendo: «Esta es la justicia que mandan hacer de aqueste cruel Don Oppas, por cuanto recebidos lugares, fortalezas e dineros para servir á un Rey se rebeló contra él; mándanle quemar en prueba e pena de su maleficio; quien tal fizo que tal haga.» A la par se entonaba el siguiente cantar:

«Esta es Simancas,
Don Oppas traidor,
esta es Simancas,
que no Peñafior.» (1)

(1) Aludiendo á que los confederados habian batido sin grandes dificultades la villa de Peñafior.

Excitados con estas burlas los sitiadores, trataron varias veces de tomar el castillo, pero tú, lector, si has visto sus murallas, comprenderás su desaliento, por poca que fuera la pujanza de los defensores, y encontrarás muy natural que avergonzados regresaran á Valladolid, convencidos de la impotencia de sus esfuerzos.

Cuentan las crónicas del siglo XV, que hallándose Isabel la Católica en Valladolid, se cruzaron una tarde en Palacio ciertas palabras violentas entre D. Fadrique, hijo mayor del Almirante de Aragón, y D. Ramiro Núñez de Guzmán, Señor de Toral, sobre qué asiento debía ocupar el primero cerca de las damas. Sabedora de ello la Reina, y temiendo que las desatentas palabras pronunciadas trajeran aparejados desagradables sucesos, ordenó á su Maestre, Garcilaso de la Vega, que detuviera en su posada al Señor de Toral, mientras ella disponía á D. Fadrique que se constituyera preso en casa del Almirante, su padre; haciéndoles advertir que ella haría justicia y daría la razón á quien la tuviese. Ausentóse D. Fadrique para no darse por entendido de lo dispuesto por la Reina, y como ésta lo supiera, mandó poner en libertad al de Toral, asegurándole que no recibiría daño ni injuria.

Un día que descuidado caminaba el de Toral por la plaza de la villa, cayeron sobre él tres hombres enmascarados y le dieron de palos. Súpolo Isabel la Católica, y dicen las crónicas que era tal su im-

paciencia, que tomó sola el camino de Simancas, saliendo á poco en su seguimiento mucha de su gente y el Almirante de Castilla, y que llegando todos á las puertas de la fortaleza, dijo la Reina:—«Almirante, dadme á vuestro hijo D. Fadrique, para hacer justicia de él, porque quebrantó mi seguro.—Señora,—respondió el Almirante—no le tengo ni sé donde está.—Pues entonces,—replicó la Reina—ya que no me podéis entregar vuestro hijo, entregadme esta fortaleza de Simancas y también la de Rioseco.—Señora,—respondió el Almirante—pláceme de buena voluntad entregaros esas fortalezas y todas las otras que tengo.» Y dicho esto, ordenó la Reina á uno de sus capitanes, D. Alonso de Fonseca, que se apoderara del castillo y lo registrara, por si estaba allí Don Fadrique, que no fué hallado. Parece que como tuviera la Reina que guardar cama y fuera preguntada por los de su casa acerca del mal, respondió:—«Duéleme todo mi cuerpo de los palos que dió ayer D. Fadrique contra mi seguro.»

A los pocos días, el Condestable de Castilla, tío de D. Fadrique, le llevó á Palacio para desenojar á la Reina Católica, y la dijo:—«Señora, yo traigo aquí á D. Fadrique, mi sobrino, y le entrego á V. A. para que mande hacer de él lo que por bien toviere; pero humildemente le suplico que considere que no ha 20 años, y que en esto no es aún bien capaz de saber el acatamiento y obediencia que se debe á los mandamientos reales. Haga

V. A. de él la justicia que quisiere ó la misericordia que debe.»

No quiso la Reina ver á D. Fadrique; ordenó que le apresasen y pasearan por las calles, y que luego fuese enviado á Arévalo. Allí estuvo encerrado y no saliera, si su parentesco con el Rey, de quien era primo, no le hubiera abierto las puertas de la prisión. ¡Así se hacía justicia en aquellos tiempos y por tan grande Reina, sin considerar la altura del causante del agravio!

En Simancas se educó durante sus primeros años el infante D. Fernando, nieto de los Reyes Católicos, y Emperador de Alemania á la muerte de su hermano Carlos V.



Estuvieron presos en el castillo de Simancas: D. Pedro Guevara, que prisionero en Pancorbo en 1508, recibió horrible tormento hasta arrancarle acusaciones contra el Gran Capitán, el Duque del Infantado, el de Nájera, y otros grandes; conociéndose la sala en que estuvo, con el nombre de «Sala del Patronato».

En 1515 estuvo preso el Vicecanciller de Aragón; se dice que por requerir de amores á su reina, D.^a Germana, segunda mujer de Fernando el Católico, y en 1519, D. Pedro Mariscal de Granada.

En tiempos de Carlos V, cuando las Comunidades, estuvo por el Rey; y defendida por el Conde de Oñate, hicieron sus

defensores grandes destrozos en las gentes de Padilla y Bravo; siendo también en Simancas donde murió en un cadalso Don Pedro Maldonado, cabecilla en la guerra de las Comunidades, regidor de Salamanca y primo del Conde de Benavente, encerrado en ese castillo desde la batalla de Villalar...

Pero el más notable de cuantos presos encerró la histórica fortaleza, fué el célebre revoltoso obispo de Zamora, D. Antonio de Acuña.

* * *

Era este príncipe de la Iglesia, hijo de Don Luis de Acuña y Osorio y de Doña Aldonza de Guzmán, ó sea descendiente de dos nobilísimas casas del reino de León. Fué su padre, después de gran guerrero y á la muerte de su esposa D.^a Aldonza, tan buen religioso, que en poco tiempo llegó á ocupar el Arzobispado de Burgos.

Era su hijo D. Antonio, robusto, inquieto y valeroso, mostrando su pujanza desde niño, si hemos de creer á Ladrón de Guevara, cronista de ese tiempo, al afirmar que no había nodriza que le sufriese por el modo de lactar.

Era abad de Valpuerta cuando, malquistado con los Reyes Católicos, se fué á Roma, donde se acomodó al lado de Su Santidad Julio II, y, aventurero como él, batióse Acuña en los campos de Róvena, consiguiendo, por sus continuos rasgos de valor, que Julio II le hiciese merced de la mitra de Zamora.

Llega á su diócesis el nuevo Obispo, y como no le hubiera propuesto la Corona para ese cargo, teniendo como tenía patronazgo real, mandó que no le diesen posesión; pero Acuña se apodera de la diócesis, haciéndose fuerte en la iglesia de Fuente-Sauco. Manda el Consejo al alcalde Ronquillo con orden de apaciguar al Obispo, y sale á ese fin con gentes de Zamora; pero el Obispo, cercándole en su misma posada con 300 hombres, la prende fuego, y allí hubiera perecido el valeroso alcalde antes que rendirse, si su gente no le hubiera obligado á ceder.

Quedó prisionero Ronquillo en la fortaleza de Famosella; diciéndose por algunos, que el atrevido Obispo puso sin ropaje á los acompañantes del alcalde, para burlarse de él.

Indignados Monarca y Consejo, envían al corregidor de Salamanca para castigar los desmanes de un Obispo que consideraban como intruso. Acude aquél con mucha gente, pero vencido por las escasas fuerzas de Acuña y cansada ya la Corona, decide dejarle gozar pacíficamente su obispado; siendo consecuencia de esta concesión, la de dar libertad al alcalde Ronquillo, que se desesperaba en su prisión.

Regentando ya su diócesis, estuvo preso en Navarra cuando se prestó á ir, comisionado por el rey de Castilla y en nombre de la Santa Sede, con aviso á Juan de Albret para que se separara de los que comenzaban á perturbar la Iglesia..... y

apenas las Comunidades hicieron su primera manifestación, alza el obispo Acuña su estandarte con los de la rebelión. Es arrojado de Zamora por el Conde de Alba; pero reuniendo gente, vuelve sobre la plaza y, ayudado desde dentro de los muros, entra en Zamora y se apodera de la ciudad, huyendo el de Alba.

En Tordesillas, adonde dirige bien pronto sus huestes, se encarga de custodiar y de defender — según decía — á la reina Doña Juana, y dirigiendo desde esa villa sus ejércitos contra ésta y la otra fortaleza, y al grito de: «¡Aquí de mis clérigos!», saqueó lugares, tomó ciudades y castillos, quitó justicias puestos por el Rey, y prohibió predicar la paz y concordia del reino; ¡de esa manera pisoteaba hasta la religión, de que debía ser primer defensor, como príncipe que era de la Iglesia!

Ladrón de Guevara dice en su crónica, que varias veces vió al Obispo con su partesana al hombro, y que con una escopeta le había visto hacer morder el polvo á once imperiales, á los que bendecía con el arcabuz y despachaba con la bala.

En aquel período de luchas comuneras, entra el osado Obispo en Palencia, se hace proclamar diocesano y que el cabildo le entregue las cantidades disponibles, y sólo se aleja de la ciudad cuando le llega la noticia de que el Conde de Haro había tomado á Tordesillas. Se dirige á Toledo, que aún seguía la bandera de los sublevados, y se presenta solo, pues había licenciado su ejército durante la Semana Santa. Llegó

á la Catedral conducido en triunfo, interrumpe la ceremonia religiosa y se sienta en la Silla Primada de las Españas. El cabildo no aprueba su elección, pero al siguiente día llegan sus gentes y con su auxilio, le encierra y le tiene treinta y seis horas sin comer ni beber, á pesar de lo que, la digna corporación no accede á sus criminales designios. Ocurre la derrota de Padilla en Villalar, y el Obispo huye disfrazado de aldeano vizcaíno camino de Francia; pero reconocido cerca de Logroño, fué entregado al Duque de Nájera y conducido á Simancas.

Cinco años llevaba en el castillo, y ya había conseguido convencer al Cardenal Adriano, cuando para su desdicha muere éste, y Clemente VIII, que le sucede en la Silla de San Pedro, autoriza la instrucción del proceso contra el Obispo. Este se alza, pero el Emperador detiene el recurso, y nombrados defensores de oficio Daza y Burgos —bajo pena de excomunió n si no aceptaban, pues ninguno quería defender á quien estaba sentenciado de antemano,— no consiguen con sus débiles argumentaciones convencer al César de la conveniencia de libertar al atrevido Obispo.

Comprendiendo éste que nunca lo conseguiría, piensa en la fuga, acudiendo al alcaide Mendo de Noguero l, que con grande honradez rechaza sus promesas, pero consigue que la esclava del alcaide le escuche y sirva de intermediaria con un clérigo y un mozo de mulas llamado Ortega, que se prestan á facilitar la evasión.

Así las cosas, impacientábase el Obispo esperando el momento oportuno, y como volviera á insistir con el alcaide en sus pretensiones una mañana, agrióse la conversación hasta tal punto, que el Obispo descargó con un guijarro un golpe tremendo en la cabeza del alcaide. Cae éste al suelo, y todavía Acuña, con el propio puñal de la víctima, le apuñala y le echa encima el brasero para cubrirle y quemarle. Llama á la campanilla, entra el hijo de Noguerol, se turba el Obispo al fijarse en las manchas de sangre que llaman la atención del mancebo, y éste, que al no ver á su padre sospecha del Obispo, corre á buscar una espada; le persigue Acuña, y el joven, echando los cerrojos á una puerta, le deja encerrado; pide socorro desde el portillo, acude gente, acorralan á Acuña, que quería descolgarse por un muro, y le vuelven á su prisión.....

Amarrado con grillos el Obispo, con cadenas y esposas en las manos, seguía el proceso; pero deseoso el Rey de que se activase, no le nombra defensor y envía á Ronquillo para que, sumarísimamente, siga el juicio, falle y ejecute la sentencia. Para cumplir esas órdenes salió de Valladolid el terrible alcalde, y llegando á poco á Simancas con dos alguaciles y el verdugo..... pronto llegó al resultado por el Rey apetecido, y que ya conocemos por haberse referido en otro lugar de estos apuntes.

Sentenciado á muerte el Obispo, y cuando le conducían á la almena en que

iba á ser ahorcado, marchaba tranquilo, entonando con voz firme y segura el Miserere, escuchándole con verdadera impasibilidad Ronquillo, que acababa de sentenciarle, y presidía el cortejo.....; y así llegó el momento de arrodillarse el Obispo sobre una alfombra; rezó con gran fervor breves instantes, y volviéndose al verdugo, le dijo:— «Te perdono; procura que en comenzando apretes muy recio.» Minutos después, se balanceaba el cuerpo del aventurero Obispo en la almena á que pertenecía el cubo que le servía de cárcel, y que hoy te enseñan, no sin que sufras cierta impresión al oír al que te guía que, señalándote una puerta, te dice:— «El cubo del Obispo.»

Al día siguiente fué llevado su cadáver á la iglesia, y enterrado junto á un altar.

Puestos frente á frente Ronquillo y Acuña, sólo la suerte podía decidir la victoria de uno de ellos!

Es una escena que estremece la que representa ese cortejo, presidido por el sentenciador, que quiere ver cómo se cumple la sentencia, y escucha tranquilo al sentenciado, que con voz segura entónase á sí mismo la oración de difuntos.

¡Hombres especiales que surgen siempre en épocas de grandes movimientos y revueltas! ¡Grandes figuras, aun en medio de sus defectos y hasta de sus crímenes!

* * *

En 1570, Flores de Montmorency, Señor de Montigny, caballero del Toisón



gobernador de Tournay, en Flandes, murió en esta fortaleza.

Cuatro años antes habían enviado los flamencos á dos nobles de su partido para que expusieran al rey Felipe II los deseos de sus súbditos de los Países Bajos; pero malquistados con el Rey y muerto uno de los comisionados, que se llamaba Bergen, se decretó la prisión del otro, que no era sino el Señor de Montigny.

Dos años llevaba preso el noble flamenco, y más que nadie decía que ignoraba la causa de su prisión, cuando una mañana vió penetrar en su malsana cárcel á un alcalde, acompañado de alguaciles, que le tomó declaración. Hallábase casado Montigny con una hija del Príncipe de Epinoy, valerosa mujer que trataba, auxiliada por la reina Ana de Austria, de procurar la libertad del preso (1).

Trasladado éste desde Segovia á Simancas, hallábase una noche calurosísima de agosto con la cabeza pegada á los hierros de la ventana, queriendo ver entre las sombras de la noche la extensísima campiña que rodea á Simancas y gozar, de paso, con la frescura de las tardías ráfagas

(1) En la notabilísima obra publicada por la condesa de Siruela, duquesa de Berwik y de Alba, con el título de *Documentos escogidos del archivo de la casa de Alba*, y en la pág. 388 y siguientes, figura la sumaria que el alcaide Salazar instruyó al caballero flamenco por haber querido fugarse, ayudado de su mayordomo Pomborel y un polaco llamado Eno. Entre otros detalles curiosos, se cita el de que tenía cinco escalas, que encajaban unas en otras, y llegaban hasta la altísima ventana que pertenecía al cuarto que servía de prisión al caballero.

de viento que de vez en cuando rozaban los barrotes de su altísima ventana, cuando un golpe producido por algo que chocó contra los hierros y cayó en la celda, le hizo volverse repentinamente..... ¡¡que debe ser en las prisiones un insignificante ruido motivo sobrado para abrir el corazón á la esperanza, ó cerrarle quizás para siempre!!

Como fuera la de que hablamos, apacible noche en que la luna llenaba con su pálida luz cuanto al alcance de sus rayos encontraba, pudo el preso, á su velada claridad, coger el objeto cuya entrada en sus estrechos dominios le había tan de veras impresionado y distraído de sus amargos pensamientos.....

Contenía el objeto, una vez desempaquetado, finísima lima envuelta en una cuerda de seda, una hoja de puñal y un billete, que decía: «Ten ánimos y paciencia; dentro del pan recibirás noticias nuestras diariamente; vete limando los hierros, y confía en Dios.—Tu esposa.....»

Así pasaron varios días, y cuando ya estuvo limado el barroto; cuando un caballo le esperaba al pie del muro y varios de relevo en el camino; cuando una esbelta goleta, aparejada y lista, mecíase airosa en la bahía de Santander dispuesta á llevarle á Francia, una equivocación del panadero hace que llegue á manos de los soldados de la guardia el pan con el billete; éstos le llevan al alcaide, que traslada de prisión al caballero, y manda un propio al Rey.

Mientras galopa el correo hacia Madrid en busca de órdenes que han de encadenarle y sentenciarle á muerte, sus amigos se desesperan al no ver contestadas sus señales.

Cargado de cadenas el preso por haber cometido el crimen de rebelarse contra una injusticia que le privaba de libertad, y anunciadas unas fiebres malignas, que aseguran no haber jamás el preso padecido, al anochecer del día 14 de octubre se apearon á la puerta del castillo de Simancas el alcalde Alonso de Orellano, el cronista Fray Hernández del Castillo y el ejecutor..... No habían pasado veinticuatro horas cuando, agravadas las fiebres, le arrebató la muerte con su descarnada mano; teniendo que enterrarle casi de callada por lo infeccioso del mal.....

¡Así hacía justicia algunas veces Felipe II!....

* * *

Tiene dos puertas la fortaleza de Simancas: una, *la del Rey*, comunica por un puente de magnífica piedra—que antes de Felipe II era levadizo—con la carretera de Salamanca; y otra, que es la principal y mira al O., á la que puede llegarse desde una de las calles de la villa por otro puente de piedra que substituye al de madera primeramente construído; siendo el blasón de los Enríquez, almirantes de Castilla, grabado en piedra, el escudo de armas que el castillo ostenta.

Entrando por la puerta del O. y pasando el foso y contrafoso, unas verjas de hierro dan paso, por un troncón, al magnífico patio del castillo, y á la izquierda está la escalera que da acceso á los pisos del histórico recinto.

Colocado el curioso en la puerta principal, verá á su frente el cubo de entrada, á la izquierda el de la Inquisición y á su derecha otro, que no tiene nombre alguno, y que sirvió de prisión en tiempo de los Reyes Católicos y en sucesivos reinados.

Una vez en el piso primero, los ordenanzas que sirven á los archiveros os guiarán por aquel laberinto de escaleras y numeradas salas, entre las cuales os llamará la atención, seguramente, la del *Estado, del Patronato Real ó de los tormentos*. En su magnífica estantería se guardan preciosos documentos; conservando todavía esa tétrica estancia, las férreas argollas que servían para arrancar, al son de los chirridos de las cuerdas, que parecían protestar de tamaña barbarie, palabras de acusación para los culpables y, no pocas veces, calumnias que el dolor llevaba á los labios de los atormentados (1); y una vez llegados á la sala de *Castilla*, que ocupa la fachada opuesta á la de la puerta principal, os dirán que por un lado, y dando frente

(1) Al hablar de Ronquillo se enumeran los crueles y bárbaros tormentos que dieron al clérigo y la esclava, por haber ayudado en su intento de fuga al obispo D. Antonio de Acuña.

á la carretera de Salamanca, está el cubo del *Homenaje*, y por el opuesto, el célebre *cubo del Obispo*.

Una techumbre de plomo parece aplastar su gallardía, dice muy propiamente Madoz, refiriéndose al edificio; los troncos carecen de corona, y el principal lleva un capitel á modo de campana; algunos balcones y rejas substituyen á los ajimeces ó ventanas de medio punto, pero conserva aún su barbacana, las almenas, cubos y fosos.

El archivo encerrado en el castillo de Simancas es seguramente el más importante de España (1); componiéndose sus legajos de documentos traídos de distintos lugares, en diversas épocas, y por órdenes de varios reyes.

Don Juan II, en 1420, dispuso que el castillo de la Mota fuera destinado para guardar los papeles de interés del Reino. Enrique IV, en 1460, ordenó su remisión á Segovia y luego á Simancas; pero hasta los últimos años del reinado de Carlos V no fueron trasladadas las primeras escrituras, cabiéndole á Felipe II la gloria de haber acumulado en Simancas documentos importantes de todos sus reinos y señoríos.

Fué primer archivero de la fortaleza, nombrado por la reina D.^a Juana, el ba-

(1) Aunque de menos importancia, se consideran también como archivos generales del Reino: el de Alcalá; el de la Cámara de los Comptos, de Navarra; el de Indias, de Sevilla; y los de la Corona de Aragón, Valencia, Mallorca, Galicia y Toledo.

chiller Diego Salmerón, que ordenó los pocos documentos que del castillo de la Mota fueron trasladados; recibiendo un gran aumento en tiempo del emperador Carlos V, que obtuvo de S. S. una bula de excomunión para todo aquel que, teniendo papeles de interés general, no los entregara.

En 1516 fué nombrado archivero Diego de Ayala, en cuya familia fué vinculado el cargo, en premio al trabajo extraordinario que necesitó emplear para su arreglo, siendo descendientes de D. Diego todos los Ayalas que hasta 1815 tuvieron á su cargo el histórico Archivo.

Napoleón I, al mismo tiempo que pensaba hacer á París capital de la Europa, intentó construir á orillas del Sena un gran edificio, para que en él se custodiaran todos los documentos importantes de las naciones que iba conquistando, y así trasladó á París en 3.139 cajones, los que sacó de Viena; arrancando más tarde de Roma 102.435 legajos, y ocupándose, por el año de 1810, de los archivos de España.

El año anterior había estado Napoleón en Valladolid y dejado encargo al príncipe de Neuchâtel para que diera orden al general jefe del cuerpo de ejército que operaba por aquellos lugares, de que trasladara á Bayona todos los documentos del Archivo de Simancas.

Tocóle cumplir el encargo al general Kellerman, siendo curiosa la carta de éste á Neuchâtel, que conserva el Archivo Nacional francés, en que manifiesta ha

de necesitar muchos carros para efectuar el traslado, eligiendo, por el pronto, lo más importante para remitir en la primera oportunidad; dice también en esa carta, que existe en el castillo un cofre al que no podía tocar el archivero, bajo pena de muerte; suponiendo algunas personas, por tener la llave en su poder siempre Felipe II, que encerraría el proceso de su hijo el príncipe D. Carlos. Pero nada más inexacto que esta última versión, pues según expresa el célebre archivero francés Mr. Guiter en su *Resumen de los papeles del Archivo de Simancas*, lo que encerraba un cofre de tres llaves que nunca había abierto el archivero, y por orden de Kellerman se mandó descerrajar, era el proceso de D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias.

En 60 carros fué conducida la primera remesa el 13 de noviembre de ese año de 1810; siendo necesarios, según cálculo de Kellerman, 12.000 carros para transportar todos los papeles, por lo que, juzgando que muchos serían inútiles, remitió los índices á París.

Para hacer la debida selección vino Mr. Guiter, que encontró el Archivo sirviendo de cuartel á una guarnición francesa, que, como horda de salvajes, destruía, por el solo placer de destruir, utilizando los papeles no sólo para camas suyas, sino de sus caballos. Remitió Mr. Guiter una memoria al ministro expresando qué documentos estimaba más importantes, y aun no había recibido la contestación es-

perada, cuando, al ver rechazado al ejército francés de todas partes, mandó reunir los aprestos que estimó convenientes, y en 24 de mayo y 6 y 7 de junio de aquel año de 1811, hizo tres remesas, de 59, 53 y 40 carros respectivamente, que fueron á unirse en la capital de Francia con las de Bélgica, Holanda y Piamonte.

Cuando los aliados entraron en París, todas las naciones pidieron la devolución de sus documentos, siendo España una de las primeras en presentar, por conducto del señor Labrador, su reclamación al Príncipe de Talleyrand, encargado del Ministerio de Negocios extranjeros.

Varias conferencias tuvieron lugar para que la devolución fuera completa, no pudiendo conseguirlo á pesar de las repetidas reclamaciones que al efecto se entablaron, por entender Mr. de Montesquieu, ministro del Interior, que los papeles pertenecientes á la historia de Francia, no debían salir de su Archivo Nacional.

En 1815 llegaron á Simancas 146 cajones en que venían gran parte de los 7.861 legajos arrancados por la fuerza á su Archivo, siendo de lamentar, no sólo la pérdida de los no devueltos, sino la de aquellos que la soldadesca francesa utilizó para encender fuego, y por el repugnanté placer de destrucción.

Formando parte del Archivo Nacional francés, se hallan repartidos en 288 legajos los documentos que sustrajeron los franceses del Archivo de Simancas; comprendiéndose entre ellos: todos los Trata-

dos entre España y Francia; la correspondencia de los monarcas españoles con sus embajadores en París, y gran número de documentos de interés particular para España, como son la correspondencia de Carlos V y Felipe II con los gobernadores del reino de Aragón, y despachos de los embajadores españoles de Venecia. (1)

* * *

Bajando hacia el pueblo y torciendo á la izquierda, vas á dar bien pronto con la iglesia, hoy parroquia del Salvador, que muestra señales de corresponder á la época del Renacimiento, y conserva sólo de la antigua catedral la torre pura bizantina. Dividida la iglesia en tres naves iguales, véanse todavía antiguas capillas de fundación particular.

El retablo del altar mayor, atribuido por algunos á Juan de Jesús, fué labrado por Inocencio Berruguete y Bautista Beltrán, en 1562, según documentos del archivo de la Iglesia.

El altar de la Resurrección tiene tablas preciosas de la escuela veneciana, y en la nave derecha se admiran la verja y capilla

(1) Escribió la historia de Simancas el presbítero D. Antonio Cabezudo, en 1580, copiada y adicionada por Bachiller; y existe una historia del Archivo, del erudito secretario del mismo D. Francisco Romero de Castilla, en cuyos interesantes *Apuntes sobre el Archivo de Simancas*, he encontrado curiosos detalles que he utilizado por la autoridad que el nombre del autor y la Real orden declarándola de utilidad, le prestan.

del secretario de Felipe II, D. Juan Gallo de Andrada, cuyos restos guarda; descansando también en esta iglesia, cerca del presbiterio y en el claustro, el cadáver del obispo comunero Acuña.

Antes de salir de la iglesia, pregunta por su párroco, D. Raimundo Cuadrado, erudito sacerdote que ha escrito interesantes artículos de las preciosidades que ha encontrado en su parroquia y en su archivo, y suplécale que te enseñe la cruz de plata que se guarda en la sacristía.

Esta obra, verdaderamente notable, pertenece al estilo de transición con reminiscencias góticas, y la embellecen primorosas labores. Es de plata filigranada, siendo sus más elevados relieves los símbolos de las virtudes cardinales y Santo Tomás de Aquino; luego, un hermoso crucifijo y cuatro medallones que representan á San Agustín, San Jerónimo, la Anunciación y el nacimiento del Niño Dios, forman armónico conjunto con otros relieves del opuesto lado; y más abajo, un esbelto templete de estilo greco-romano puro, muestra seis ángeles sostenidos en seis cariátides de preciosa labor; otro templete, en que el anterior apoya, lleva por adorno los doce apóstoles sobre admirables columnas corintias, y por último, y no careciendo tampoco de bellos dibujos, se ve el asta, que todo lo sustenta.

Atribuyóse esta magnífica joya á Arfe; pero desempolvado el archivo recientemente por el Sr. Cuadrado, han aparecido los nombres de los notables artífices de

tan admirable obra, y que no son otros que los conocidos plateros de Valladolid del siglo XV, Francisco y Bernabé de Soria; y termino las noticias de la antigua colegiata, recordando que fué Silla episcopal, y primeros obispos de ella, Ildefredo y Teodiselo, en el año 959 . . .

Después de haber admirado cuanto expuesto queda, satisfaciendo así nuestra natural curiosidad, dejamos á Simancas, y mientras nos alejábamos de ella carretera adelante, de corto en corto espacio volvíamos la cabeza, con el fin de llevar de su histórico castillo impresión más duradera, por más que la recibida de los téticos recuerdos relatados, era bastante á producir en mi ánimo agradable sorpresa al no ver salir por sus portillos gentes de á caballo con algún feroz alcalde, encargado de guardarnos entre sus vetustos muros; ilusión desvanecida muy pronto al ir apareciéndonos pintoresca y alegre, desde el camino de Tordesillas, la ciudad más importante de Castilla la Vieja y del antiguo reino de León, Corte, durante muchos años, de los poderosos y altivos monarcas castellanos.





CAPÍTULO VII

DE VALLADOLID Á AMUŞCO

Cabezón.—Dueñas.—Una aventura del Rey Católico
D. Fernando I.—Calabazanos.—La ermita de Ba-
ños.—Palencia.—Fuentes de Valdepero.—Husillos.
—Monzón de Campos.

Dos días tardamos en visitar á Valla-
dolid y Simancas, y en las primeras
horas de la mañana del día 7, llegamos al
portillo del camino de Cabezón, que es
donde dimos fin (al hablar de Valladolid
en el capítulo V) al itinerario de la ciudad.
Ya en la carretera, metímonos por ella al
trote largo de los caballos, pues según
nuestros deseos, aquella misma mañana
debíamos llegar á Palencia, con el fin de
almorzar en una fonda, con preferencia á
un ventorro del camino, ¡mala costumbre
adquirida en los dos días de vida regalo-
na de hotel, que nos costó algún trabajillo
abandonar!

Después de cruzar la vía, se llega bien
pronto á Cabezón, antigua villa situada casi
á orillas del Pisuerga, y á la que pertene-
ció en remotos tiempos, en calidad de al-
dea, la gran ciudad hoy de Valladolid.

Mirando al N. se ven restos de antiquísimo castillo sobre la cúspide de un cerro, que, si no recuerdo mal, se llama de Altamira, y en el que vivió el fundador de Cabezón, Alfonso III, que por el siglo X ocupaba el trono de León; afirmándose por algunos, que en ese mismo castillo falleció Fernando I de Castilla. Luego pasó á formar parte de la dote que Alfonso VII ofreció á su mujer D.^a Leonor de Inglaterra; siendo también en esta villa donde Enrique IV juró por heredero de Castilla á su hermano el infante D. Alfonso, contra los derechos de su hija D.^a Juana, llamada por todos «la Beltraneja»; ejerciendo sobre la citada villa señorío, el poderoso hidalgo vallisoletano Juan de Vivero, que de ella tomaba el título de Conde de Altamira.

Mientras íbamos hojeando las notas en que de manera incompleta venían los anteriores recuerdos históricos, nos aproximamos á un puente de nueve ojos, que ofrece la particularidad de tener uno de madera, por no ser el primitivo y estar substituyendo al que cortaron los franceses en la guerra de la Independencia, á pesar de la heroica defensa que los vecinos de Cabezón hicieron; y cruzando la vía y después el canal, se llega á Dueñas.

* * *

Poco interesante posee Dueñas en la actualidad, y sin embargo, pocos nombres han sonado tanto en España durante los siglos XIV y XV. Hállase Dueñas situada

á la izquierda de la carretera y en la falda de una loma, viéndose desde el camino en la parte más alta del pueblo, una iglesia del período románico ojival, hacia la que dirigimos nuestros pasos; y, apenas llegamos á la plazoleta que limita la iglesia por un lado, notamos, como otros que lo hicieron constar anteriormente, que la portada, más reciente que el resto del templo, se halla adornada de arabescos; que el abside principal no guarda las formas propias del estilo bizantino, como las conserva otro abside de menor tamaño; que las molduras han desaparecido de los arcos laterales, y que está dada de cal toda la iglesia.

Entrando en ella se ven sus tres naves, y á la derecha una hilera de ventanas bizantinas, que comunican la luz del exterior. Merece una mirada la sillería del coro, debajo del que hay una capilla que tiene de curioso una urna sepulcral, salpicada de blasones.

A los lados, y en la capilla mayor, están enterrados los Condes de Buendía; el retablo del altar es gótico, con diez y ocho estatuas, sobresaliendo la que representa la Asunción de Nuestra Señora; el tabernáculo es corintio.

Sobre los nichos en que descansan los Condes de Buendía, está su escudo, rodeado de trece banderas; y en urnas doradas, enterrados D. Lope Vázquez de Acuña, conde de Buendía y adelantado de Cazorla, y su mujer D.^a Inés Enríquez.

Enfrente está el sepulcro del primer conde, D. Pedro de Acuña, vestido con

traje de armas, y acompañado de dos pajes, que respetuosamente están á sus espaldas, sosteniendo el yelmo, la espada y el escudo.

Cerca hay un convento de agustinos, y ya á la salida del pueblo, otro, bajo la advocación de San Ísidro, del siglo X, que fué de benedictinos; siendo tradicional en esa casa, que los abades dieran albergue, descanso y alimento, á los que á su puerta llamasen. Tal como hoy se ve, es del período bizantino, con pocos adornos, llamando solamente la atención el doble medio punto de la portada, y como se halla casi todo él cubierto de cal, no puede el viajero, por poco competente que sea en materias artísticas, pasar ante el convento sin condolerse de tan tremendas é injustificadas ignorancias.

En la parte más alta de la loma, véanse á trozos porciones de muralla, que señalan el lugar que ocupó el poderoso castillo, y desde allí se recrea la vista en feracísima vega, que se extiende á los pies de Dueñas, bañada por el Carrión y el Pisuerga, y formando extraño contraste con arideces de larga extensión.

Fué esta villa tan pronto de los árabes como de los cristianos, y fortificada primeramente por Alfonso III en el siglo X, que la dió el nombre que aun lleva hoy, tomado quizás de algún convento de monjas que cercano hubiese.

En tiempos de García, el hijo de Alfonso III el Magno, era un castillo tan fuerte, que cuenta la historia de Almanzor, que

ante sus muros pensó el célebre caudillo, al ver el poco fruto de los primeros asedios, que la morisma iba á detenerse en su victorioso camino.

Reinaba D. Pedro I en Castilla, cuando sirvió Dueñas como prenda de una palabra real:

Habíase casado el Rey Don Pedro con Doña Juana de Castro, estándolo ya con Doña Blanca de Borbón, y entregó, en prenda del cumplimiento de sus deberes, al caballero Enríquez, la villa de Dueñas, á que se retiró Doña Juana, desairada por su marido, llamándose hasta su muerte Reina de Castilla, á pesar de lo dispuesto por su regio esposo.

En 1367 fué sitiada y tomada por Enrique de Trastámara, que al ser rey la cedió á su dama Leonor Alvarez; siendo después de los Condes de Buendía, y pasando más tarde á los Padillas.

Aun quedan restos del palacio en que vivieron los Reyes Católicos y se casó el Católico Rey, ya viudo, con D.^a Germana de Foix, nieta de su hermana la Reina de Navarra.

Son las armas de Dueñas, tres padillas argentadas, y en la orla nueve medias lunas del mismo color; blasón impuesto por los Padillas, que la poseyeron algún tiempo.

* * *

Sabido es que D. Enrique IV de Castilla tuvo una hija de D.^a Juana de Portugal, su segunda mujer, que se llamó como

su madre, D.^a Juana, y que por suponerla hija de D. Beltrán de la Cueva, caballero del servicio del Rey, fué de todos conocida por «la Beltraneja», contribuyendo á dar fuerza al calificativo el acto del Rey en que la desheredó, cometiendo la injusticia de anteponer á sus derechos los de su hermana Isabel, luego la Reina Católica.

Como heredera del trono la citada princesa Isabel, tenía que ajustar su matrimonio á razones de Estado, y aunque desde el primer momento prefirió á D. Fernando de Aragón, rey de Sicilia, hijo de Don Juan II y luego Rey Católico, el Marqués de Villena y otros nobles por él acaudillados, inclinaron el ánimo del Rey de Castilla á que la buscara marido en Francia, Inglaterra y Portugal. Súpolo la Princesa, y auxiliada del arzobispo de Toledo, Carrillo, envió una embajada á D. Fernando, que motivó la aventura y valeroso viaje del heredero de Aragón por tierras de Castilla. Componían la embajada dos adictos servidores de D.^a Isabel, llamados Don Gutierre de Cárdenas, hidalgo castellano, maestresala de su casa, y D. Alonso de Palencia, capellán de la casa del Arzobispo, y luego notable cronista, que había sido el encargado de traer á la Infanta, de parte de D. Fernando de Aragón, el célebre collar de piedras y perlas tasado en 40.000 florines.

Llevaban orden de conferenciar con el obispo del Burgo de Osma, familiar que había sido del arzobispo Carrillo, y con

D. Luis de la Cerda, conde de Medina-celi, para que tuvieran listas: 150 lanzas el Obispo, 500 el Conde y 100 Rodrigo de Olmos, que unidas á las que trajera D. Fernando, formaran buen contingente que escoltase al Príncipe, permitiéndole llegar á Dueñas, donde había de reunirse con D.^a Isabel.

Encontraron los fieles servidores de la ilustre Princesa, al Obispo del Burgo poco animado á prestar ese auxilio, y, comprendiendo que se había pasado al bando de Villena, callaron su comisión y siguieron para el vecino reino; allí dieron cuenta de su embajada, y decidieron con el Rey de Sicilia, que éste, disfrazado de mozo de mulas, hiciera el viaje, no por la fuerza, sino astutamente.

Había que burlar la vigilancia del obispo de Sigüenza, Mendoza, después célebre Cardenal, y hombre asaz cauteloso, por lo que acometieron la empresa, disfrazados de mercaderes, Mosén Ramón de Espés, mayordomo mayor del Príncipe; su hermano el caballero Gaspar de Espés; Pedro Núñez de Vaca, y un copero del Rey, Guillén Sánchez; D. Pedro de Auñón era el guía, y mozo de mulas el célebre andarrín Juan el Aragonés.

Muchos sinsabores pasaron estos adictos y leales súbditos, temiendo á cada momento ser reconocidos por los soldados del Rey de Castilla, que de continuo se encontraban; pero tal fué su serenidad y sangre fría, que pocos días después de haber pasado por el Burgo de Osma y Gu-

miel, llegaron á Dueñas, escoltados por fuerzas del Conde de Treviño, á las que se había incorporado la de Jorge Manrique en Casas de Berlanga. (1)

Grande fué la alegría que recibió la Princesa al saber desde Valladolid que se hallaba en Dueñas su futuro esposo. Era la media noche del 14 de octubre de 1469 cuando llegaba á Valladolid el Rey de Sicilia, con sólo cuatro caballeros que le acompañaban, y entrando en la casa de Juan de Vivero con el Arzobispo de Toledo, fué señalado por Gutierre de Cárdenas, que al lado de la Princesa estaba, con estas palabras:—Ése, ése es;—de donde quedaron las SS. en el escudo de armas de los Cárdenas. Tiempo después, en el salón de honor de este palacio, se celebraron los esponsales en presencia de varios magnates. Tuvo lugar la boda en el siguiente día, y en el mismo, pasó á establecerse el matrimonio en Dueñas para más tranquilidad, pues las fuertes defensas que tenía la villa les ponían á salvo de cualquier sorpresa, y allí nació D.^a Juana, luego Reina de Portugal.

* * *

Salimos de Dueñas, ya bien entrada la

(1) «Por vez primera cruzó entonces el ilustre mancebo la línea divisoria entre Aragón y Castilla, línea que por última vez iba á ser frontera, con sólo pasarla él en aquella ocasión y por aquella causa, convirtiendo en amigos y hermanos á dos pueblos hasta entonces rivales y contrarios, cuando no enemigos.»—Victor Balaguer.—*Historia de los Reyes Católicos*.—Academia de la Historia.

mañana, pasamos un puentecillo sobre el canal, luego otro llamado San Isidro, sobre el río Carrión, y á la hora de camino llegamos á Calabazanos.

Poco ó nada notable tiene este pueblo en la actualidad, pero le daba nombre, en tiempos de Enrique II de Castilla, el convento que fundó la hija del infante D. Fadrique, duque de Benavente, que á la muerte de Pedro Manrique, señor de Amusco, su marido, profesó, siendo superiora del convento de su fundación, cuyo elevado cargo ocupó siempre una señora de la preclara familia de los Manriques.

Dícese que D. Alvaro de Luna celebró allí su boda con D.^a Juana Pimentel, hija del Conde de Benavente, siendo apadrinado por el rey D. Juan II y su esposa Doña María; y se asegura también que en tiempos de Carlos V, una partida de comuneros quiso asaltar el convento, de que era patrono el Duque de Nájera, y que como la intervención del Arcángel San Miguel impidiera la toma del retirado asilo, en agradecimiento fué fundada, bajo la advocación del Santo, la ermita que se halla dentro del huerto del convento.

*
* *

Cerca de Palencia arranca de la carretera un camino á la derecha, y siguiéndole se llega á Baños, que no ofrece nada de particular, pero que en sus cercanías luce, dándole extraordinario renombre, la célebre ermita mandada levantar en el

año 661 por el piadoso rey visigodo Recesvinto.

Cuentan las crónicas, que venía el rey citado de pacificar á los navarros, quejándose de continuo, agobiado por los dolores de un pertinaz mal de piedra que no le dejaba un solo instante, cuando al pasar por cerca de Baños de Cerrato, quiso descansar al borde de un límpido manantial que le ofrecía cristalina agua con que saciar su sed.

Por el solo hecho de beberla, se sintió el rey casi curado, y atribuyendo el milagro á San Juan Bautista, mandó erigir la ermita, que hoy todavía puede contemplarse; Amador de los Ríos, á quien consultamos de continuo, hace notar, con su erudición extraordinaria, que en esa capilla hay un arco reentrante, llamado de herradura, de los que siempre pasaron por de la arquitectura arábica, y que, sin embargo, la fecha en que fué fabricado es muy anterior á la de la venida de los árabes á España.

Es el templo de poco tamaño, y luce en el arco de entrada una cruz que parece la que usaron los caballeros de Malta.

Volviendo por el mismo camino á la carretera principal, y seguida ésta, al poco tiempo llegamos ante las puertas de Palencia.

* * *

La historia interesantísima de Palencia es la de sus obispos, que empiezan, según unos, con Bernardo en 1035—con Nes-

tor, según otros, siguiendo á Fray Gregorio Argaiz, que le supone ocupando la Silla palentina por disposición del apóstol Santiago—opinando en contra de todos los citados, Pulgar, que siguiendo á Andrés Saufai, afirma haber sido San Frontón, discípulo de San Pedro Apóstol, el primer prelado de Palencia.

Vamos á dar una ligerísima indicación de lo que en Palencia puede visitarse; ciudad cuyos recuerdos, desde la época en que la ocuparon los vácceos, en sus guerras con los romanos, en sus auxilios á Numancia la heroica, en tiempos del Cid, de Alfonso VIII y de los Católicos Reyes, llega á lo más alto de la gloria, cantando siempre la fama sus constantes victorias é inmenso poderío.

Quizá en los comienzos del siglo X y por orden de los Condes de Villafruela, se comenzase la reedificación de la ciudad (que destruyera la morisma), al mismo tiempo que se levantaba el monasterio que iba á rivalizar con la futura Catedral, hasta desaparecer por no poder resistir la competencia; y posible es también, que esa orden de los citados Condes obedeciese á la conquista de Talavera, que tuvo lugar en 921, y en cuya refriega hubo de quedarse tuerto, manco y medio tullido, su hijo, el arrogante Conde de Campoerolio y de Liévana.

Allí, á orillas del Carrión, se edificó por segunda vez Palencia, y en ella erigió Alfonso VIII, la primera Universidad de España, que á no haber adquirido la de

Salamanca tanta importancia, aunque con posterioridad fundada, hubiese dado á Palencia gran resonancia entre las ciudades castellanas.

Enrique I, en julio de 1217, murió en el patio del palacio, cuyo recinto aun puede verse.

Hospedábanse el rey Enrique I y Don Alvaro de Lara, que con amenazas había arrebatado á D.^a Berenguela la tutela de su hermano, en el palacio del Obispo, cuando una tarde que el primero jugaba en el patio, una teja, desprendida por el viento, le dió en la cabeza y le mató. Doña Berenguela, sabedora del suceso, manda un propio á su marido el rey de León, pidiendo le envíe á su hijo Fernando. Apenas llega éste, sale del fuerte de Austillo, donde se había retirado con su hermana Leonor, luego Reina de Aragón; marcha á Palencia y le proclama Rey. Este niño había de ser más tarde el rey Fernando III, el que iba á ser conocido en la historia con el calificativo de «Santo», y que tanta gloria había de dar á los reinos unidos de Castilla y León, que de sus padres heredara.

En Palencia vivieron muchos reyes, y toda su menoría el Rey Emplazado, que la hizo gran merced. Y en su tiempo fué asesinado, al doblar la esquina del palacio, y, según se dijo, por los hermanos Carvajales, el Señor de Benavides, siendo despeñados los Carvajales por las graníticas rocas de Martos, y emplazado por ellos el Rey, que murió al mes de la ejecución,

recibiendo de ese suceso el calificativo con que la historia le conoce.

Hoy poco notable encierra la ciudad, pues que casi todo, derruido ó modificado, ha ido perdiendo el sello que tuviera, y tomando el que el tiempo va imprimiendo con su férreo cincel á lo que abandonado á su merced se deja.

La célebre puerta de Monzón, con sus dos entradas, de épocas por cierto bien remotas, ha desaparecido de los muros, que también faltan en su mayor parte.

El antiguo é histórico palacio de Don Sancho, que da nombre á la calle en que está situado, es casa particular hoy; y el Museo municipal es digno de visitarse, por encerrar magníficos ejemplares de armas romanas y objetos antiguos, que se encuentran de continuo en un montículo cercano á la estación.

Es curiosa la casa del Cordón, contigua á un hermoso templo gótico y romano, que se llama de San Miguel, y del que cuenta la tradición que en su estrechísima escalera se sostuvieron dos asilados una noche, contra numerosas fuerzas de la ciudad, que les sitiaban.

Es esta iglesia el más antiguo y original monumento de Palencia, remontándose su fundación á los tiempos de Miro de Aldobáldiz.

La torre, de posterior época, único tipo quizás en su género por la maravilla de equilibrio que representa, por su arrogancia, majestad y valentía, hállase en ruinas desde el terremoto de 1755, y es verda-

deramente tan digna de estudio, como censurable que quien deba mirar por la conservación de los pocos primores que en España quedan, no dirija una mirada inteligente hacia esa torre, cuyos absides, formando la parte más primitiva de él, le rodean en conjunto pintoresco.

Pasando á la Plaza Mayor, se ve el convento de *San Francisco*, del siglo XIII. En él estuvo enterrado D. Tello, hijo de Alfonso XI, pero ha desaparecido á la fecha su sepulcro.

De la capilla mayor era patrono el obispo de Astorga, D. Juan de Castilla, tercer nieto del rey D. Pedro I; y tenían en él enterramiento los Sarmientos y Osorios.

El convento de religiosas de *Santa Clara*, del siglo XIV, mandado construir por Doña Juana Manuel, mujer de Enrique II, y mejorado con espléndidas donaciones por el almirante Alonso Enríquez (1) y su mujer, la rica-hembra Doña Juana de Mendoza, debe visitarse para admirar la notable imagen del Cristo de la capilla del Bautista, y la capilla del célebre paladín D. Bueso.

El convento de *San Pablo*, de domini-

(1) Este D. Alonso Enríquez, era hijo del infante D. Fadrique, Maestre de Santiago, asesinado por su hermano el rey D. Pedro I de Castilla, en Sevilla, á causa (dicen los que tratan de rehabilitar la memoria de D. Pedro), de haber llegado á su noticia que Don Alonso Enríquez había sido habido por su mujer la reina D.^a Blanca, en incestuosos amores con su hermano D. Fadrique.

cos, pasaba por ser la primera fundación que en la Península hizo Santo Domingo, por el siglo XIV, en agradecimiento á la hospitalidad que le prestaron los palentinos, que conservaron hasta hace pocos años una casita que se mostraba como vivienda del Santo.

En este convento se reunieron las Cortes varias veces, campeando las armas reales; y dícese que estuvo enterrado un nieto de Alfonso el Sabio, hijo de D. Fernando de la Cerda y de D.^a Blanca (vulgarmente conocida por «la Palomita»). Reconstruido el templo por el Marqués de Poza, se ven hoy las estatuas orantes de los Sarmientos y los Rojas, y llama poderosamente la atención el espléndido mausoleo del renacimiento, en que está enterrado el primer Marqués de Poza al lado del Evangelio, de Berruguete, atribuyéndose á Pompeyo Leoni el de la Epístola, en que se guardan las cenizas del tercer Marqués y de su mujer D.^a Francisca Enríquez.

La portadita de la iglesia del convento de *Bernardas*, es un bonito ejemplar del renacimiento; y debe también dirigirse una mirada á la iglesia parroquial de San Lázaro, digna de mención por el recuerdo del Cid, que en 1090 fundó allí mismo, sobre el solar conocido por «del Cid», un hospital de leprosos, que más tarde dotó su pariente Alonso Martínez de Olivera, y en que es digno de mención un cuadro del retablo, que representa á la Sagrada Familia y es obra de Andrea del Sarto.

Por tortuosas calles se llega á la plazuela de San Antolín, llamando en ella poderosamente la atención una de las fachadas de la *Catedral*, que es seguramente el monumento más curioso y notable de Palencia.

Hállase relacionada la fabricación de ese monumento con curiosas tradiciones y novelescas leyendas, entresacando de cuanto sobre ello se ha escrito, lo siguiente, que pasa por ser lo más verídico:

Cazaba por los despoblados de Palencia una tarde del otoño de 1017 ó 1030, el rey de Navarra, Sancho el Mayor, cuando, llevado en rápida carrera tras un jabalí que había herido, fué á parar á una cueva, cuya entrada ocultaban espesos matorrales.

Era valiente el rey Sancho y un tanto irreflexivo, por lo que se internó en un pasadizo de la cueva, que le condujo á un lugar espacioso que alumbraba una luz mortecina.

A su claridad vió á la fiera acurrucada en un ángulo, y levantando el arma para lanzar un punzante venablo que la rematará, quedóse sorprendido al sentir inmóviles sus brazos.

Aparta entonces la vista del animal, y dirigiéndola instintivamente á la luz, vió que alumbraba á un altar dedicado á San Antolín, y comprendiendo entonces que la ofensa al Santo era la causa del castigo, cayó de rodillas ante la imagen, prometiendo que sobre aquella capilla soterránea, restos de la Palencia destruída por los

árabes y muestra de fe en período de turbulencia y continuadas luchas, edificaría un templo suntuoso dedicado al Santo á quien allí se rendía misterioso culto.

Este es el origen que la mayoría de los que se han ocupado del asunto dan á la iglesia, transformada más tarde en Catedral por los obispos Bernardo y Ponce, que no satisfaciendo las necesidades para que fué creada, tres siglos más tarde se ha ido convirtiendo en la que hoy ves.

Fué esa primitiva Catedral de las primeras fundadas en España, y celebrados obispos de ella San Conancio, maestro de San Fructuoso; Murila ó Maurila, que asistió al Concilio III de Toledo (589), y Ascario, que fué uno de los asistentes al VIII (653), en cuya época dícese que trajo Wamba de Narbona las reliquias de San Antolín.

Por aquellos tiempos era tal la importancia de la Silla de Palencia (según Simón y Nieto en *Los Antiguos Campos Góticos*), que su jerarquía seguía á la Primada, teniendo atribuciones hasta para consagrar obispos, convocar concilios y hacer oír su voz y dar su voto la primera; siendo Baroaldo el último obispo que se cita de esta época visigótica.

Más tarde, en tiempos de la reconquista, hicieron á la Silla de Palencia grandes donaciones Alfonso VI, VII y VIII; siendo la vieja Catedral el lugar escogido por Alfonso VII, en 1155, para armar caballero á su hijo Fernando, que había de ser rey de León más adelante.

Años antes había bajado á rezar á la cueva de San Antolín, Pedro, obispo de Osma, y como de repente se apagaran las luces, pidióle al Señor que volvieran á lucir sin extraño esfuerzo, si eran verdaderas las reliquias del Santo, y como apenas hecha la petición volvieran á encenderse, la fama del milagro aumentó la de San Antolín.

Al comienzo de este capítulo, señalé como una de las causas de la fundación de Palencia, la devoción de los Condes de Villafuella, que al mismo tiempo, erigieron una Colegiata á la que donaron grandes riquezas. Estaba habitada por jacobitas, y eran continuas sus pependencias con el cabildo de la Catedral, y aun entre estas corporaciones y el Consejo de la ciudad, ocurriendo en 1319 que Alfonso XI condenó á muerte á 40 caballeros—de los principales de Palencia,—por las injurias que hicieron al obispo Don Gómez, cuya mula fué detenida, escarnecido el prelado y herido con piedras en su huída.

Hállase emplazada la nueva Catedral entre dos amplias plazuelas, y tanto la fachada que da á la de San Antolín, como las otras, ofrecen á la vista, en su extensión mayor, muros lisos, construcción pesada, y todo el edificio una disposición original con respecto á la ciudad, á la que vuelve las espaldas. Nótese—siempre desde afuera—que en la obra intervinieron varios arquitectos en distintos siglos, pasando en los tres que la fabricación duró, desde el estilo ojival—por todos los pe-

ríodos de su transformación—hasta el del renacimiento.

En la puerta llamada del Obispo, por la que es tradición que entre el prelado y que aparece al exterior como la parte más rica, tal es la profusión en ella de arcos, adornos, flores y estatuas, se ven seis arcos en la archivolta, y en sus enjutas se labraron los escudos de D. Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Santillana, nieto del primero de ese título, de D. Íñigo López de Mendoza, conde de Saldaña y de Fray Alonso de Burgos.

Otra puerta curiosa es la de los Novios, con ojiva de cuatro arcos, de follajes y calados, viéndose en el eje de la puerta, y á la altura de un friso de arcos de círculo, el escudo del cabildo dentro de una corona, y á la derecha é izquierda, respectivamente, las armas de Fray Alonso de Burgos y de D. Diego de Daza. Recuerda esta puerta un matrimonio, famoso por que terminó las contiendas de dos antiguas familias, y es el de Enrique III con Catalina de Lancaster.

La puerta de los Reyes, fórmala un gran arco ojival, que alcanza la altura de las naves bajas de la iglesia, y la completan otros cinco.

Otras puertas de menor importancia se ven á lo largo de la irregular fachada, y como ya nos aguijoneara el deseo de curiosear el interior de aquella gran mole, entramos por la puerta de los *novios*, y admirando la grandiosidad del templo y sus curiosas naves de tan original manera

dispuestas, entramos en la capilla del *Sacramento*, del sagrario parroquial ó de los curas, que ocupa el ábside.

Cierra la capilla, por la nave central, una primorosa verja, en cuyo remate hay una imagen de Jesús de la Cruz, viéndose también en el mismo remate las armas del cabildo y de Fray Alonso de Burgos. Un arco de precioso estilo gótico da á la misma nave, y encima campean las armas del obispo Fonseca, maestro que fué de Carlos V. El retablo es del siglo XVI, de mediano gusto del estilo plateresco, viéndose bajo el arco de ingreso del lado del Evangelio, el sepulcro de D.^a Inés de Osorio, con reja, escudos de roeles y lobos, yaciendo sobre él la estatua de la ilustre dama allí enterrada, que dejó sus bienes á la Iglesia, y tenía en Palencia suntuosa mansión, que se llamaba la casa del Paso, heredada de sus ascendientes, cuyos escudos, enlazados en el lugar de su enterramiento, señalan á las muy altas familias de los Castros y los Osorios.

También descansan en esta capilla los restos de los canónigos Juan Pérez de Santoya y Pedro Benito, que hicieron grandes donaciones á la Catedral.

Se asegura por algunos, que yace en esa capilla D.^a Urraca, la Infanta de Castilla, bastarda de Alfonso VII (habida en sus amores con la bella Gontrode, hija del conde asturiano Pedro Díaz), que casó con el rey de Navarra, García Ramírez, recibiendo á su viudez, el señorío que de sus abuelos maternos heredara, y cuéntase

que ya con el hábito religioso, hizo una vida ejemplar, falleciendo en el Monasterio de Benedictinas de la Vega, fundado por su madre D.^a Gontrode. Por otra parte existe un documento de D.^a Urraca en el Monasterio de Santa María de Sandoval, en León, expresando su deseo de ser allí sepultada, y otros en que constan grandes donaciones, conservándose en el centro de la sala capitular, una urna lisa, de piedra, donde dicen que descansa la hija de Gontrode. Pero otro documento de 1346, del archivo del Cabildo de Palencia, dice que en la capilla parroquial del antiguo templo estaba sepultada la referida princesa. Sabido todo esto, yo aconsejo al lector que mire al intercolumnio próximo al sepulcro de D.^a Inés de Osorio, y en la parte alta verá una caja de madera oscura: allí descansan los restos de D.^a Urraca—la que corresponde á Palencia,—leyéndose debajo del arca lo que sigue: *Aquí reposa la infanta D.^a Urraca, mujer del rey de Navarra é hija del Emperador Alfonso VII, que murió el 12 de octubre de 1189.*—La mayoría de los que se han ocupado de este asunto, se inclinan á creer que es en esa arca donde está la momia de la princesa que se cita, y que sean, la hija de Alfonso VIII, luego reina de Portugal ú otra infanta de Navarra de ese nombre, la que descansa en las otras.

Cuando la capilla del Sacramento era la Mayor, ésta era el Coro; hoy ha pasado la Mayor á ser la del Sacramento, y la del Coro á ser la *Mayor*, con una hermosa

reja y un magnífico retablo en que se ven las armas del arcediano Villamartín, arriba, y las del obispo Daza, en la parte inferior. La verja lleva dos púlpitos y termina en el centro con el escudo del obispo Rojas, y á los lados con los del dean Gonzalo Zapata.

En los costados de esta capilla, por la parte exterior está el enterramiento del dean Rodrigo Enríquez, hijo del almirante de Castilla D. Fadrique, teniendo la estatua, que es yacente, un paje y un perro á sus pies. Inmediato á este sepulcro y bajo un arco, hay una hermosa tabla de Berruguete.

Un poco más adelante está el sepulcro del abad de Husillos, D. Francisco Núñez de Madrid, del estilo gótico. Un ángel sostiene la inscripción, por la que vendría á conocerse la sepultura, si el exceso de encajería y adornos no te la señalara desde luego.

Por el otro costado exterior de esta capilla, verás el sepulcro de D. Diego Guevara, abad de Campos, con su estatua yacente y sus escudos de armas.

Descritas las capillas del Sacramento y Mayor, vamos á recorrer las laterales, empezando por la de *San Pedro*, á la que se llega después de pasar por el altar de *San Martín*,—que está en la Girola y que perteneció á D. Martín Pradera, secretario de Felipe III,—sin que nada curioso ni notable llame la atención, ocurriéndote lo mismo en la capilla de San Pedro, en que yace el arcediano de Carrión, Gaspar de

Fuentes, que la arregló á sus expensas.

La de *San José*, llamada de las Once Mil Vírgenes, se arregló á costa del canónigo Villamartín, capellán de la Reina Católica, yaciendo en esta misma capilla el obispo Juan de Castromocho, José Luis de Mollinedo y D. Francisco Xavier Almonacid.

Pasando frente á la antigua capilla del *Monumento*, que no ofrece nada de particular, llegas á la de *Nuestra Señora la Blanca*, en que está enterrado D. Alfonso Rodríguez Girón, arcediano que fué de la villa de Carrión; D. Pero Ferrs, D. Alonso Díaz de Támara y el obispo D. Juan Lozano y Torreira.

La de San Isidro ó *San Miguel*, se distingue por la reja gótica, fabricada á expensas del canónigo Díez de Mata, que allí yace, y la de *San Cristóbal* ó Baptisterio, en cuyo centro está la pila de agua bendita, tiene una mesa en uno de los costados, sobre la que oraba Santo Domingo, y se asegura que fué traída de la casa que en Palencia sirvió de habitación al santo.

En la nave del Evangelio están las capillas, de *San Sebastián*, donde están enterrados Gómez-Fernández y María Juárez de Torres, su mujer, ostentando sobre la lápida sus blasones, y otro enterramiento de D. Juan Gutiérrez Calderón, que tampoco ofrece curiosidad alguna.

En la capilla de *San Jerónimo* están sepultados D. Jerónimo de Reinoso, canónigo de la Catedral, que trajo las reliquias de San Antolín, y luego obispo de Córdoba,

secretario de Pío V y abad de Husillos, adonde fué á visitarle Felipe II, y D. Martín Alonso de Salinas, y en época reciente, á mediados de siglo en que falleció, Don Jerónimo Fernández, obispo de Palencia.

También se ve en esa capilla una piedra, formando pila, que dicen es un trozo de la en que se bautizó Santo Domingo, rodeada de una verja.

Viene luego la capilla de la *Concepción*, en que se custodian los huesos de dos de los primeros prelados de esta iglesia, Raimundo II y Alderico, que fueron encontrados al derribar un muro de la antigua fábrica, yaciendo también en esta capilla el obispo Laborda.

En la de *San Fernando* está enterrado el canónigo Salazar; y el notable historiador de Palencia, canónigo del Alcor, Don Alfonso Fernández de Madrid, yace en la capilla de *San Ildefonso*, cuyo retablo es del mejor gusto del renacimiento, siendo las armas de los Manriques las que, como fundadores, lucen en la capilla.

En la de *San Gregorio* hay dos retablos del gusto plateresco, dedicadas á San Gregorio el uno y á San Cosme y San Damián el otro, viéndose bajo un gran arco sepulcral del renacimiento, una estatua yacente del canónigo Arce, y en otra parte de la misma capilla el enterramiento del canónigo Juan Díez de Torquemada.

La capilla de Santa Lucía guarda los restos del obispo D. Buenaventura Moyano y del canónigo Rua Bustamante. Es

patronato de la familia de Rivadeneira, y tiene en su testero un cuadro de Santa Catalina, de Zurbarán; y de forma octógona, dando frente á la nave del Evangelio y guardando los restos de Juan de Herrera, se ve la capilla que fué de las reliquias, y que es hoy del *Monumento*.

Entre las puertas de los Novios y la del Obispo, está emplazada la *Sacristía* de la Catedral, en que yacen Juan Alfonso de Orihuela y D. Lope de Tamayo; y de las dos puertas en comunicación con el claustro, una lleva la imagen de Nuestra Señora, que perteneció á la antigua Catedral, y otra, entre adornos y dibujos, las armas del obispo Mendoza, hijo del Conde de Cabra.

El *coro* tiene una preciosa y magnífica reja con medallones en la base, ángeles, y dos inscripciones en memoria de las visitas que hicieron á Palencia el Papa Adriano y el emperador Carlos V, llevando las armas de los Cabeza de Vaca, por haberse fabricado á expensas de un obispo de ese apellido que fué enterrado allí.

En el coro y trascoro se repiten las armas de Fonseca, lo mismo que en la parte exterior y nave del *Evangelio*, donde se ve un altar patronato de los Duques de Abrantes, y no lejos, un Cristo de gran veneración, que se llama «de las Batallas.» En la nave de la *Epístola*, y al extremo de la línea imaginaria que atravesando el coro partiera del altar del Cristo citado, hay otro que representa la Visitación, donado por el prior D. Juan de Ayllón, cam-

peando también por este lado los escudos de Fonseca, siendo los de la familia Sarmiento los que aparecen en las enjutas sobre el retablo que figura á San Pedro y San Pablo.

El púlpito del trascoro es de madera, de preciosa talla, y fué copiado por Gustavo Doré, ostentando en uno de los medallones el escudo del obispo Cabeza de Vaca. Un cuadro que representa «la compasión de Nuestra Señora», que tiene á sus pies un obispo (retrato de Fonseca), es seguramente obra de algún notable pintor del siglo XVI.

Antes de pasar á la sacristía, y por una escalera que hay delante del trascoro, debes bajar á la capilla ó *cueva de San Antolín*: en ella hay un pozo cuyas aguas ha hecho milagrosas la fe del pueblo palentino.

En la *sala capitular* hay una magnífica colección de tapices flamencos, la imagen de plata de San Antolín, que guarda á su espalda hermosísimos ornamentos, cruces y candeleros de plata, los ternos regalados por los obispos Zapata y Cabeza de Vaca, una arqueta arábica de marfil del siglo XI y la custodia de plata de Juan de Benavente.

Y terminando aquí esta ligera indicación, bastante para el que como curioso recorra la Catedral, dejando al que mire no con el apresuramiento de unas horas, sino poco á poco y al detalle este suntuoso templo, que busque quien más detalladamente le dirija (1), volvimos á la fonda,

(1) Aconsejo al lector la obra titulada *La Catedral de Palencia*, del notable y erudito arquitecto D. Juan

mandamos enganchar los caballos, y caía la tarde cuando nos metimos de lleno por tierra de Campos, de la que antiguamente se decía: «No se llama Señor, quien en tierra de Campos no posea un terrón.» (2)

*
* *

Salimos de Palencia á la caída de la tarde y con una temperatura muy agradable, pues gracias á unas nubes que se interponían al sol, no era éste todo lo molesto que suele ser cuando hiera con toda su fuerza el polvillo blanco de las carreteras, cegando al viajero con su extraordinario brillo.

Cruzamos la vía férrea, y después de subir una cuesta que tiene en su cima la señal del kilómetro 241 á Madrid, seguimos hasta divisar una mole gigantesca, á la derecha de la carretera, y que no era sino el castillo de Fuentes de Valdepero, nombre que lleva el pueblecillo que se extiende por el lado N. del castillo, y que parece haber buscado en la proximidad de este coloso, condiciones de vida, toda

Agapito y Revilla, cuya cortesía le llevó á rectificar mis notas, sin que yo tuviera el honor de conocerle, cumpliendo un deber de gratitud al hacer aquí de ello pública manifestación.

(2) Esta tierra de Campos (antiguos campos góticos), comprendía los primeros límites que tiene Castilla, y aun hoy se conservan, además de las que figuran en el texto, villas, pueblos y ciudades con castillos, palacios ó iglesias tan importantes como las de Autillo, Santa Cruz de Zarza, Belmonte, Paredes de Sirga, Carrión de los Condes, Castromocho, Rioseco, Peñaflores, Espina, Torrelobatón, Paradilla, Sahagún, Villalcázar, Aguilar de Campos, Montealegre, Palacios, Villagarcía, Ureña, Fuentes de D. Bermudo, etc., etc.

vez que fundado en aquellos tiempos de lucha que dieron al siglo XI y siguientes característica marca, hubiera pasado con facilidad de unos á otros conquistadores, si su inexpugnable guardián no le hubiera defendido, quizás solamente con su aspecto de gigante.

Fué el castillo que nos ocupa, construído allá por el año 1000, según algunos, y hecho cargo de él la familia de Santa Marta; pasó luego á los Sarmientos, y por los entronques de éstos con los Albas, hubo de pertenecer también á esta nobilísima familia, que llegó á ser tanto como los mismos reyes en aquellas épocas gloriosas en que conquistaba reinos á su patria. Pasó luego el castillo á Pedro Ansúrez y Don Pero Palencia, hijo de Fernán González, más tarde á los Castros y luego á los Sandoval, volviendo á ser otra vez de los Sarmientos.

En 1530 fué vendido á los Acevedos, y éstos se lo cambiaron por otros lugares á Pedro Enríquez, al cual concedió Felipe II el título de Conde de Fuentes de Valdepero, que hoy, entre otros muchos condados, figura en la lista de los pertenecientes á la casa ducal de Berwik y de Alba.

Fué construída la fortaleza para defender la villa de los ataques de los leoneses.

Ya en tiempos de las comunidades, fué sitiada por Acuña—el Obispo comunero cuya ejecución en Simancas hemos recordado al hablar de esa fortaleza;—pero

todos sus esfuerzos se estrellaron contra sus sólidas murallas. (1)

Tiene esta notable fortaleza 80 pies de altura, 130 de largo y 114 de latitud. Un gran pozo inagotable que existe en el centro del patio, le ha permitido, satisfaciendo la sed de la guarnición, defenderse hasta cansar á los sitiadores.

En los cuatro extremos, otras tantas grandes columnas macizas, con sus torreonnes ceñidos de matabanes que llevan por remate coronas condales, le dan extraordinaria apariencia, y en la parte superior del edificio lucen pequeñas almenas que, adornándole, hacen sumamente vistoso su aspecto. En la fachada meridional se ven algunas ventanas ojivas.

Al pie de la columna que mira al E. se ven los escudos de armas de los Sarmientos, con preciosas molduras; en el espacio por ellos comprendido, era donde lucía una espada de acero, que se dice ser la del Conde de Saldaña, padre de Bernardo del Carpio. Parece que al removerla apareció un pergamino enrollado en el pomo; y dicen los habitantes del pueblecillo, que cuando con alguna piedra se hacía vibrar la hoja, se oían ruidos siniestros..... pero nadie sabe por qué estaba allí, ó cuál era su misión. En el extremo N. tenía unas magníficas habitaciones que hoy se hallan ruinosas, pero hacia el S. están medianamente conservadas. Tiene una parte

(1) Simón y Nieto, en los *Antiguos Campos Góticos*, dice que logró conquistarle.

subterránea, piso bajo, principal y boardillas.

Puede asegurarse que antes del descubrimiento de la pólvora, era completamente inexpugnable; la verdad es que al pie de sus altísimos torreones se siente extraña impresión, al contemplar tan inmensa mole, sin un solo saliente, casi sin ventanas, asemejándose á gigantesca piedra abandonada á un lado del camino.

* * *

A la izquierda, á poco de dejar á Valdeperos, se aparta de la carretera del N. el camino que va á Husillos, situado al otro lado del Carrión.

Recorrido en bien corto tiempo, llegamos delante de la iglesia parroquial, que sirvió de Colegiata hasta mediados del siglo XII, en que fué trasladada á Ampudia. Se supone que existía desde los tiempos de Ramiro II, y se cuenta que reinando Sancho el Gordo, acudió á su esposa D.^a Teresa un Cardenal llamado Raimundo, en demanda de sitio donde guardar las reliquias que del Papa había recibido, y como la Reina le indicare como muy á propósito la iglesia de Santa María de Defensa Brava, hoy Husillos, allí fundó una Colegiata, siendo Raimundo el primer abad, y protegida la iglesia por reyes y magnates.

El edificio que hoy se ve es del siglo XII. La portada, de estilo ojival, con arcos decrecientes; las ventanas de la clara-boya, apuntadas, y las de la torre, bizanti-

nas. En el interior se ve una sola nave baja, y el mayor mérito de la iglesia consistía en un precioso tesoro, que ha desaparecido y que se componía de un trozo de *lignum-crucis*, una espina de la corona del Redentor y un pie de San Lorenzo.

La Colegiata fué trasladada á Ampudia en el siglo XVII.

En esta abadía estaba el notable sepulcro pagano que parecía representar la muerte de Agamenón y de Casandra, sin que nadie sepa cómo llegó ni por qué se conservaba en ese templo, y que en la historia de Valladolid, de Juan Antolínez de Burgos, se dice pertenecer á los ascendientes del conde D. Pedro Ansúrez, pudiéndose admirar desde 1872 en el Museo Arqueológico.

Esta abadía conserva un relicario de cobre, que tenía leche de la Virgen, de gran valor y estimación por sus esmaltes; figuró en la exposición colombina, y es del estilo de transición.

Por el año de 1088 se celebró en la Colegiata un numeroso concilio, presidido por el legado apostólico, Ricardo.

Fué Husillos de la familia Sarmiento, y por haber casado una descendiente de esa familia con un Alvarez de Toledo y tenido un hijo—sobrino por línea paterna de D. Gutierre—pasó el señorío á la casa de Alba de Tormes en 1429.

* * *

Volviendo á desandar el camino, llegamos á la carretera de Palencia, y siguién-

dola hacia el N., encontramos bien pronto la villa de Monzón de Campos, en cuyo castillo—uno de los más importantes de la antigüedad, tan importante como que por la época del suceso que voy á referir estaba encargada su custodia á Ansur Fernández, conde de Monzón, suegro de Sancho I y el primer magnate de su tiempo en Castilla—se refugiaron los Velas, después de haber asesinado á García II, conde de Castilla é hijo de Sancho, á quien su matador Rodrigo Vela, había tenido en la pila bautismal.

El Conde Sancho había arrojado de Castilla á esta familia de los Velas, y Alfonso V les había concedido terrenos en sus estados de Asturias. Era el año de 1029 y el joven Conde García pasaba á Oviedo por León, para concertar con Bermudo el matrimonio que con su hija Sancha debía celebrar, cuando sabedores los Velas de la llegada de García á León y de la ausencia de Bermudo, levantan su gente y entran en esa ciudad. Hallábase el Conde castellano en el templo de San Juan Bautista, cumpliendo devoto ofrecimiento, y allí le fué á buscar el odio de sus enemigos.

A la salida del templo caen sobre él los conjurados, y su padrino de pila, D. Rodrigo, descarga el primer golpe sobre el joven Conde, que cayó rodando á los pies de los antiguos servidores de su casa.

Enterados del terrible suceso los leoneses, se amotinan para vengar á García, y los Velas van á refugiarse al castillo de Monzón; ocurrió esto el 13 de mayo del

citado año de 1029, y pasando á poco el Conde de Navarra, que acudía á tomar posesión de su nuevo estado, noticioso por el buen alcaide de que los Velas se hallaban en el castillo de Monzón, se dirige á él y degolló á sus defensores, quemando vivos á los asesinos de García, en una hoguera, ante los mismos muros del castillo; y es tradición, que por aquellos trozos de ruinas, ante los que te detienes al pasar, vagaban las almas de los Velas, cuyos gritos de horror, cuentan que durante muchos años siguieron escuchándose todos los meses, el día cuyo número correspondía al en que tuvo lugar el acto vengativo del Conde de Navarra.

En ese castillo, cuyas ruinas aun pueden contemplarse (1), se casaron la reina D.^a Urraca y D. Alfonso de Aragón. Allí estuvo refugiado D. Pedro de Lara, amante de la misma citada Reina, ó quizás su misterioso esposo.

En Monzón, cuentan que entró el Cid, y á la vista de los aliados, á pesar de que Sancho había jurado que nadie sería osado de hacerlo.....

La carretera atraviesa al pueblo, y entre las casas que se ven á sus lados, muéstrase, con grandes desperfectos, rodeado de murallas con arcos de medio punto y la-

(1) Según Simón y Nieto en su obra *Los Antiguos Campos Góticos*, hoy corre el río por donde estaba emplazado el antiguo castillo, y precisamente entre sus ruinas encontraron unos labradores un león de bronce con inscripciones de la primitiva escritura cúfica de los árabes; fué adquirida por el pintor Fortuny y llevada al Museo Británico.

bores de otros estilos, el antiguo palacio de los almirantes de Castilla, que en sus bóvedas de crucería lleva los escudos de los Rojas, los Enríquez y el del Marqués de Astorga, de la casa de Altamira.

Seguimos carretera adelante en dirección al N., y ya era bien cerrada la noche cuando las sombras del pueblo de Amusco nos hicieron detener.





CAPÍTULO VIII

DE AMUSCO Á ALAR DEL REY

Amusco.—Frómista.—Osorno.—Alar del Rey.—Pepino.

Si alguna vez os ocurre pasar por Amusco, no entréis en la posada que, á pocos metros de la carretera general y á la derecha del camino que conduce al pueblo, se destaca como única vivienda de ese barrio extremo.

Todo es negro en aquella posada y todo, por consiguiente, tétrico; así eran las caras de los posaderos, el aspecto de los labradores que jugaban al *mus*, sentados alrededor de una mesa de madera ennegrecida por la suciedad y el humo del fogón, cuyo olor, mezclado con el pegajoso del aceite, resultaba repugnante.

Habíase roto un farol del coche, y mientras los criados llevaban á la cuadra los caballos y la posadera perjeñaba la frugal comida que habíamos encargado, de-

cidimos llevarle á la estación del ferrocarril para que el jefe de ella lo enviara á Madrid, ¡que son mejores, más rápidas y más baratas las composturas en la corte, que en la capital de Santander!

Estaba lejos la estación, y la patrona nos ofreció la compañía de un hijo suyo, como seguro guía que nos habría de conducir en breve tiempo á la estación por entre aquellas callejuelas.

Era el tal chico un galopín de como diez años, que sabía cuanto saber se puede á esa edad, pero que con inocencia de niño, nos fué relatando por el camino, mientras abría y cerraba la portilla del farol, que en el pueblo había viruelas negras y anginas malignas, y que él mismo las había tenido de las últimas, razón por la que no iba á la escuela, y esto le proporcionaba ratos de solaz por las callejas, de que antes no gozaba, encerrado á todas horas en el caserón donde aprendían á leer y escribir, los niños de la villa de Amusco.

Grande fué nuestra sorpresa al escuchar al chico, y puede el lector figurarse lo poco triunfal que sería nuestra entrada cuando de vuelta penetramos en aquel tugurio, después de saber que se cernían sobre nosotros las dos enfermedades más sucias y terribles que la humanidad puede padecer.

A poco de llegar trajéronnos la cena; mandamos retirarla y que nos pasaran por agua unos huevos, y después de pensarlo mucho, echamos á suertes las dos camas que en el espacioso dormitorio había, pues

en una de ellas supimos por el rapazuelo, que había pasado las anginas.....

Poco curioso tiene que ver el pueblo, á no ser la iglesia parroquial de San Pedro Apóstol, en el centro del pueblo, de piedra, y de tan enormes proporciones, que era conocida por «el pajarón de Campos», teniendo su nave central 150 pies de largo, 85 de latitud, 110 de alto y 150 la torre. Dice el erudito Madoz, que en toda Castilla no hay un altar tan grande como el que se ve en ese templo, apenas franqueada su inmensa puerta bizantina. Ocupa todo el frente y toda la altura el retablo, que es de madera sobredorada, y tiene nichos en que se hallan todos los Apóstoles, en figuras atléticas, ocupando el centro San Pedro, que parece presidir esta gigantesca apostólica asamblea.

En el presbiterio estaban los sepulcros de los Manriques de Lara, y se asegura que hoy descansan sus restos en una capilla absidal que está cerrada; y á 100 metros del pueblo existe una gran ermita bizantina, pero de arcos góticos, que se llama de Nuestra Señora de Flandes, Santa María de las Fuentes.

Aun se ve el solar que ocupó el magnífico palacio de los señores de Amusco, que hospedó á D. Juan II y á su corte en la primavera del año 1430, y en el que recibió el citado monarca al valeroso Conde de Cili, sobrino del emperador Segismundo, que iba á Santiago de Galicia con el fin de cumplir caballeresco voto.

Era Amusco, antiguo *Famusco*, de la

familia de Lara, ganada á la de Osorio, á quienes se la había concedido Alfonso VII, siendo un Señor de Amusco el agraciado por los Católicos Reyes con el título de Duque de Nájera.

Hoy, pasando de unos á otros señores, mezclado con varios títulos de una misma casa, ha quedado obscurecido este famoso Señorío, que lleva por armas, calderas, castillos y leones.

Apenas la claridad del día empezó á ahuyentar las sombras de la noche, salimos de la posada, visitamos la iglesia, y sin detenernos á pensar en desayunos, baños y otras frioleras, dejamos á Amusco, que se encuentra en el kilómetro 259 de Madrid, y nos alejamos muy gustosos, como el que acabando de correr un gran peligro, tiene la fortuna de haber salido ileso de sus garras.

* * *

Al poco tiempo de cruzar la vía se llega á Piña de Campos, que no ofrece nada de particular; y después de dejar á la derecha el canal que corría á nuestra izquierda, se nos apareció Frómista, cuya románica parroquia, dedicada á San Martín, fué erigida por D.^a Mayor, viuda de D. Sancho, rey de Navarra, que murió por el año de 1066.

Tiene la citada iglesia, declarada monumento nacional, una torre octógona de absides bizantinos, y llama la atención, que desde el último piso de la torre nazca una

galería que comunica con un cubo cuadrado, que lleva dentro una escalera circular.

Cuéntase de ese templo, que administrando una vez su párroco el viático á un penitente que no había sido absuelto, quedóse pegada á la patena la sagrada hostia, lo que hizo aumentar la devoción en favor del Santo, y que hoy sea por todos los pueblos comarcanos venerado.

Era este pueblo de los Marqueses de Frómista, desde Felipe II, título vinculado en la antigua familia Gómez de Benabides, mariscales de Castilla, y últimamente en la casa ducal de Frías.

Saliendo de Frómista se encuentra Marcilla, Santillana de Campos y después Osorno, en el kilómetro 288 de Madrid.

* * *

Fué Osorno de los Condes de este título, sus antiguos Señores, que procedían de una rama de los Manriques, llevando hoy el condado de Osorno el Duque de Alba, que sufrió la pérdida de parte del palacio en la guerra de la Independencia.

En Osorno estuvimos hasta la puesta del sol, y en una, por cierto, bien limpia posada, al pie mismo de la carretera, que atraviesa el pueblo, donde encontramos todo lo necesario para un escrupuloso aseo.

Continuando la marcha, cruzamos la vía al salir de Osorno, en seguida un puente sobre el río Valdivia, dejamos á Hijosa á la derecha, pasamos por un puentecillo en el fondo del valle, que limitaba la bajada



de una colina y la subida de una nueva en el opuesto lado, y apenas dejamos atrás el pueblo de Ventosa, empezamos á ver el canal á nuestra derecha. Cruzamos una exclusiva, la vía, volvimos á encontrar el canal, luego el Pisuerga, pasamos sobre el Bureba, que le presta todo el caudal que arrastra, que no es mucho; dejamos Herrera de Pisuerga á la derecha, y llegamos á Alar del Rey, ya bien entrada la noche.

* * *

Hay un parador en la carretera, que mira á un puente de piedra, que con el pueblo de Alar la comunica, y como el mesón tenía buen aspecto, allí nos hospedamos, en compañía de una *troupe* de titiriteros, que venía dando funciones por los pueblos.

Cruzando el citado puente, llamado de las Monjas, nos encontramos al otro lado del río Pisuerga y dentro del pueblecillo de Alar. Era este antiguo lugarejo, en muy lejanos tiempos, de las monjas Bernardas de San Andrés de Arroyo, y es donde comienza el canal de Castilla, que tiene en Valladolid su terminación.

La noche que llegamos, había función de titiriteros en la plaza. Ya estaba colocada en la parte más espaciosa de ella una barra, y á su lado un trapecio y dos anillas colgadas de unas cuerdas á un grueso madero que sostenían otros dos. Con estos preparativos, el pueblo esperaba con impaciencia que llegaran las nueve de la noche,

hora en que Pepino haría las delicias del vecindario de Alar.

Pero el nombre de Pepino me hace pensar que debo dedicarle algunas líneas aparte.

* * *

Pepino es un nombre genérico, que diría un naturalista. Pepino es—sea quien sea, preséntese con el mote que quiera, anúnciese en la forma más extravagante—el payaso de las compañías de saltimbanquis que recorren los pueblos de la provincia de Santander y limítrofes.

Su nombre y apellido le diferenciarán de los demás mortales, pero esto es en el orden particular. Oficiando de clown, como personaje de circo, no es más que Pepino para el vulgo. Así debió llamarse el primer gracioso que recorrió estos pueblos, y así se llamarán, *per secula seculorum*, todos los graciosos que vengan detrás de él.

De este modo está á la altura del oso y del mono que se enseñan en las barracas y que suelen formar parte también de estas compañías de volatineros.

Es un oso, dice el público observándole con curiosa y tímida mirada; pero lo mismo les da que sea blanco que negro, de las montañas de la Siberia, que de los picos de Europa; la especie no les importa, el género es, oso. Es un mono, dicen señalando al cuadrumano y, naturalmente, nadie se ocupa, ni de su tamaño, ni de la forma de su cara, ni aun siquiera de si tiene rabo ó

si carece de él: es un mono. Esto, que tan lógico es tratándose de animales, ocurre con Pepino á pesar de su racionalidad, nadie se ocupa de si se anuncia como el clown Pepino ó Antonino ó Tomaseti: es el payaso, es Pepino.

Así, pues, esos tres mamíferos vertebrados, oso, mono y Pepino, individuos de órdenes distintos, hombre el uno, irracionales los otros, son los encargados de hacer las delicias de un pueblo que se agrupa á su alrededor, y que al pasar á su lado los toca con escrúpulo, mirando al gracioso como si fuera un ser, no superior, pero sí distinto de ellos.....

Con un traje de percal, rojo ó amarillo; con elefantes, tigres y lagartos de trapo, recortados y cosidos al traje; con un gorro cónico que fué blanco; pintada de harina y con chafarrinazos de pintura negra la cara, sin faltar, por supuesto, el de la punta de la nariz, que la arremanga y con los labios rojos, Pepino no hace un movimiento que no se traduzca en los expectadores por alegre carcajada; no da un grito ni hace un ejercicio, que no sea celebrado con interminables aplausos, ¡y cuenta que suele ser el peor de todos los titiriteros de cada compañía, y que con el traje y la charlatanería suele ocultar muy bien, las más de las veces, su escasa competencia!

Pero, he aquí, que va á empezar la representación; media hora antes, todo el pueblo se agolpa alrededor de una cuerda, que se sujeta de uno á otro árbol, dejando un espacio de como diez metros cua-

drados, que por tres lados limita la cuerda y por el cuarto la barraca.

Redobla un tambor, únense á este ruido golpes desafinados de corneta, y se presenta la compañía.

—¡Mira Pepino!—¡Ese es Pepino!—dicen señalándosele unos á otros, los que se agrupan alrededor de la cuerda, al verle asomar por la cortina en ademán grotesco.

El gracioso no tiene ninguna gracia, pero el pueblo se ríe al verle, cuando saluda, cuando se cae y cuando se levanta, es como el actor favorito del público, se le tolera todo, se le llama Pepino y con eso basta.

Repito que es el peor, pero es el que hace la recolecta, aceptado de antemano, por ser el gracioso de aquella chusma; ¡y vaya Vd. á oponerse á lo que es costumbre en un pueblo como Alar!

En el centro del escenario que señala la cuerda, hay una barra, y en el suelo un colchón: empiezan los ejercicios y los saltos y las voces del payaso y los redobles del tambor, que maneja la mujer de uno de ellos, mezclados á las notas llenas de ronquera que lanza la corneta, respondiendo sin cesar á los soplidos continuos de otro de la compañía, manco del brazo izquierdo y que llevaba un pañuelo bien apretado alrededor de la frente, quizás tapando alguna herida que se hiciera en otra sesión, por su falta de maestría y de elementos, que suelen ser siempre los motivos que originan esos terribles porrazos

que sufren esas pobres gentes y que no siempre son fácilmente curados... Pero termina la primera parte, y Pepino coge una bolsa, por mejor decir, un saco, y recorre el círculo diciendo frases por el estilo de las que siguen:

A una muchacha muy colorada que le ha dejado caer diez céntimos en el bolsón: —¡Oe..... *prrrreciosa, parece que tú haber comido pimientos morrones!*— y la interesada se escalofría y se sofoca, y alrededor de ella, cincuenta fisonomías que se han estrujado para oír, muestran su satisfacción con brutales y alegres carcajadas; á otra, que es pequeña, le dice que la traerá un almohadón para que pueda ver el espectáculo, y los que á fuerza de empujones han podido colocarse lo bastante cerca para oír el chiste, le comentan luego, produciéndose algunas veces serias cuestiones, motivadas por no ser alguno literal repetidor de la estúpida é impertinente frase.

Y empieza la segunda parte y vuelve el payaso, al terminar, á perseguir con su tremendo bolso á los últimos, los rezagados que se alejan huyendo, pero que siempre han dejado cuatro ó seis duros entre calderilla y alguna que otra moneda de dos reales.

Apenas se quedan solos, apagan los hachones que, con los candiles de aceite amarrados á los maderos en que se sujeta el trapecio, han alumbrado la escena; guardan la barra, y si no piensan dar más funciones, también el tinglado que sujeta el

trapecio y las anillas, y ya quitada la cuerda que limita el escenario, se meten en la barraca.

Si acercas el oído á la lona que la cubre, oirás ruido de dinero: es el acto solemne del recuento y repartición. En seguida, con unas colchas y esteras hacen dos ó tres habitaciones, según el sexo y parentesco exijan, y al poco rato..... el mayor silencio te prueba que se han entregado al reposo.





CAPÍTULO IX

DE ALAR DEL REY Á REINOÑA

Aguilar de Campóo.—La tumba de Bernardo del Carpio.—Quintanilla de las Torres.—La Montaña y los Cántabros.—La Colegiata de Cervatos.

A PENAS el sol empezó á dorar las nubes, que huyeron á su vista, salimos de Alar del Rey, notando que el camino, á medida que nos alejábamos de las desnudas planicies de Castilla, iba revistiéndose de algunas pinturas en su todavía poco accidentado paisaje, y dominando el color verde sobre las pequeñas colinas que empiezan á mostrarse como avanzadas de las grandes montañas que luego hemos de encontrar. Pasamos por Puebla de San Vicente, dejamos á Olleros como cuatro minutos á la derecha, luego Valoria, y pasando por larguísimo túnel de altos chopos, terminados en un puente sobre el Pisuerga, que pronto se cruza, pues no es largo, dimos con la histórica é interesante villa de Aguilar de Campóo, situada á 17 leguas

de Palencia y á dos y media de Alar del Rey.

Cuéntase que Opila, abad de un monasterio cercano al lugar que hoy ocupa la villa de Aguilar de Campóo, tuvo noticia, por unos caballeros, de existir abandonadas dos ermitas á orillas de un río, en un lugar apacible y pintoresco, y que una vez asegurado de la verdad del dicho, se trasladó á él con mucha de su gente, haciendo construir espacioso monasterio, que fué el principio de la villa que íbamos á visitar.

Atribúyese su población á Alfonso VIII, siendo más tarde de D. Tello, á quien la cedió Pedro I; y pasó de éste á un caballero bretón, en pago del apoyo que prestó á Enrique II el de las Mercedes, en la lucha que con su hermano y señor Pedro I emprendió, ayudado de los franceses; lucha á que puso término la traición de Montiel, en donde Beltrán Duguesclin pronunció la célebre frase que la historia le atribuye, al sacar de debajo del rey Pedro á su hermano bastardo D. Enrique: «Ni quito ni pongo Rey, pero ayudo á mi Señor.»

En tiempos de Alfonso X el Sabio, le había sido concedido á Aguilar el Fuero Real, que se llamó de los Consejos ó de Aguilar de Campóo, y ostentan sus armas un águila negra en escudo de plata.

Fué visitada la villa por Carlos V al llegar de Flandes, y por Pablo III, que llegó á ocupar la Silla de San Pedro, y creó Colegiata la iglesia de San Miguel de Agui-

lar, siendo su primer abad Fray Sebastián de la Pina.

Los García Fernández, condes de Castañeda, descendientes de D. Tello, hijo de Alfonso XI, fueron los primeros Señores de la villa, y los Reyes Católicos dieron el título de Marqueses á los poseedores de este Señorío, que pasó más tarde á la rama de Silva y Manrique de Castilla.

Fué después de los Cueva y Silva, siendo el título hoy de la casa de los Condes de Oñate, y su actual poseedora D.^a María del Pilar Zavala, hermana del Duque de Nájera, del Conde de Paredes de Nava y de la Marquesa viuda del Riscal.

Entrando por una calle, en gran parte recta, en puntos tortuosa, desembocamos en la plaza, que es de extraordinaria amplitud y que conserva á su alrededor las casas consistoriales, correspondientes al antiguo palacio de los Marqueses de Aguilar, Señores de la villa. Tienen las citadas casas, que conservan sus columnas y escudos de armas, aspecto bien original, y por toda la villa véanse blasonadas viviendas, que muestran, en unión del palacio de la plaza, lo muy alto que tenían su origen los habitantes de ese interesante lugar, en el que todavía se ostenta en muy buen estado de conservación, en una de las casas, el escudo de la linajuda familia de los Marqueses de Villatorre, sostenido por dos águilas, contrastando con los borrosos de las demás viviendas.

De sus dos iglesias, una era Colegiata y se halla al E. de la plaza, llamando la aten-

ción de cuantos la visitan el exceso de polvo, la falta de conservación y el lamentable descuido en que indudablemente deben tenerla, desde hace mucho tiempo, los sacerdotes á ella adscriptos y sus actuales poseedores, pues no es lógico pensar que si aun fuera de los nobles Marqueses de Aguilar, dejasen al tiempo y á la falta de cuidado, que como terrible polilla carcomiera la historia gloriosa de sus antepasados.

El retablo del altar mayor, muy obscuro, consta de cuatro cuerpos con medios relieves, representando los Misterios de la Virgen.

A los lados del altar mayor, y en primer término, adornados con pilastras, vimos dos sepulcros con figuras, representando, los de la derecha, á los Marqueses de Aguilar, fundadores, y los de la izquierda, á D. Luis Fernández Manrique, marqués de Aguilar, hijo de los anteriores, y á Doña Ana de Aragón, su esposa, de la casa del Infantado, fallecidos á mediados del siglo XVI.

Tiene esta villa varios conventos y ermitas: una de ellas interesa por el lugar en que está colocada, al pie de las ruinas del castillo de los señores de Aguilar, castillo que no conserva más que destruídas paredes por alguno de los vientos, y que, sin embargo, bastan á probar hoy lo inaccesible que sería cuando, completas las murallas, con los torreones, almenas y cubos, pareciera nido de águilas enclavado en la loma que al pueblo de Aguilar domina.

Citábase en mi itinerario, como curioso, un convento edificado como á un kilómetro de la carretera, hacia el O., y allá fuimos por cubierto y espacioso camino, que comienza en una puerta de piedra y termina ante la verja del convento.

Era éste de Premostratenses, y digo era, porque hoy, sólo restos, esparcidos por el suelo unos, y otros que por milagro se sostienen y que puede hayan caído ya,—como son las columnas que sostienen la techumbre de la iglesia y algunos trozos del claustro—quedan en pie para que pueda recrear su mirada por ellos el visitante. Todo de arquitectura arabesca, no quedan de los retablos y columnas, la mayoría desnudas, más que pequeños trozos. En el claustro se ven arcos con grupos de columnas, y un alto de construcción posterior tiene pilastras de orden dórico. Desde luego todo sorprende, porque tras una fachada que podría pertenecer á cualquier caserón de gran tamaño, se hallan los pintorescos restos del hermoso convento.

Entrando por la entreabierta verja y cruzando el anchuroso patio, limitado por las dos fachadas del caserón, una tapia y la citada verja, se llega á un portillo, que da entrada á estrecho pasadizo, y recorrido éste, se sale á un solar lleno de piedras, que allí se hacinaron como producto de los derrumbamientos del convento. Buscando la entrada, dimos con una ventana, y pasando al otro lado de ella y atravesando por entre matas de rosales es-

pinosos, que indudablemente la curiosidad de los visitantes anteriores apartó formando un laberíntico sendero, se llega á un boquete, por el que se penetra con alguna dificultad, y apenas cruzado, quedamos sorprendidos al encontrar los hermosísimos restos del adornado claustro que á la ligera hemos descrito, y en el que en lugar de los tranquilos y severos cantos de los frailes, que antes resonaran, mézclanse hoy á los chirridos de los murciélagos, los extraños siseos de las lechuzas y el continuo piar de los vencejos. Dimos un vistazo al templo, que debió ser suntuoso á juzgar por sus restos, y por el mismo camino salimos al que trajéramos desde Aguilar.



Dando vuelta á la casa, torciendo á la izquierda, y á los veinte pasos, nos hallamos en una carretera; y frente á la tapia del convento que acabábamos de dejar y que á ella da, entre granítica roca y como á ochenta pies de altura, verás la entrada de una cueva: es la tumba de Bernardo del Carpio. Algo difícil se presenta la subida, pero una vez arriba, te internas en un hueco hecho en la roca, en cuyo fondo, que tendrá tres metros desde la boca, hay una lápida que no ocupa su primitivo lugar, pues está recostada sobre una de las paredes, pudiéndose notar en ella una larga inscripción, ilegible al parecer.

Fué Bernardo del Carpio héroe en los primeros tiempos de la reconquista, por

la época de los Fruelas y los Alfonsos.

Habíase casado en secreto el Conde de Saldaña D. Sancho, con una hija del rey Fruela I, llamada Jimena, y hermana por tanto, de Alfonso II el Casto, y habían tenido de esta unión un hijo que se llamó Bernardo, y que no era sino nuestro legendario personaje.

Había nacido el Conde de Saldaña de muy preclara familia, á pesar de lo cual, enojado el rey de Asturias, que lo era á la sazón Alfonso II, por este desigual enlace, obligó á su hermana á entrar de religiosa en un convento, y aprisionó al de Saldaña, privándole de la vista, según cuentan.

No continuó en el hijo la animadversión que contra el padre tuviera el Rey citado, sino que ordenó se le educara con esmero y como á quien, por su madre, de reyes descendía. Ya crecido, ayudó á su tío D. Alfonso en cuantas empresas guerreras tomó parte, y á él se atribuye la muerte, cara á cara y frente á frente, en Roncesvalles, del caballero francés Rolando, que dió motivo á que tan alto le pusieran músicos, poetas é historiadores.

Siempre el primero, pocos resistían la acometida de sus huestes; él era quien realizaba las más hazañosas aventuras, y siempre, como premio á su valor, pedía la libertad de su martirizado padre, que encerrado en el castillo de Luna, esperaba tranquilamente su muerte.

Nadie sabe qué razones le impulsaron á separarse de los reyes de Asturias, que algunos suponen ser las negativas á poner

en libertad al Conde de Saldaña, pero sea de esto lo que quiera, el caso fué que Bernardo de Saldaña fortificó el castillo del Carpio, cerca de Salamanca, y que desde allí causaba grandes extragos en tierras asturianas. Añaden otros, que Alfonso III, ya por reducirle á su servicio y quitarse de encima tan molesto vecino, bien porque su bondadoso carácter, que le ganó el dictado de Magno, á ello le impulsara, dió libertad al martirizado Conde, y Bernardo, llamado por entonces «del Carpio», apodo que tomó de su castillo, volvió al servicio de los reyes de Asturias.

Muchos niegan la existencia del héroe, considerándole sólo personaje de leyenda, pero es el caso, que cuando la tradición conserva algún suceso, podrá darle adulterado, pero siempre se funda en algo cierto.

Así ocurre, que cuando los hechos tienen base tan deleznable como la imaginación lo es, y se conservan en terrenos tan ligeros como son los relatos que de una generación en otra se suceden, seguramente desaparecen al cabo de los años. Por eso, porque no ocurre con las principales noticias de la vida del héroe asturiano, que han llegado á nosotros perfectamente definidas, supongo que en algo más positivo habrán tenido base y fundamento. ¿Qué inconveniente puede haber en que durante las épocas de lucha que caracterizan la dominación árabe en España, hubiera nacido un hombre que, valeroso y diestro como cualquiera otro, fuera hercúleo con relación á los demás? Pues á ese hombre,

cubridle de hierro, ponedle una pesada maza en la mano, que él sólo pueda manejar, y de cada golpe con ella destrozará un cráneo, partirá una costilla, ó, cuando menos, derribará en el suelo á un adversario. Eso han sido Roldán, Bayard, Suero de Quiñones, Bernardo del Carpio, el Cid Campeador, Sancho el Fuerte de Navarra y tantos otros cuyos nombres conservó la fama de sus hazañas. . . .

Salimos de Aguilar, dejamos á la derecha una carretera que va á Burgos, y media hora después llegábamos á Quintanilla de las Torres.

Pocos lugares tan pintorescos como el que ocupa la posada en que nos detuvimos. Llegamos á tiempo de ver pasar el tren correo de Santander, que se alejó silbando, como si presintiera la proximidad del término de su cansado viaje, y deseosos de seguir sus huellas y dar con la *Tierruca*, activamos los preparativos de marcha, y sin esperar la puesta del sol, como teníamos por costumbre, tomamos por la carretera adelante, donde, después de dejar atrás á Canduela, vimos, al terminar la subida de la Olla y á ambos lados del camino, los mojones que muestran al viajero que cede Palencia su puesto á Santander.

Ya estamos en casa, dijimos á fuer de buenos montañeses, al entrar en esta provincia, que se llama por todos «la Montaña», como si toda la extensión que abarca fuera una sola eminencia, como si ese territorio español tuviera más elevaciones

que los demás, ó como si las de esta región fueran las mayores, y sin embargo, ni es una sola, ni es la que tiene más, ni sus crestas llegan á tanta altura como en otras partes.

¿Por qué, entonces, se llaman montañeses á los allí nacidos? Indudablemente en los primitivos tiempos, cuando llegaron á España los celtas y encontraron ocupados por los iberos, anteriormente llegados, los terrenos de fácil cultivo, se fueron replegando á las montañas cantábricas, que paralelas á la costa N. de España, limitaban, con el mar, la región Cántabra. Allí fundaron sus pueblos los vascos, los astures y los santanderinos, cántabros propiamente dichos, y seguramente unos y otros serían calificados por los moradores de los valles como «habitantes de las montañas». Montañeses, por tanto, eran todos, ¿por qué esa denominación ha quedado calificando hoy sólo á los santanderinos? ¿Por qué la región cantábrica tiene hoy por límites los de la provincia de Santander?

Son éstos verdaderos problemas de que no es posible hablar más que en hipótesis; son obscuridades en que no es posible penetrar, por mucha luz que dieran las antorchas que alumbrasen esas tinieblas con que el tiempo oculta sus misterios.

Estamos en el país de los linajes.

Decía el Marqués de Santillana, el primer magnate, y el más insigne literato del siglo XV, que «era peregrino ó nuevo entre españoles, el linaje que en la Montaña no tenía solar conocido.»

«Que bastaba ser montañés para ser hidalgo», dice en el *Quijote* Miguel de Cervantes; desinteresada frase que prueba la nobleza del eximio escritor, que aun siendo bien hidalgo, no tenía un solo puñado de tierra en la Montaña, ni nunca sus antepasados lo habían poseído.

Hemos llegado, paciente lector, que nos has acompañado siguiendo estos ligeros recuerdos, al lugar en que encuentras á cada paso montones de piedra que formaron ha tiempo señoriales viviendas, y que se sostienen en otros casos á fuerza de equilibrio, para poder albergar entre sus ruinas—flacos por el no comer, pero muy dignos,—á sus antiguos señores, ruinas también de linajudas estirpes, que se apoyan unas en otras para sostenerse, y que caerán á un solo golpe, desapareciendo para siempre!

Apresúrate, lector, si quieres verles, que pronto sólo quedarán de esos señores y sus casas señoriales, desfiguradas relaciones, á no ser que las leas en Pereda ó Escalante, que les han levantado imperecederos monumentos, en algunas de sus inimitables obras, el primero; en *Costas y Montañas*, el libro elegante por excelencia, el segundo.

Al paso, y en muy mal estado de conservación, verás también los solares de los Garcilasos de la Vega, del Marqués de Santillana, Lope de Vega, Quevedo, Calderón de la Barca..... los mayores colosos de la literatura española.

Algunos de ellos, como buenos hijos,

han devuelto en frases hermosísimas, días de gloria á quien tanta á la Patria diera con haberles engendrado.

Decía Lope de Vega, que por la de Pas tenía, en ruinoso solar, la prueba de su nobilísimo origen:

.....
 La gran Montaña en quien guardada
 la fé, la sangre y la lealtad estuvo
 que limpia y no manchada,
 más pura que la nieve la mantuvo.

Y en otro paraje añade:

.....
 Por do quiera en la Montaña

de edificios altos
 nunca de nobles ni de ingenios faltos.

Don Francisco de Quevedo, el hombre más ingenioso de su tiempo, eminente político y escritor sin rival, hizo un viaje á Santander para visitar la casa solariega que acababa de heredar de sus abuelos, los Quevedos.

A la vista de aquellas ruinas en que el solar de sus antepasados se había convertido, ocurrióle una chistosa agudeza, que dejó grabada con la punta de un puñal sobre sus vetustos muros. ¡Quién sabe si esa filosófica sátira, burla de lo que entonces tanto se estimaba, escrita por quien á tanto orgullo tenía su ilustre nacimiento y ostentar en su pecho la venera de Santiago, no sería un medio de hacer notar la antigüedad de aquella morada, ó de ocultar tal vez la tristeza que le invadiera, al ver cómo iba desapareciendo su casa y

con ella el lustre de su linaje—«el más hinchado de la Montaña»—que hoy nadie recordaría, si no le hubiera él dado imperecedero brillo, con su extraordinario ingenio!

En su ruinoso solar, y al lado de su escudo, lució mucho tiempo el vanidoso mote, y bien cerca de él, los versos con que el insigne vate trató más que de envolverle en el ridículo, de inmortalizarle.

Mote del solar y crítica del dueño, se citan por todos los escritores que han dedicado, bien sea cortas líneas, á describir esta hermosísima tierra.—Dice el mote:

«Yo soy aquel que-vedó
el que los moros no entrasen,
y que de aquí se tornasen
porque así lo mandé yo.»

Dice la sátira, en que, como siempre, Quevedo se muestra superior á su tiempo:

«Es mi casa solariega
más *solariega* que otras,
pues por no tener tejado,
le da el sol á todas horas.»

Doña Emilia Pardo Bazán, la notable escritora que tanto brillo da á la literatura patria en sus incomparables novelas, y que, invitada de continuo por extranjeros pueblos, tan alta coloca la cultura española en los varoniles é inimitables discursos que en esos universales certámenes pronuncia, cuenta en sus impresiones de viaje, las que recibiera al comparar los solares que á su paso encontraba, por el camino de Renedo á Ontaneda, con el establecimiento balneario del último lugar citado, edificio moderno lleno de luz y de alegría.

«Esas casonas aristocráticas—dice— ó pazos erguidos y ceñudos, revestidas ya sus piedras con la patina del tiempo, se diría que reniegan de la animación balnearia, que vino á interrumpir la grave dignidad de sus ensueños seculares.»

También Pérez Galdós, que nacido en las islas Canarias, atraído por la amistad de Pereda, se mandó construir un palacio en la capital de Santander, al hacer la descripción de un viaje por la región occidental, que titula *Cuarenta leguas por Cantabria*, describe con singular interés, como él sólo sabe hacerlo, las hermosuras de esta comarca.

Pero dejemos estos recuerdos, muestra del fervoroso culto que todo hijo debe rendir á una madre queridísima, y fijémonos en el camino. Ya empiezan á verse bosques de encinas y robles corpulentos; la yerba parece que toma otro color; ese verde pajizo de las llanuras castellanas se transforma poco á poco, á causa de ir perdiendo el tono amarillento que le da aspecto enfermizo, y substituyéndose por un verde obscurísimo que parece como si tuviera más vida y no es más que la constante humedad de las frecuentes lluvias; las últimas estribaciones de la cordillera cantábrica empiezan á manifestarse por cerros cada vez más altos..... así llegamos, subiendo siempre, á 979 metros sobre el nivel del mar; allí está Pozazal, aldea que ocupa el más alto punto de toda la línea férrea de ese trazo, á cuyo lado veníamos desde Madrid, y que desde ese lugar á

Bárcena de Pie de Concha, en un trayecto de 44 kilómetros nada más, desciende 524 metros de su nivel. No nos detuvimos en Pozazal y pronto dimos con Fombellida, lugar de cierta importancia histórica, pues que presencié la primera derrota que hubieron de sufrir los montañeses.

Era proverbial entre los romanos, al tratarse de difíciles, casi irrealizables empresas, la siguiente frase: «Esto es tan difícil como hacer volver las espaldas á un cántabro.» (1)

Aquí, en Fombellida, estando el emperador Augusto al frente de sus más escogidas legiones que en extraordinario número le acompañaban, fueron derrotados los montañeses, teniendo que replegarse á Liébana.

Aprovechóse el César de esta aparente dominación y mandó cerrar el templo de Jano, en prenda de absoluta paz, mientras los montañeses, atravesando las elevaciones de Reinosa, fueron á ocultar en las inaccesibles crestas de sus altísimos montes, la vergüenza del primer bofetón que recibieran.

Honrosísima retirada ante el número y la disciplina, que el mismo Augusto elogiaba más, al decir que había sido la más brillante victoria de su vida.

Nunca hasta entonces habían penetrado en sus feraces valles, defendidos por altísimas montañas que, á guisa de muralla, la naturaleza les ofreciera, ni iberos ni

(1) Así se lee en historias francesas é italianas.

griegos, ni cartagineses, ni fenicios. Los mismos romanos, cuyas legiones, enseñoreadas del mundo, fustigaban las espaldas de los más famosos guerreros conocidos, no habían podido ver jamás las de los cántabros.

En ese lugarejo por que pasa el viajero sin detenerse y sin fijarse, enrojecieron por primera vez, agobiados bajo el peso del número, los guerreros más valerosos entonces conocidos.

Cinco años tuvieron detenido al César en su triunfal carrera esos puñados de valientes cuyas hazañas ensalzaron los historiadores romanos de los primeros siglos, al punto de considerar la victoria conseguida en el lugar de Fombellida, antigua *Vellica*, como el más grande de sus triunfos. ¿Qué mayor elogio puede hacerse de la indomable fiereza y del heroico valor de los santanderinos?

* * *

Si no supiera el viajero la importancia arquitectónica que la Colegiata de Cervatos tiene, seguramente no se detendría ante las miserables casuchas que, formando el pueblo, se ven al paso desde la carretera, á poco de dejar á Fombellida.

Ya frente al románico templo, te diré que su origen ha suscitado grandes discusiones, atribuyéndose por unos á los romanos, por otros á los fenicios y aun por algunos, aunque los menos, á los templarios. Creencias, con más ó menos fundamento nacidas, al distinguir en algunas la-

bores de la fábrica y otros salientes, grandes obscenidades que fueron consentidas, á pesar del espíritu religioso que dominaba en la época de su fundación, seguramente con el objeto de mostrar el pecado, para que de él se huyera.

La portada lleva á cada lado tres columnas, en que parecen apoyarse siete arcos concéntricos, y sobre ellos corre un alero, apoyado en canes, que representan adornos y bichas de la época.

Dentro del primer arco concéntrico que forma la portada, ó sea llenando un témpano, tres piedras preciosamente labrada, imitan maravilloso encaje, y á los lados de los arcos, relieves grotescos que representan ángeles, Adán y Eva en el paraíso, y San Pedro, con báculo y con llaves, adornan la curiosa fachada.


La torre es de tres cuerpos, y el abside «es representación genuina de aquel estilo arquitectónico que, nacido en las postrimerías del siglo X, debía alcanzar desarrollo vigoroso en el XI, perpetuarse en el siguiente, y traspasar en la Montaña, y en brazos de la tradición no interrumpida, las lindes del XIII.» (1)

La iglesia no ofrece en su interior particularidad alguna, pero la capilla absidal muestra en su interior bellezas que no defraudan la idea que hace concebir la exterior fachada, cuyo estilo en líneas anteriores se menciona; y antes de salir de la Colegiata, debe mirarse una lápida del al-

(1) Amador de los Rios.

tar mayor, que dice: «*Aquí yace el infante D. Fernando, hijo del conde D. Sancho de Castilla, el de los buenos fueros, que le dió á Cervatos el año de J. C.-999-R. I. P.*». Esta inscripción prueba la antigüedad de la Colegiata, que Amador de los Ríos, por considerar que su portada ofrece particularidades que no se ven en ninguna de las muchas edificadas que en España se conservan de esa época, aboga por que la provincia y el Estado no dejen perecer ese hermoso templo.

Saliendo de Cervatos, bien pronto se llega á Matamorosa, lugarejo en que nació el desgraciado artista Casimiro Sáinz, interesante como pintor é interesante en su vida, autor del cuadro *¿Qué pensará?*, adquirido, después de ganar honrosísimo premio, por el Estado para el Museo de pinturas, como una de las más bellas producciones de la pintura contemporánea; y autor también—entre otros muchos con que formaron el año último curiosa exposición, que honró visitándola S. M. la Reina,—del que representa el nacimiento del Ebro en Fontibre, que es propiedad de la Diputación de Santander. Y sin que nada notable nos detuviera, seguimos hasta que, cruzado un puente sobre el Híjar, entramos en Reinosa cuando el crepúsculo de la tarde teñía el cielo de los más vivos colores, y un vientecillo, propio del otoño, nos mostraba que habíamos llegado al país del perpetuo invierno y de los célebres quesos de su nombre.





CAPÍTULO X

DE REINOSA Á SAN VICENTE DE LA BARQUERA

Reinosa.—Fontibre.—El Saja.—Cabezón de la Sal.—
Treceño.

AL entrar por la calle principal de Reinosa, carretera al mismo tiempo, notas que los edificios que la limitan han sido fabricados con hermosísima piedra, dándoles suntuosa apariencia, y que muchas de esas casas llevan escudos de armas, mostrando en esto, como en todo lo que tiene su origen en la Montaña, gran antigüedad é indiscutible nobleza.

Si después de haber recibido esta agradable impresión, tienes la suerte de encontrar amigos en Reinosa, conservarás siempre un recuerdo imperecedero de la simpática villa á que voy á dar una ojeada, con el fin de referirte luego lo que crea que puede interesarte.

La iglesia parroquial de San Sebastián, de piedra, de grandes apuntadas ventanas, con atrio, pilastras y una estatua de San

Sebastián sobre el escudo real de España, fué construída á mediados del siglo XVIII, sin que ninguna especialidad, sin que nada notable la hiciera sobresalir de las que por aquella época en tanta profusión se levantaron.

Un convento de estilo ojival ha sido transformado en Asilo de Beneficencia, y un teatrillo, casi una miniatura, en comunicación con el Casino, sirve para distraer á los vecinos de Reinosa, durante las noches del verano, que ofrecen la curiosa particularidad de recordar las de Madrid del mes de enero.

Indecisos estábamos aquélla, en el cómodo Casino, respecto á la carretera que debíamos seguir para llegar á Santander, escuchando las opiniones de unos, que otros rebatían, cuando no sé quién recordó que eran las montañas de Reinosa, en el trozo que el Saja comprendía, las descritas en *Peñas-Arriba* por el célebre escritor montañés; con lo que, acabando toda discusión, ante el propósito decidido que mostramos de internarnos en el escenario de la última novela de Pereda, aunque pronto hubiera de ser abandonado, para salir á Cabezón de la Sal, subiendo el Saja por Palombera y atravesando el valle de Cabuérniga, nos fuimos á la posada decididos á reparar las fuerzas gastadas aquel día y hacer acopio para la jornada siguiente, que por ser la última del viaje, iba á ser también la más larga y trabajosa.

Aun no eran las seis de la mañana, cuando emprendimos la marcha, tan ávidos de cruzar el Saja como de llegar á Santander, que sabido es cómo la ansiedad aumenta al irse aproximando al término de un viaje, por llegar cuanto antes á su deseado fin.

Pasamos por un pueblecillo que se llama Salces, y cinco minutos después estábamos en Fontibre, aldehuela situada al pie de una pequeña colina.

Tiene el honor Fontibre de ser madre, que si no engendrara al Ebro, le dió á luz por lo menos y amamantó sus juventudes, siendo quizás efecto de la buena leche que allí mamara, el extraordinario desarrollo que luego adquiere, permitiéndole alejarse de su origen cada vez más potente, atravesar toda España, é ir á echarse en brazos del Mediterráneo, envuelto en los trofeos de su antiquísima historia, tan antigua, que cuando se le llamaba en latín el río Iberus, era la valla más fuerte que encontraron los romanos para dividir la Hispania en dos grandes provincias ó regiones.

Rodeado de roca y en algunas partes de añosos árboles, que creciendo en la orilla reflejan sus ramas y sus hojas sobre el tranquilo remanso; cubierta de verdes praderas y pelada en otros, la citada roca, y en terreno parecido á los que con más frecuencia en la montaña ves, descubrirás, si bajas por la pendiente que desde la carretera conduce al pueblo, un manantial de cristalinas aguas, en cuyo centro se

halla un trozo de piedra pulimentada, que muestra una fecha: 1889.....

Si has recorrido el Ebro por las provincias de Levante, si has oído cantar en sus orillas á los aragoneses la patriótica jota—ese himno heroico que quizás él ha inspirado,—si conoces su historia, difícilmente creerás que hay puntos de contacto entre la humildad que ante tus ojos se presenta y la grandeza que tus recuerdos á tu mente traigan, y sin embargo, nada más exacto: Fontibre (fuentes del Ebro), como las antiguas espartanas, da su hijo á la patria para que la riegue y fertilice, y sólo se contenta con que alguna vez el eco de la fama de un hijo tan ingrato como querido, llegue hasta ella, confundiendo en su gloria.

En la más alta colina de las tres que se ven desde la carretera, álzanse las ruinas de antiguo torreón, conocido con el nombre de torre de las Matillas (1). De esta torre se trasladaron las armas á otra casa

(1) Mantillas, según D. Federico de Vial, que acompañó hace años al castillo á una señora de apellido Mantilla, que deseaba visitar el lugar originario de sus abuelos, y traía, como indicación sacada de papeles antiguos de su casa, la citada colina.

Y ya que hablo de D. Federico de Vial, debo decir que en su completísima biblioteca he tomado muchos datos que en el libro van al tratar de la provincia de Santander; que este amigo querido es un guía tan completo tratándose de esta tierra, que D.^a Emilia Pardo Bazán solicitó su compañía para visitarla; y de su mérito como literato crítico y aficionado, basta con decir que forma parte de la tertulia del gran Pereda, donde encuentran los montañeses más dificultades para ser bien recibidos, que para entrar en las Ordenes militares de caballería—me refiero, por supuesto, á los montañeses de abolengo.

de la aldea, y cree Ríos y Ríos, que por contenerse en ella palmeras y conchas y hasta una hiena, son recuerdos probables de algún cruzado.

Pero aquí debe copiarse á Pereda: el gran escritor montañés ha trazado con correctísima pluma sus impresiones ante esa naturaleza exuberante, y todo resulta pálido ante la artística y maravillosa descripción del *primer fotógrafo del mundo*, como le llamaba Castelar.

Oí en una ocasión al gran orador calificar de esa manera á Pereda, y recuerdo que era de sobremesa, una de las pocas veces que tuve el honor de almorzar, en unión de varias personas notables, en casa del expresidente de la República Española.

Se hablaba de Pereda, hallábase presente el embajador francés, que terciaba en el debate, y escuchábamos la polémica desde un rincón del comedor—como dos chiquillos que éramos,—el actual Marqués de Santa Ana (en casa de cuyo padre conocí al tribuno) y el autor de este librito.

Llevaba ya buen rato la discusión, cuando el dueño de la casa la reasumió, con aquella elocuencia que nadie más que él poseía, empleando los razonamientos que siguen, y que no he olvidado á pesar de haber transcurrido algunos años desde que los escuché, sin duda porque puse tal atención á sus palabras, que si éstas se desvanecieron por completo, quedaron grabados para siempre en mi memoria los altos pensamientos que expresaban.

—.....Creedme, señores,—decía^r Castellar—Pereda vive arrinconado, solitario, á lo sumo en familia, como esos osos cuyos retratos nos hace ver en maravillosos relatos; observando cuanto le rodea con ese don inconcebible de que está dotado; haciendo inmortal el lugar de Polanco, en donde tiene su casa solariega y donde yo le concibo muy bien, vestido con el traje de algún antepasado para que haga contraste con su cara y con su prosa, que me recuerdan á Quevedo..... Ese hidalgo de Polanco, ese hombre extraño á quien yo admiro como á un alma superior que marca nuevos rumbos á la literatura, cuando describe un paisaje que todos conocemos, sorprende por su exactitud; pero cuando reproduce una tormenta, pinta un tren en movimiento, la sensación que nos produce un dolor ó una alegría, la emoción de un peligro, hay que gritar.... ¡Verdad! ¡verdad!, así ocurre..... esos son sus efectos..... ¡así, como él lo cuenta, los he sentido yo!

Esas descripciones que todos reconocemos á la primera lectura, lo mismo de un paisaje que del corazón humano, son artísticas fotografías de incalculable precio, porque sólo él es capaz de hacerlas; por eso yo le llamo «el primer fotógrafo del mundo.....»

Detengámonos, pues, como buenos aficionados, ante la hermosa fotografía que del nacimiento del Ebro ha hecho Pereda en *Peñas Arriba*, y admirémosla:

«.....en el centro de un reducido anfiteatro, de cerros pelados en sus cimas, se veían

surgir reborbollando los copiosos manantiales del famoso río que, después de formar breve remanso como para orientarse en el terreno y adquirir alientos entre los taludes de su propia cuna, escapa de allí, á todo correr, á escondidas de la luz siempre que puede, como todo el que obra mal, para salir pronto de su tierra nativa, llevar el beneficio de sus aguas á extraños campos y desconocidas gentes, y pagar al fin de su desatentado curso el tributo de todo su caudal á quien no se le debe en buen derecho. Y á fe que, ó mis ojos me engañaron mucho, ó sería obra bien fácil y barata atajar al fugitivo á muy poca distancia de sus fuentes, y en castigo de su deslealtad, despeñarle monte abajo sin darle punto de reposo hasta entregarle, macerado y en espumas, á su dueño y señor, el anchuroso y fiero mar Cantábrico...»

Pasamos después por un pueblecillo que se llama Paracuelles, luego Espinilla; vimos en lo alto de un cerro el castillo ruinoso de los Marqueses de Argüeso, y ya en el valle de Campó de Arriba, comenzamos la subida del Saja.

No tardamos mucho en llegar al Puerto de Polombera, abarcando desde allí la vista el tranquilo valle de los tres Campos, en que se admira la hermosa tranquilidad de sus pintorescas plantaciones y el oloroso perfume de sus pintadas flores, y á los que sirven de fondo lejos, muy lejos, los esbeltos y nevados Picos de Europa.

Nada más bravío ni más solitario que la vertiente norte del Saja. Los osos, los jabalíes y la corza, abundan entre aquellas breñas, perseguidos de tarde en tarde por atrevidos cazadores. Dos horas llevábamos bajando por una carretera de inclinadísima pendiente, viendo, siempre á la derecha, espantosas hondonadas cerradas por montañas cada vez más altas, y sintiendo sobre nosotros, á la izquierda, todo el peso de la cima de la que estábamos bordeando, cuando llegamos á un lugar pintoresco en extremo, que atrae la mirada del viajero al punto de hacerle detener.

La carretera que, sentada sobre la montaña, va tranquilamente siguiendo sus bordes, encuéntrase de pronto sin apoyo: una resquebrajadura enorme la obliga á tenderse sobre altísimo puente, por cuyo arco se precipita la cascada que viene de lo alto, entre zarzales que cubren la angostura y que sigue pendiente abajo á buscar el río, perdiéndose de vista entre las ortigas, avellanos, fresnos y chopos que cubren el terreno. Ese lugar tan pintoresco se llama *Puente del Amo*, y á poco de dejarle, llegamos al pueblo de Saja, bautizado por el río.

* * *

Al llegar aquí, se descubre el valle de Cabuérniga, que se nos apareció con toda su esplendorosa poesía. Pueblecillos con sus casas esparcidas y rodeadas de matas de rosales y de copudos árboles que som-

brean sus alrededores, convidaban á detenerse.

Hilos de plata parecían los ríos y arroyuelos que se ocultaban en el follaje para huir del sol, que reflejaba sus rayos en las cristalinas aguas que fertilizan el pintoresco valle, que atravesamos al trote largo de los caballos, dejando detrás de nosotros á Fresneda, Barcenilla, Crescente, Venta de Ucieda, Santa Lucía...; y ya llegaba el sol á la mitad de su diaria carrera, cuando entramos en Cabezón de la Sal, decididos á dar descanso al ganado, que bien lo merecía después de tan continuada marcha.



Atraviesa á Cabezón de la Sal la carretera, y como el calificativo expresa bien claro, en esta antigua villa—que conserva, aunque no muchas, blasonadas viviendas—se secaba la sal en grandes cantidades, viéndose aún restos de los antiguos secaderos.

Es su más útil particularidad hoy la de terminar en esta villa la línea del ferrocarril Cantábrico, que habrá de llegar á Asturias más pronto ó más tarde, y satisfacer con esto grandes necesidades mercantiles, poniendo en comunicación dos provincias que tanto se asemejan, por su historia, su suelo y sus costumbres.

A las seis de la tarde salimos para San Vicente de la Barquera.

A los cinco kilómetros, como á mitad del camino que debíamos recorrer, trope-

zamos con Treceño. (1) «Paredes desmoronadas, cercas rotas, piedras esparcidas, son en Treceño, testimonios vivos de población más grande; de que no es título usurpado el de villa, que en los registros lleva, cuando el viajero le da ingenuamente el de aldea. Las yedras hallaron en estos parajes substancia provechosa y alimento; sus troncos gruesos y entretejidos dicen la antigüedad de las ruinas, y sus pomposos tallos, esmaltados de corimbos negros, albergue y pasto de pájaros cantores, guarnecen la esbelta ojiva de un puente, cubren los blasones de muchos solares y envuelven el desbaratado almenaje de la torre fuerte, alzada en medio del poblado, á la vera del camino.»

Cuéntase de esa torre una leyenda en que juegan papel principal tiernos amores, interrumpidos por el feudal Señor de esa comarca.

Es la historia de todas las leyendas; es el argumento de muchas óperas; es la realidad de un tiempo de nobles y siervos; es la época terrible de las más injustas y tremendas desigualdades.

Prendóse el Señor de la citada torre (el bajo ó el barítono), de una doncella (la primera tiple), quizás la más hermosa que en el pueblo había, y requeríala de amores tan de continuo y con tales ofrecimientos, amenazándola, caso de no acceder á sus deseos, con tan grandes rigores

(1) Amós Escalante (Juan García), *Costas y Montañas*.

á ella y su familia, que al fin cayó la joven en los lazos con que la persiguiera el noble que ofrecía regalos ó amenazas y tenía poder para cumplir sus ofertas.

Era galán de esa doncella, un mozo del pueblo (el tenor), que medio loco de pena, herido en sus más queridos sentimientos, vagaba sin rumbo por valles y colinas, lanzando continuos lastimeros quejidos.

Pasaba una vez el triste mozo frente al portón que á la noble vivienda daba entrada, y como le hallara abierto, entróse por él en ansias de ver á la mujer de sus sueños; subió la escalera de piedra, y como en el primer aposento que encontrara, viese apoyado sobre el alféizar de la ventana á su odiado y feliz rival, que llevaba colgante á la cintura riquísimo puñal, llegóse al Señor, cogióle por el cuello con la siniestra mano, y empuñando en la otra el desnudo puñal que de la cintura le arrebatara, hundiósele varias veces en el corazón.

Quedóse el noble con los brazos hacia afuera, sujeto á la ventana y apoyados los hombros en su marco, rígido, por haberse quedado sin sangre poco á poco, según se fué saliendo por las profundas heridas que el enamorado galán le había producido, y, rebasando el marco, corrióse por la pared desde la ventana, formando hoy todavía, una desvanecida mancha que parece rojiza grieta, abierta en el vetusto y ennegrecido muro. (I) «Sobre la trágica ventana cuelgan en flotante pabellón las tre-

(1) *Costas y Montañas.*

padoras: por el labrado hueco entran y salen las golondrinas, huéspedes de la deshabitada torre, y del alféizar bajan negros rieles hondamente estampados en la piedra; quizás son restos de las lluvias, quizás huellas de la sangre vertida por el vengativo aldeano.»

En Treceño nació Fray Antonio de Guevara, obispo que fué, y cronista del emperador Carlos V, gran predicador de la paz en aquellos revueltos tiempos de las germanías y comunidades, que acabaron con la muerte de los revoltosos comuneros, en Castilla, y los de la hermandad, en Valencia.

En 1627, el rey Felipe III concedió á Don Luis Ladrón de Guevara, señor de Treceño, desde los tiempos más remotos, los títulos de Conde de Escalante y Vizconde de Treceño.

Dejamos atrás este histórico punto, y los de «La Madrid y La Revilla», y empezamos á ver desde lo alto, cubriéndola después desigualdades y revueltas del camino, para volver á aparecer sin ocultarse más, con toda su originalidad, con su artístico puente y su monumental iglesia, la villa de San Vicente de la Barquera, una de las que con Santander, Castro-Urdiales y Laredo, formaban las cuatro villas de la Montaña, á cuya sombra todos los demás pueblos de la cántabra región se cobijaban.





CAPÍTULO XI

SAN VICENTE DE LA BARQUERA

Dos días en San Vicente de la Barquera.—Los de Corro.

—La ermita de la Barquera.—Camino de Santander.

FIGÚRATE lector que has cruzado el puente de Maza, que has pasado sobre sus treinta y dos arcos, recorriendo los quinientos metros que tiene de uno á otro extremo, y que estás al otro lado de la ría. Frente por frente, verás, dominando el mar encajonado en el puerto y con sus galerías abiertas al mediodía y levante, un convento de franciscanos, edificado, como sus hermanos, de limosna—según Gouza, — en 1468.

Sobre él ejercían patronato los Guevara, que aun conservan preeminencias de lugares en ciertas fiestas, y un aposento que lleva por nombre «la celda de los Guevara».

Dejando á la izquierda el convento, se sigue una anchurosa calzada, á orillas del mar, que conduce á una gran plaza..., pero de repente el coche toma por una cuesta inverosímil, van á galope los caballos.....

—¡¡Han conocido la cuadra!!—grita

Juan, el cochero, entusiasmado al ver esa prueba de inteligencia, que acababan de darnos los caballos.

Y á una carrera desenfrenada, llegamos delante de una puerta cochera, donde se detienen jadeantes, relinchando, mientras un mozo calza las ruedas del coche, que seguramente se precipitaría en la cuesta, si con el torno sólo se le dejara.

Hemos llegado á la casa que en San Vicente tiene mi compañero de viaje, dándole un consejo, querido lector, por tu mérito de haber llegado á estas alturas del librito.

Si vas alguna vez á San Vicente de la Barquera, pregunta por la casa de Noreña y pide hospitalidad á sus dueños, si es que para ello tienes amistad ó estás autorizado. La casa está en lo más alto, cerca de la iglesia y del castillo, y muy próxima á la del célebre inquisidor D. Antonio del Corro.

La calle principal de San Vicente de la Barquera es la calle Alta; conserva todavía ruinas del incendio que ocurrió en 1483. Por allí debía estar también el barrio de los judíos, sin que se noten, por lo que actualmente queda, restos de su presencia.

Siguiendo la calle Alta, llegas á la iglesia parroquial de Nuestra Señora de los Angeles, pero antes debes rendir tributo al castillo, que muestra sus ennegrecidos muros convertidos en desparramados escombros.

Enseña el castillo, entre el muérdago y

los zarzales que ocultan lo poco que de él resta, obscurísima piedra, que el tiempo ha revestido de ese musgo suave que tan frecuente es ver en los edificios de la Montaña.

Si puedes entrar en lo que fué patio y orientarte entre las ortigas y los abrojos, encontrarás, esparcidos sobre la yerba, aquí un trozo de pilastra, más allá medio arco, al otro lado un cuartel de un escudo, trozos de capitel y de cornisas.

Hoy, sólo habitan en él los buhos, las avutardas, las lagartijas y algún otro nocturno paseante, que son, como siempre, señores naturales de las ruinas.

Allí, como armado caballero que pereciera en defensa de su dama, yace á los pies de la iglesia el poderoso castillo, orgulloso de haber conseguido, aun á expensas de su muerte, mantener inviolable y erguido el inmediato templo de fe cristiana, cuya guarda le estuviera, en lejanos tiempos, quizás encomendada.

Un poco más arriba está la iglesia; es su aspecto, como dice muy bien Amador de los Ríos, más de fortaleza que de lugar de oración. Recuerda las construcciones militares del siglo XV, y por una de ellas pasara, si las agujas ornadas de trepado que se alzan en el frente y ángulos de la torre y las dos espadañas que forman el campanario, y las cuatro ventanas ojivales que avanzan al frente de la torre, no le dieran religiosa apariencia.

Unos escalones dan acceso á la portada, compuesta de seis arcos, notándose en

sus adornos y en lo que la pintura no ha ocultado del todo, las flores propias del estilo románico. Parece anterior al siglo XIV, pero quizás sufriera posteriores componendas.

Entrando en la iglesia, llaman la atención desde luego sus altas bóvedas, su obscuridad, que le da aspecto bien sombrío, y los esbeltos pilares formados de juncos, que se abren extendiéndose en lo alto.

Las naves son hermosísimas, y muy interesantes las tres capillas: la del Cristo; la bautismal, en que hay un sepulcro de grandes adornos ojivales, y la de San Antonio.

En el arco de la izquierda de esta capilla hay un sarcófago, y sobre él, los cuerpos yacentes de un caballero y su dama: él, vestido de todas armas, con la cabeza apoyada sobre almohadones y los pies sobre un perro, como símbolo de la fidelidad; la dama, vistiendo larga capa de cuello alto, descansa su cabeza también sobre almohadones, y á sus pies, un angel guarda su profundo y reposado sueño, á que quizás tuviera derecho por sus grandes virtudes.

Sobre otro sepulcro de la misma capilla, hay un ángel que soporta un escudo de armas análogo al que ostenta la casa que á la izquierda y á pocos pasos de la iglesia se destaca. Pero el más notable, es el del inquisidor Corro.

* * *

Eran los Corro de tan preciada familia en San Vicente, que sus divisas, sus ri-

quezas y su poder no tenían rival ni límite en la jurisdicción. El acuartelado escudo de esta familia, lleva por divisa: *Adelante, por más valer los del Corro.*

Tenía su casa esta noble familia en la calle Alta, y allí sigue, pudiéndose contemplar el elegante aspecto del renacimiento que la caracteriza, con frontón toscano sobre apilastrada puerta y dos escudos de armas á los lados del balcón central; y si volviésemos á la iglesia y entráramos de nuevo en la capilla de San Antonio, de donde ha poco salimos, encontraríamos el escudo que en la citada casa campea, en el sarcófago, en el que, revestido de sacerdote, apoyada la cara en la mano y sobre almohadones el codo, descansa la figura yacente del inquisidor Corro, aparentando leer en un libro que con la diestra sostiene; y llama de tal modo la atención la naturalidad de la hermosísima figura, que se atribuye por todos á italianos artífices.

Amador de los Ríos cree que el caballero y la dama antes descritos, son los padres del inquisidor, fundando su aserto en el blasón que el sarcófago lleva y que es uno de los cuarteles del que en el del sacerdote campea.

Es también opinión del notable arqueólogo, que la iglesia fué comenzada en las postrimerías del siglo XIII, y que quizás ordenara su comienzo Alfonso VIII, notándose en ella estilos del siglo XVI y de los intermedios.

En la parte sur y calle de la Barquera, está la ermita, que sin tener nada notable, no deja de ser curiosa.

La Virgen de la Barquera no tiene mérito para el artista; la Virgen de la Barquera significa para el filósofo la sencilla fe de todo un pueblo.

Fíjate en esa barquía que sale á la pesca: se va alejando y ya casi es un punto que las olas te impiden ver; pues los robustos y curtidos marineros que la tripulan, han saludado al pasar frente á la ermita y han dedicado á la Virgen una oración.

Todos los que *andan por la mar*, rezan...; acordáos de aquel excéptico que preguntaba á un marinero:

—¿Qué hacéis cuando el peligro es grande?

—Pensamos en nuestras mujeres, en nuestros hijos.....

—¿Y si el peligro aumenta?

—Rezamos.

—¡Yo no sé rezar!! dijo el excéptico.

Miróle el pescador de soslayo, y le dijo:

—Usted no ha pasado ningún temporal en la mar, que cuando le pase; cuando las olas bravas monten sobre el barco y se lleven, ahora un bote, luego un compañero; cuando deba Vd. su salvación, una y otra vez, á la fuerza de sus puños y ésta vaya faltando, verá Vd. cómo lo que rezara de niño acude á su memoria y lo pronuncian los labios; porque la mar puede mucho, pero si la Virgen no quiere, pues no puede nada.

Así te ocurre, lector, que entras en la

ermita de la Barquera, como en Santander en la de la Virgen del Mar, y verás el techo y las paredes cubiertos de ofrendas, que tú miras con indiferencia, y que hacen estremecerse á los devotos de la imagen que allí se venera, pues que son recuerdo terrible de horroroso naufragio ó de trabajos sin cuento, en desigual y horrible lucha con un mar embravecido.

Por los alrededores, seguramente encontrarás alguna mujer, madre, esposa ó pretendida de alguno que peligra, que se salvó ó que las olas arrebataron, y que viene á orar ante la imagen que tú no miras, porque no encuentras en ella mérito ninguno, pero que ellos llevan grabada sobre su hermoso corazón.

Probablemente en esas terribles luchas con las olas y con el viento, cuando sin fuerzas ya, y perdida la esperanza, únense á los sordos y terribles mugidos del mar los murmullos de una plegaria, cada marinero reproducirá seguramente, ante sus ojos, con toda la verdad de su sencilla y arraigada fe, la adorada imagen de la Virgen de la Barquera.

* * *

Una vez visto lo que te cuento, si no te conviene ó no puedes quedarte á pasar unos días en San Vicente, que siempre vendrían bien á tu salud, vuelve á tomar la misma carretera por donde viniste, si lo has hecho siguiendo mi itinerario; dirige una mirada á Comillas, que se destaca

á la izquierda, á lo lejos, momentos antes de llegar á Cabezón de la Sal, y una vez en esta villa, métete en uno de los trenes que con gran frecuencia se dirigen á la ciudad de Santander y que en tres horas escasas te dejan en la capital de la Montaña. Mientras llegas al término del viaje, y para que se te haga más corto el camino (que á no ir apresurado sorprende por la brevedad con que se recorre, ¡tan pintorescos y admirables son los paisajes que á uno y otro lado se despliegan con sus caseríos diseminados en artístico desorden!), te diré que por el mismo sitio que los rieles se hallan tendidos, llegóse á San Vicente, joven aún, el gran emperador Carlos I, y te referiré, por creer que ha de interesarte, más que si con algo de mi cosecha terminase este librejo, lo que á ese propósito cuenta el tantas veces citado Escalante (al que, como á Pereda, no hay más remedio que seguir al entrar en la Montaña, porque no hay cantores que sepan interesar como ellos, al resucitar las glorias de la Tierruca, ni quien como ellos tenga habilidad bastante para hacer hablar á tanto respetable vejestorio y venerandas ruinas, que mudas ya á fuerza de verse arrinconadas, habían perdido el habla por completo)....«he aquí,—dice con relación al viaje del extranjero Monarca, que iba á ser tronco de la rama española de los Austrias,—he aquí los tesoros reservados al porvenir del mancebo que cabalgaba por estas asperezas, entregado todavía á la rapacidad y codicia de Xevres y sus fla-

mencos, ignorante del valor de la tierra que su bridón pisaba, y había de ser pródiga en darle la copiosa sangre necesaria para alimentar la fama y el terror de sus arrojadas naves é invencible infantería. Sublime visión de gloria ¿no es cierto? Sublime visión que al cabo de tantos años y á través de tan profunda decadencia y postración, todavía tiene calor bastante para encendernos el pecho, y luz para alumbrar con claridad inextinguible los sagrados horizontes de la patria, y prestigio para dar yo no sé qué sonoridad augusta, mágica y consoladora que enorgullece y eleva, que atropella la sangre al corazón y el llanto á los ojos, á este nombre bendito de *españoles*».

FIN

ITINERARIO



DE MADRID Á SAN VICENTE DE LA BARQUERA

(SANTANDER) (1)

1.^a jornada.

2 julio 1899, mañana.

PROVINCIA DE MADRID	DESDE LA PUERTA DEL SOL	
	Distancia	Tiempo
	Km. ^s M. ^s	H. ^s M. ^s
CARRETERA Á LA CORUÑA:		
Puerta que fué de San Vicente...	2,860	6,35
Puente del ferrocarril sobre la carretera (2).....	4,736	6,43
Puente de Cantarranas	5,823	6,47
Puerta de Hierro	7,137	6,53
Puente de San Fernando sobre el rio Manzanares.....	7,860	6,55
Se deja la carretera del Pardo á la dra.....	7,875	6,56
Cuesta de las Perdices (3). (<i>Un hito señala 1 $\frac{1}{2}$ leguas á Madrid</i>)	8,400	7,05
Puerta de Carlos III	9,477	7,10
Carretera de Carabanchel á Ara- vaca (1 $\frac{3}{4}$ leguas á Madrid)	10,144	7,15
Puente sobre los rieles del ferro- carril	17,260	7,50
Se ve á la izqda. Majada-honda..	18,000	7,55
Las Rozas (<i>camino al Escorial á la izqda.</i>).....	19,100	8,00
Las Matas.....	25,965	8,30

(1) En este itinerario van señaladas las distancias, el tiempo empleado en recorrerlas y la duración de las paradas, para que teniéndole á la vista pueda ser cómodamente seguido ó variado por el que quiera repetir el viaje ó parte de él.

(2) Este puente se continúa de piedra sobre el rio Manzanares, llamándose de «los Franceses».

(3) Existe una pequeña diferencia entre las distancias que señalan los hitos de las leguas y los que marcan los kilómetros, efecto de hacer muchos años que se colocaron los primeros y no estar tomadas las distancias desde la Puerta del Sol, como las de los segundos.

2.^a jornada.

2 julio, tarde.

PROVINCIA DE MADRID	Distancia		Tiempo	
	Km. ^s	M. ^s	H. ^s	M. ^s
CARRETERA Á LA CORUÑA:				
Salida de las Matas.....	25,965		5,40	
Puente sobre la vía férrea.....	27,449		5,47	
Camino á Colmenar Viejo (á la de- recha).....	30,172		6,00	
Torrelodones	30,980		6,02	
Camino á la estación de Torrelod- dones (á la izqda.).....	31,365		6,04	
Coto de caza, la Verzosilla (á la de- recha).....	31,780		6,05	
Puente de Peguerinos.....	33,250		6,10	
Cuesta de Peguerinos y subida al cerro Elén.....	37,100		6,35	
Se ve Villalba á la dra.....	38,000		6,50	
Vedado de Rosales á la izqda....	38,100		6,55	
Vedado del Endrinal.....	38,900		7,00	
Puente del Endrinal.....	39,500		7,05	
Carretera de la estación de Villal- ba á Segovia (á la dra.).....	40,527		7,10	
Se cruzan rieles de vía estrecha..	40,854		7,12	
Puente de la Loma.....	41,507		7,15	
Se cruza la línea férrea de Villal- ba á Segovia.....	42,124		7,19	
Cuesta de las Cabezuelas.....	44,300		7,32	
Puente de la Porqueriza (río Gua- darrama).....	46,938		7,45	
Puente del Rey.....	47,968		7,50	
Carretera de Torrelaguna á El Es- corial.....	48,940		7,55	
Guadarrama.....	48,946		8,00	

3.^a jornada.

3 julio, mañana.

PROVINCIA DE MADRID	Distancia		Tiempo	
	Km. ^s	M. ^s	H. ^s	M. ^s
CARRETERA Á LA CORUÑA:				
Salida de Guadarrama.....	49,000		6,00	
Subida al Puerto.....	50,425		6,05	
Puente del Lobo.....	52,944		6,35	
Fuente de la Teja.....	53,385		6,45	
Túnel á Budillos.....	54,760		6,55	
Travesía de la línea férrea.....	54,852		7,00	
Fuente de la Cruz.....	54,916		7,05	
La Caserna.....	55,527		7,10	
Alto del Puerto de Guadarrama (del León). (Límite de las pro- vincias de Madrid y Segovia)..	57,662		7,30	
PROVINCIA DE SEGOVIA				
Puente de dos ojos.....	58,560		7,40	
Puente.....	58,964		7,45	
Puente.....	59,840		7,50	
Ventas de San Rafael y carretera á Segovia (á la dra.).....	62,816		8,10	
Carretera al Espinar (á la izqda.)	67,570		8,30	
Se cruza el arroyo Domingo.....	69,240		8,40	
Cuesta del Coloco.....	70,000		8,45	
Las Navas de S. Antonio.....	76,288		9,30	

4.^a jornada.

3 julio, tarde.

PROVINCIA DE SEGOVIA	Distancia		Tiempo	
	Km. ^s	M. ^s	H. ^s	M. ^s
CARRETERA Á LA CORUÑA:				
Salida de Las Navas de S. Antonio	76,480		5,25	
Señal del kilómetro.....	80,000		5,45	
Puente sobre el arroyo Santa Ce- cilia.....	80,658		5,49	
Villacastín.....	83,600		6,05	
Salida de Villacastín.....	84,230		7,05	
Labajos.....	95,472		7,55	
Puente de Almarza sobre el río Voltoya (límite de Segovia y Avila).....	100,131		8,20	
PROVINCIA DE AVILA				
Sanchidrián.....	104,000		8,35	

5.^a jornada.

4 julio, mañana.

	Distancia		Tiempo	
	Km. ^s	M. ^s	H. ^s	M. ^s
PROVINCIA DE ÁVILA				
CARRETERA Á LA CORUÑA:				
Salida de Sanchidrián	104,000		6,20	
Se separa á la derecha la carretera de Segovia.....	104,500		6,22	
Se separa á la derecha la carretera de Gijón (1).....	108,950		6,45	
Adanero (80 m. á la izqda.).....	110,200		6,50	
Gutierre-Muñoz (á la dra.).....	115,000		7,15	
Orbita (300 m. á la dra.).....	116,900		7,18	
Espínosa de los Caballeros (700 m. á la dra.).....	118,150		7,22	
Puente de San Julián sobre el Adaja.....	124,400		7,50	
Arévalo.....	126,000		7,55	
CARRETERA Á SEGOVIA:				
Salida de Arévalo (á buscar la carretera de Gijón).	126,000		10,00	
Límite de las provincias de Avila y Segovia (2.727 m. de Arévalo).	127,500		10,05	
PROVINCIA DE SEGOVIA				
Martín-Muñoz de las Dehesas (4 k. 620 m. de Arévalo).....	130,000		10,15	
Rapariegos (8.768 m. de Arévalo)..	134,000		10,40	
San Cristóbal de las Vegas (carretera de Gijón; 10.106 m. de Arévalo) (2).....	136,000		11,00	

(1) Dejamos la carretera de Gijón, á pesar de ser más corta, para visitar la villa de Arévalo.

(2) San Cristóbal de las Vegas se halla en el cruce de las carreteras de Gijón y Segovia, á 136 kilómetros por el camino seguido y á 129 por la carretera de Gijón, que es la más corta. Los kilómetros se contarán en lo sucesivo como si se hubiera llegado á San Cristóbal por esta última.

6.^a jornada.

4 julio, tarde.

PROVINCIA DE SEGOVIA	Distancia		Tiempo	
	Km. ^s	M. ^s	H. ^s	M. ^s
CARRETERA DE ADANERO Á GIJÓN:				
Salida de San Cristóbal de las Vegas.....	128,	950	5,	00
Se ve á la derecha Bernuy de Coca.....	"	"	"	"
Se ve á la izquierda Montejo	"	"	"	"
Límite de las provincias de Segovia y Valladolid.....	136,	115	5,	40
PROVINCIA DE VALLADOLID				
Se ve Puras (100 m. á la dra.)....	136,	500	5,	41
Se ve Almenara (100 m. á la izqda.)	140,	100	6,	00
Se ve Bocigas (100 m. á la izqda.)	142,	800	6,	10
Se ve Fuente de Olmedo (2 k. á la izqda.).....	142,	900	6,	11
Olmedo.....	148,	500	6,	35
Salida de Olmedo.....	"	"	8,	45
Cruce de la carretera de Medina.	148,	510	8,	46
Cruce del rio Eresma (Puente Mediana).	156,	800	9,	25
Alcaracén (1.500 m. á la dra.).....	158,	500	9,	35
Mojados	166,	500	11,	00

7.^a jornada.

5 julio, mañana.

PROVINCIA DE VALLADOLID	Distancia		Tiempo	
	Km. ^s	M. ^s	H. ^s	M. ^s
CARRETERA DE ADANERO Á GIJÓN:				
Salida de Mojados.....	166,	500	6,	50
Se cruza el rio Cega	166,	510	6,	51
Boecillos (31 $\frac{1}{2}$ leguas á Madrid).	179,	500	7,	45
Señal del kilómetro.....	180,	000	8,	00
Puente sobre el Duero	182,	600	8,	15
Convento del Abrojo	182,	700	8,	16
Lagunas.....	184,	500	8,	26
Se cruza la vía férrea.....	191,	149	9,	00
Valladolid.....	192,	000	9,	05

8.^a jornada.

7 julio, mañana.

PROVINCIA DE VALLADOLID	Distancia		Tiempo	
	Km.	M. ^s	H. ^s	M. ^s
CARRETERA DE VALLADOLID A SANTANDER:				
Salida de Valladolid.....	193,057		5,50	
Cabezón.....	205,000		6,50	
Puente sobre el Pisuerga.....	205,200		6,55	
Paso de nivel.....	206,400		6,58	
Puente sobre el canal.....	207,250		7,02	
Camino al convento de Palazuelos.....	207,200		7,00	
Límite de las provincias de Valladolid y Palencia.....	216,230		7,50	
PROVINCIA DE PALENCIA				
Dueñas.....	222,000		8,20	
Salida de Dueñas.....	222,200		9,20	
Puente sobre el canal de Castilla.	224,000		9,30	
Puente de San Isidro sobre el río Carrión.....	226,000		9,40	
Se aparta á la derecha la carretera de San Isidro de Dueñas á Burgos	227,000		9,44	
Poste miriamétrico 230: núm. 10 á Palencia.....	230,000		9,47	
Se separa á la derecha un camino á Baños	231,000		9,50	
Calabazanos (se separa á la dra. camino á Cevico de la Torre).....	232,000		9,51	
Palencia	240,000		11,00	

9.^a jornada.

7 julio, tarde.

PROVINCIA DE PALENCIA	Distancia		Tiempo	
	Km. ^s	M. ^s	H. ^s	M. ^s
CARRETERA DE VALLADOLID Á SANTANDER:				
Salida de Palencia.....	240,000		5,20	
Cruce de la vía férrea	240,250		5,23	
Fuentes de Valdepero.....	247,000		6,10	
Salida de Fuentes	"		7,00	
Camino á Husillos á la izqda....	248,000		7,05 (1)	
Monzón de Campos	252,000		9,30	
Puente sobre el arroyo Valdemilano.....	253,000		9,35	
Amusco.....	259,000		10,10	

10.^a jornada.

8 julio, mañana.

PROVINCIA DE PALENCIA	Distancia		Tiempo	
	Km. ^s	M. ^s	H. ^s	M. ^s
CARRETERA DE VALLADOLID Á SANTANDER:				
Salida de Amusco	259,000		5,45	
Señal del kilómetro	261,000		6,00	
Puente sobre el río Urieza.....	262,000		6,05	
Cruce de la línea férrea á Santander.....	263,300		6,12	
Piña de Campos (46 $\frac{1}{4}$ leguas d Madrid; 4 $\frac{1}{4}$ á Palencia).....	264,000		6,15	
Salida de Piña.....	"		6,45	
Señal del kilómetro.....	267,000		7,05	
Cruce del canal de Castilla.....	267,800		7,20	
Frómista.....	271,000		7,40	
Salida de Frómista	"		8,15	
Marcilla (5 $\frac{1}{2}$ leguas á Palencia)..	275,400		8,45	
Señal (kilómetro 162 á Santander; 40 á Palencia).....	280,000		9,05	
Santillana de Campos.....	282,000		9,20	
Osorno.....	287,000		10,00	

(1) Por ese camino fuimos á visitar la antigua Colegiata de Husillos, volviendo por el mismo á la carretera de Santander.

11.^a jornada.

8 julio, tarde.

PROVINCIA DE PALENCIA CARRETERA DE VALLADOLID Á SANTANDER:	Distancia		Tiempo	
	Km. ^a	M. ^a	H. ^a	M. ^a
Salida de Osorno	287,000		5,40	
Cruce de los rieles del ferrocarril á Santander (1)	287,700		5,45	
Puente sobre el río Valdavia (<i>confluencia del Buedo y Abanades</i>)..	289,000		5,50	
Se separa á la derecha la carretera á Melgar (Burgos).....	289,250		5,53	
Señal del kilómetro.	293,000		6,20	
Hijosa.....	299,000		6,40	
Señal (<i>kilómetros 142 á Santander; 60 á Palencia</i>).....	300,000		6,45	
Pontón sobre un arroyo	304,800		7,12	
Ventosa.....	305,000		7,20	
Se deja á la derecha una exclusiva con puente sobre el canal de Castilla.....	308,000		7,43	
Señal (<i>kilómetros 132 á Santander; 70 á Palencia</i>).....	310,000		7,50	
Puente sobre el río Burejo.....	310,100		7,55	
Herrera de río Pisuerga (<i>13 leguas á Palencia</i>).....	312,000		8,00	
Alar del Rey (<i>kilómetros 122 á San- tander; 90 á Palencia</i>)	319,600		8,50	

(1) Las carreteras que se cruzan van de León á Burgos y de Melgar á Carrión.

12.^a jornada.

9 julio, mañana.

PROVINCIA DE PALENCIA CARRETERA DE VALLADOLID A SANTANDER:	Distancia		Tiempo	
	Km. ^s	M. ^s	H. ^s	M. ^s
Salida de Alar (200 metros á la derecha; 14 leguas á Palencia).....	319,	600	6,	00
Puebla de San Vicente.....	327,	000	6,	40
Olleros (200 metros á la dra.).....	331,	000	7,	00
Valoria.....	335,	000	7,	25
Puente sobre el río Pisuerga.....	337,	300	7,	37
Agullar de Campóo (1) (17 leguas á Palencia).....	338,	000	7,	40
Salida de Aguilar.....			10,	00
Se aparta á la derecha una carretera á Burgos.....	338,	400	10,	03
Paso sobre los rieles del ferrocarril de Santander.....	344,	500	10,	30
Puente sobre el río Camesa.....	344,	850	10,	35
Quintanilla de las Torres.....	345,	000	10,	40

(1) Se deja el río Pisuerga, que toma rumbo NO.

13.^a jornada.

9 julio, tarde.

PROVINCIA DE PALENCIA	Distancia		Tiempo	
	Km. ^s	M. ^s	H. ^s	M. ^s
CARRETERA DE VALLADOLID A SANTANDER				
Salida de Quintanilla de las Torres.....	345,000		4,10	
Canduela (18 ³ / ₄ leguas de Palencia).....	348,000		4,22	
Señal (kilómetros 92 á Santander; 110 de Palencia).....	350,000		4,30	
Dos hitos señalan el límite de Palencia y Santander.....	353,000		5,00	
PROVINCIA DE SANTANDER				
Cuesta de la Olla (Su cima limita las aguas del Océano y Mediterrá- neo).....	354,000		5,07	
Venta nueva (19 ³ / ₄ leguas de Pa- lencia).....	355,000		5,10	
Boquerón.....	355,800		5,15	
Paso de nivel (rieles del ferroca- rril de la Robla).....	356,500		5,20	
Paso bajo la línea del ferrocarril del Norte.....	358,266		5,25	
Pozazal.....	358,560		5,30	
Señal (kilómetros 87 á Santander; 120 á Palencia).....	359,800		5,35	
Fombellida.....	360,000		5,37	
Sopeña.....	361,000		5,40	
Cervatos.....	364,000		5,55	
Puente de Matamorosa.....	366,583		6,40	
Paso bajo la línea férrea.....	366,620		6,45	
Matamorosa.....	367,124		6,50	
Paso del río Ebro.....	368,240		6,55	
Reinosa.....	369,835		7,00	

14.^a jornada.

10 julio, mañana.

PROVINCIA DE SANTANDER	Distancia		Tiempo	
	Km. ^s	M. ^s	H. ^s	M. ^s
CARRETERA DE REINOSA A CABEZÓN DE LA SAL:				
Salida de Reinosa (9 leguas á Cabezón).....	369,	835	5,	30
Nestares	371,	483	5,	40
Salces	372,	113	5,	45
Fontibre.....	374,	083	5,	55
Paracuelles.....	376,	583	6,	15
Espinilla.....	377,	383	6,	20
Soto (comienza la subida del Saja).	378,	583	6,	30
Puerto de Palombera.....	383,	483	7,	05
Señal (kilómetros 144 de Palencia; 40 á Cabezón).....	383,	583	7,	07
Puente del Amo (se cruza el río Saja).....	395,	583	7,	50
Saja	400,	413	9,	00
Fresneda.....	406,	335	10,	15
Terán	410,	723	10,	40
Valle de Cabuérniga.....	411,	725	10,	45
Barcenilla.....	413,	942	11,	15
Ruente	416,	083	11,	20
Venta de Ucieda.....	417,	335	11,	41
Santa Lucía.....	420,	833	11,	45
Carrejo	422,	036	11,	50
Cabezón de la Sal.....	423,	583	12,	00

15.^a jornada.

10 julio, tarde.

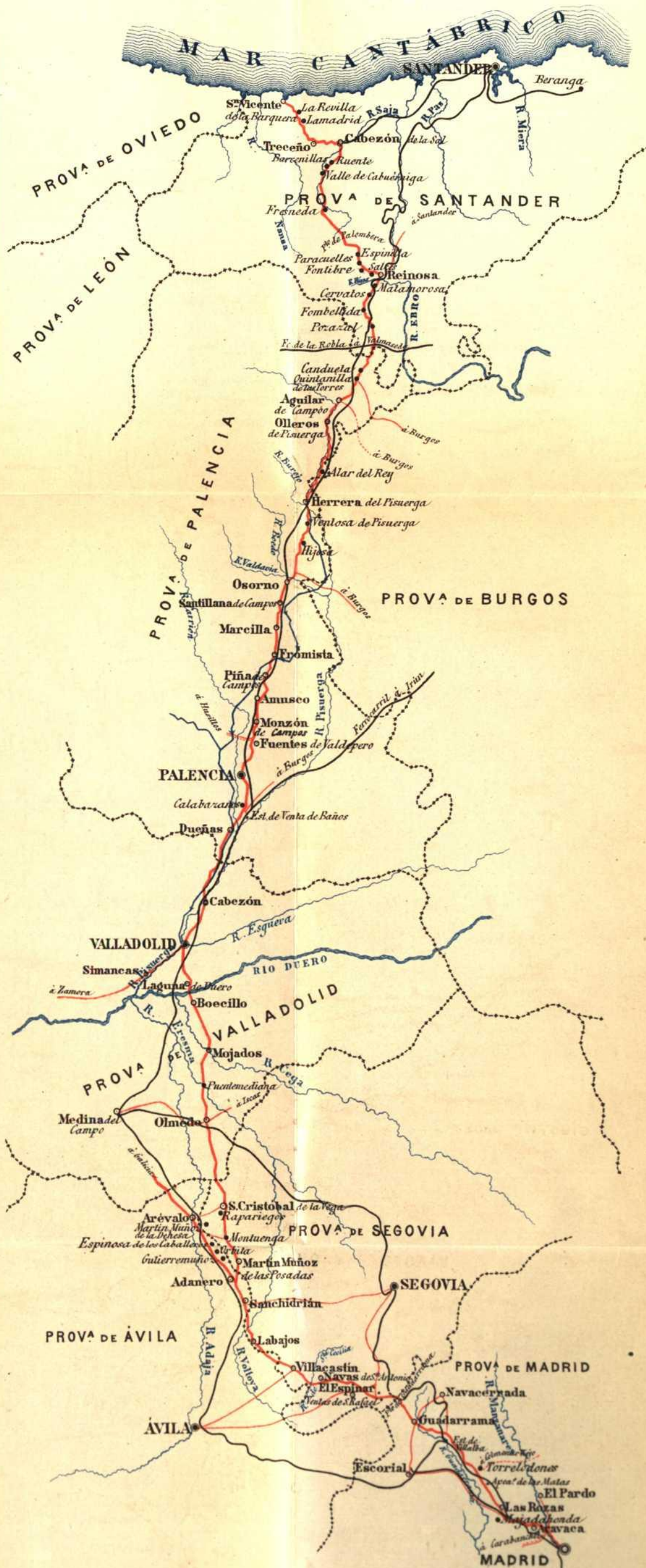
PROVINCIA DE SANTANDER CARRETERA DE TORRELAVEGA A ASTURIAS:	Distancia	Tiempo	
	Km. ^º M. ^º	H. ^º	M. ^º
Salida de Cabezón de la Sal (1)...	423,583	5,00	
Se aparta á la derecha la carretera á Comillas.....	423,983	5,05	
Treceño (á 5,720 m. de Cabezón)..	429,303	5,40	
Señal del k. 30 á Torrelavega....	433,383	6,00	
Lamadrid (á 12,498 m. de Cabezón).	436,633	6,20	
La Revilla (á 16,047 m. de Cabezón)	439,583	6,43	
San Vicente de la Barquera.....	443,583	7,00	

(1) En Cabezón de la Sal—que se halla situado en el kilómetro 20,498 de la carretera á Asturias desde la estación de Torrelavega—tiene su término el ferrocarril Cantábrico, que recorre en dos horas el trayecto á Santander, desde el citado punto.

TOTAL DE KILÓMETROS RECORRIDOS (1)

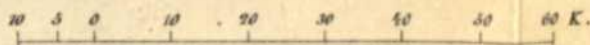
	Km. ^a M. ^s
<i>Carretera de Galicia:</i>	
De Madrid á Arévalo.	126,000
<i>Carretera de Arévalo á Segovia:</i>	
De Arévalo á San Cristóbal.	10,000
<i>Carretera de Adanero á Gijón:</i>	
De San Cristóbal á Valladolid.	64,950
<i>Carretera de Valladolid á Santander:</i>	
De Valladolid á Reinosa.	177,835
<i>Carretera de Reinosa á Asturias:</i>	
De Reinosa á Cabezón de la Sal.	53,748
<i>Carretera de Torrelavega á Asturias:</i>	
De Cabezón de la Sal á San Vicente de la Barquera.....	20,000
TOTAL.....	452,533

(1) Las cifras que en el itinerario señalan los kilómetros y metros, están de acuerdo con las notas particulares, remitidas por las Jefaturas de Obras Públicas, de las respectivas provincias.



ITINERARIO
DE
MADRID A S.^N VICENTE DE LA BARQUERA
(Provincia de Santander.)

Escala 1:1.000.000.





ÍNDICE

	<i>Páginas</i>
DEDICATORIA.....	V y VI
PRÓLOGO en que se dice la razón por que fué emprendido el viaje y se escriben es- tos apuntes.....	VII á XIII

CAPÍTULO I

DE MADRID Á GUADARRAMA

La salida.—El Manzanares.—El paso hon- roso de Don Beltrán de la Cueva.—Las Matas.—Un recuerdo de El Escorial y de su fundador.....	1 á 19
--	--------

CAPÍTULO II

DE GUADARRAMA Á SANCHIDRIÁN

Guadarrama.—La subida del Puerto.— Historias de bandidos.—Rocco del Pizzo y la Infanta de Aragón en Nápoles.— Descenso del Puerto de Guadarrama.— Una anècdota del Espinar.—El Cristo del Coloco.—Las Navas de San Anto- nio.—Villacastín.....	21 á 43
--	---------

CAPÍTULO III

DE SANCHIDRIÁN Á MOJADOS

Gutierre-Muñoz y Alfonso VIII.—Aréva- lo: algo saliente de su historia; sus monu- mentos; el alcalde Ronquillo.—San Cris- tóbal de las Vegas.—Olmedo: apuntes históricos; sus conventos é iglesias.—En la carretera	45 á 76
--	---------

CAPÍTULO IV

DE MOJADOS Á VALLADOLID

Mojados y Boecillos.—El convento del Abrojo.—Lagunas y Valladolid.....	77 á 83
---	---------

CAPÍTULO V

EN VALLADOLID

Sus monumentos.—Historia, tradiciones y leyendas	85 á 134
---	----------

CAPÍTULO VI

UNA VISITA Á SIMANCAS

- Un poco de historia: Abderraman III y el Rey Radmir; deposición en efigie del Arzobispo de Toledo; una justicia de Isabel la Católica.—Presos ilustres.—El Obispo de Zamora D. Antonio de Acuña.—El Señor de Montigny.—El Castillo y el Archivo.—La antigua Colegiata..... 135 á 162

CAPÍTULO VII

DE VALLADOLID Á AMUSCO

- Cabezón.—Dueñas.—Una aventura del Rey Católico D. Fernando I.—Calabazanos.—La ermita de Baños.—Palencia.—Fuentes de Valdepero.—Husillos.—Monzón de Campos..... 163 á 196

CAPÍTULO VIII

DE AMUSCO Á ALAR DEL REY

- Amusco.—Frómista.—Osorno.—Alar del Rey.—Pepino..... 197 á 207

CAPÍTULO IX

DE ALAR DEL REY Á REINOSA

- Aguilar de Campóo.—La tumba de Bernardo del Carpio.—Quintanilla de las Torres.—La Montaña y los Cántabros.—La Colegiata de Cervatos..... 209 á 226

CAPÍTULO X

DE REINOSA Á SAN VICENTE DE LA BARQUERA

- Reinosa.—Fontibre.—El Saja.—Cabezón de la Sal.—Treceño..... 227 á 238

CAPÍTULO XI

SAN VICENTE DE LA BARQUERA

- Dos días en San Vicente de la Barquera.—Los de Corro.—La ermita de la Barquera.—Camino de Santander..... 239 á 247

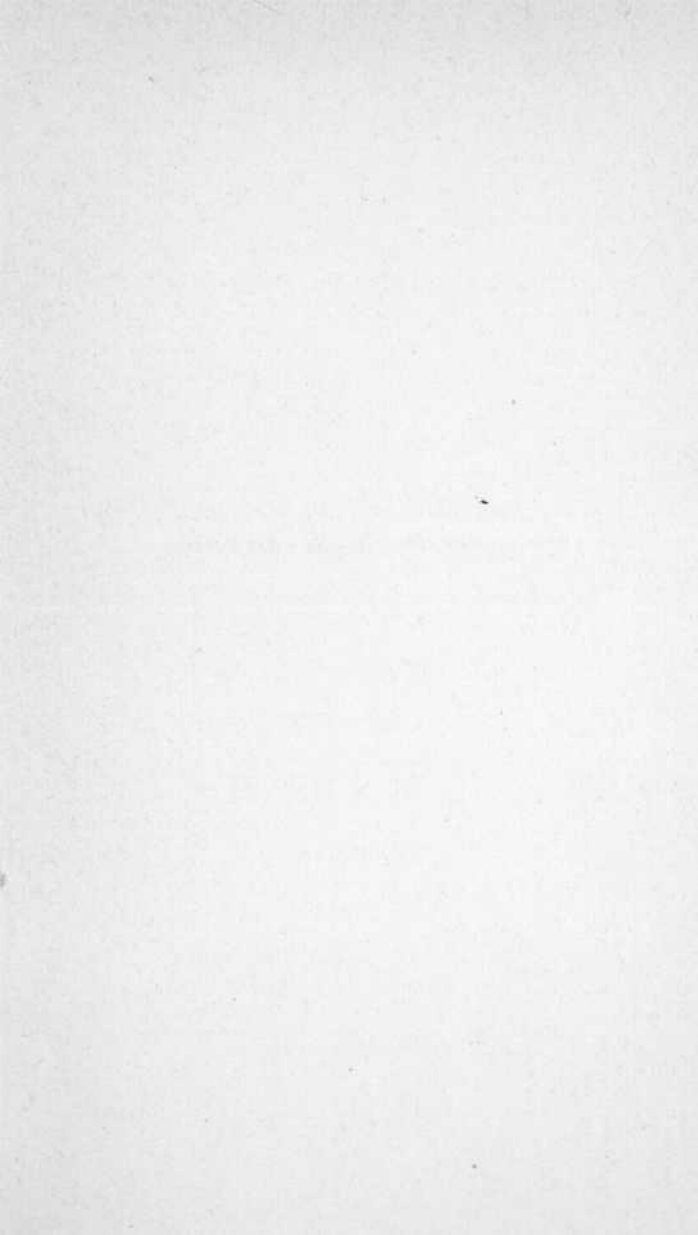
- ITINERARIO 249
PLANO.



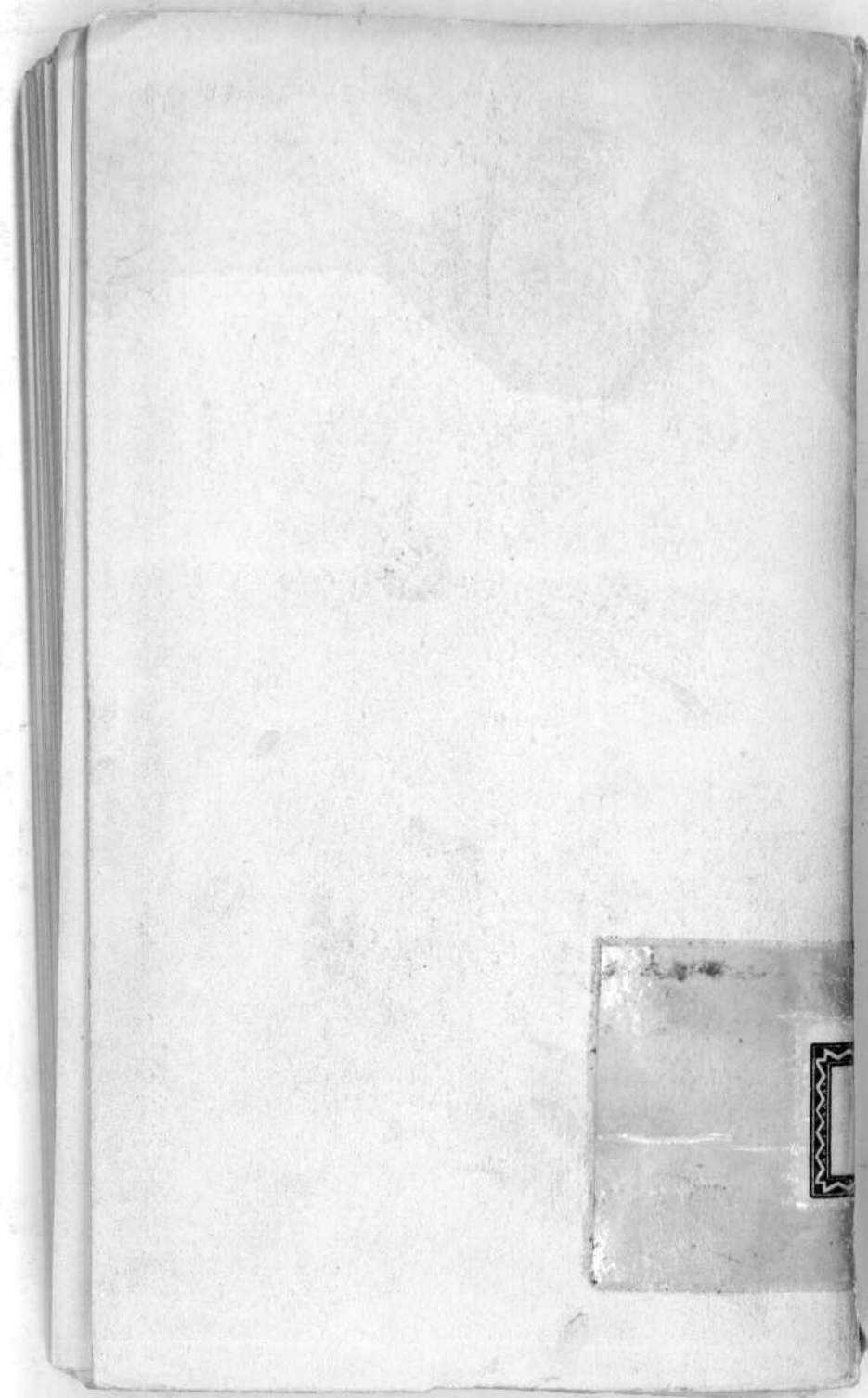
ERRATAS MÁS IMPORTANTES

Página	Línea	Dice	Debe decir
4	11	carecia	carecían
22	35	borriquito	borreguito
42	28	90	84
42	29	89	83
46	33	Obito	Orbita
65	33	137	129
83	6	deleznable	deleznables
103	14	tapizado	tapiado
116	6	zig-zas	zís-zás
117	21	Antillo	Autillo
163	13	metímosnos	metímonos
174	19	Austillo	Autillo
203	21	<i>secula seculorum</i>	<i>sacula saculorum</i>
239	15	Gouza.	Gonzaga.

*Esta obra se halla de venta en las
principales librerías de esta corte.*







M. DE ASÚA

Por
carretera.

(APUNTES DE VIAJE)

PRECIO:

1 pesetas.

215

1909